Macarena Berlín

HABLAR POR HABLAR

La vida continúa

Prólogo de Juanjo Millás

13

«En este libro, el tercero que se escribe sobre el programa de radio Hablar por hablar, he recogido algunas de las llamadas que he atendido en los primeros cinco años que llevo al frente del mismo. Historias que quizá no hayan ocupado las primeras páginas de los periódicos, pero que han ilustrado las madrugadas de este programa social al servicio del oyente de la radio. Llamadas que bien pudo recibir Gemma Nierga, porque en algunos aspectos poco hemos cambiado; y llamadas que hace dos décadas eran impensables. Imaginación para ponerles voz a los personajes de la vida y empatía para sentir cada una de sus palabras es lo único que se necesita para acercarse al corazón de los protagonistas de Hablar por hablar». Macarena Berlín, directora y presentadora de Hablar por hablar en la Cadena SER, ofrece a los lectores las voces de los protagonistas de este espacio radiofónico transcritas desde el corazón, desde la pura emoción. Historias de superación, de valentía, experiencias diversas que se van hilvanando con el objetivo de encontrar la comprensión al otro lado del teléfono, las palabras de aliento, de apoyo o el simple desahogo. Una obra emotiva repleta de realidad que atraviesa el alma y revela lo mejor de uno mismo.

Macarena Berlín

Hablar por hablar

La vida continúa

Título original: *Hablar por hablar*
Macarena Berlín, 2014

-

Revisión: 1.0
10/12/2020

Al oyente de Hablar por hablar:
gracias por enseñarme a escuchar la vida

Suena…

Voy a hablar por hablar,
Voy a soltar mis sentimientos.
Tengo ardiendo el paladar
de palabras a fuego lento.

Voy a hablar por hablar,
de novelas que escribe el viento,
de las heridas de mi ciudad,
de una verdad entre dos cuerpos.

Voy a hablar por hablar,
quiero que escuches lo que cuento.

Voy a hablar por hablar,
de este mundo que no entiendo,
de un tal vez y de un quizás,
de esta lucha contra el tiempo.

Voy a hablar por hablar,
a reír por reír,
a llorar por llorar…,
hablar por hablar.
Por hablar.
Si me escuchas yo me atrevo.

Voy a hablar por hablar.
Por hablar.
Esta noche es el momento.

Hablar por hablar,
canción que Luis Ramiro

escribió para el programa

«En mi primera infancia mi padre me dio un consejo que, desde entonces, no ha cesado de darme vueltas. “Cada vez que te sientas inclinado a criticar a alguien —me dijo—, ten presente que no todo el mundo ha tenido tus ventajas”. No añadió más, pero ambos no hemos sido nunca muy comunicativos dentro de nuestra habitual reserva, por lo cual comprendí que, con sus palabras, quería decir mucho más».

El gran Gatsby, Francis Scott Fitzgerald

El revés de la vida

Lean esto: «Las cosas que tiene la vida, hace dos años, en la tertulia de un programa de televisión, estaba hablando un hombre muy conocido, que escribe en el periódico, y va mi madre y me dice de repente: *Mira, hijo, ese es tu padre*».

Lean esto otro: «… Yo creo que el amor está muy influenciado por el capitalismo…».

Y esto otro: «Yo soy de Asturias y en el año 1986 fui a Barcelona para que me operaran de la vista. Me hospedé en una pensión que hoy está cerrada, la pensión Terraza, en la calle Madrazo. Los dueños eran unas personas maravillosas».

Son tres fragmentos de las diversas historias del libro que tiene usted en sus manos y que quizá esté hojeando (u ojeando, depende de si ponemos la intensidad en los ojos o en las hojas) frente a la mesa de novedades de la librería, intentando valorar su contenido. Ya se lo adelanto: se trata de un conjunto de relatos reales. Cuentos reales, si lo prefiere así, articulados como una ficción. Esa naturaleza doble se debe, en parte, a que la vida produce espontáneamente fábulas y parábolas y narraciones que poseen la lógica interna característica de las ficciones, y, en parte, a la sabiduría narrativa de quien ha trasladado al lenguaje escrito lo que procedía del registro oral. En ese sentido, constituye un modelo de traducción muy meritorio, sobre todo si tenemos en cuenta que en la radio, por lo común, las cosas se hacen al revés. Primero se escribe el guión que después será hablado. Aquí, invirtiendo el proceso, lo hablado se transustancia en escritura. El resultado es prodigioso, pues las voces

poseen la espontaneidad de lo dicho y la elaboración de lo escrito. El estilo, intencionadamente seco, sin artificios retóricos inútiles, recuerda un poco al de los autores de lo que en EE UU se dio en llamar el *realismo sucio*. Raymond Carver habría firmado con gusto algunas de estas historias. En ocasiones, esa clase de realismo extremo, de hiperrealismo, apela, como en la pintura, a lo sobrenatural. Miren lo que dice una oyente: «Y una cosa más extraña todavía es lo que me pasa cuando voy andando por la calle: me da la sensación de que me tiran de la espalda hacia atrás».

Digámoslo ya: este libro está hecho con el material de los sueños. Y con el de las pesadillas. Resulta que hay en la Cadena SER un programa, llamado *Hablar por hablar*; que en la actualidad dirige Macarena Berlín, firmante del volumen, y que se emite de madrugada. Su mecánica consiste en que los oyentes llaman por teléfono y cuentan su vida o un fragmento de su vida o una dificultad momentánea que tienen con su vida, lo que provoca, a su vez, que telefonee otro oyente con un problema parecido, o disímil del todo, da lo mismo, que se trenza con el anterior y con el anterior al anterior, todo ello bajo la mirada de Macarena, que dirige el tráfico de las historias desde el punto de vista de una novelista insomne, capaz de someter a una extraña unidad la dispersión que le llega a través de los cascos (que es, casi, como si le llegara del interior de la cabeza). A veces, nos recuerda, efectivamente, la voz narradora de una novela descomunal en la que continuamente se mete la vida (la actualidad), no para interrumpir el relato principal, sino para cargarlo de energía. El programa, pese a su duración real (de 1.30 a 4.30), discurre como un relámpago (quizá un relámpago a cámara lenta), cuyo trueno llega a nuestros oídos cuando se termina. A veces, el trueno se prolonga hasta el día siguiente cuando, ya en el autobús, el metro, o la oficina, uno se pregunta si fue cierto lo que escuchó desde la cama, con el edredón subido hasta las orejas, o si fue un sueño (dada la hora y la posición del oyente, no es raro escuchar el programa con un pie en el lado de acá y el otro en el de allá).

Este libro insólito es, entre otras cosas, el certificado de que lo

que escucharon sucedió. Pero también de que lo soñaron. Es el certificado de que soñamos lo que nos sucede, o al revés, y de que la noche es una dimensión paralela de la que solo tomamos conciencia cuando se nos aparece, como en un eclipse, en medio del día. Este libro es un grumo de oscuridad en medio de la luz, pero también un fogonazo en medio de las tinieblas. Este libro es el revés de la vida. Al leerlo, se convierte en su derecho.

JUANJO MILLÁS

Un programa de radio…, ni más ni menos

Las cuatro y media de la madrugada, tres y media en Canarias.

No podía asegurar que le hubiéramos salvado la vida a un hombre. Quién soy yo para hacerlo… Tan solo la presentadora del programa; la que se queda colgada de una pregunta…; la que se esconde detrás de un silencio…; la que nunca opina. Pero tampoco podía dejar de pensar qué habría pasado con él si no hubiera sido por la radio.

Fue una madrugada muy fría del año 2009, cuando Manolo llamó al programa para contarle al mundo que ya no quería seguir viviendo…

Camionero joven, padre de dos hijos. Harto de escuchar las quejas de su mujer que demandaba atención, decidió llevarla en uno de sus muchos viajes de trabajo. Lo que pretendía ser un fin de semana romántico para reforzar la relación acabó convirtiéndose en tragedia al morir atropellada cuando bajaba del camión en un área de servicio mal señalizada.

Se había quedado solo al cuidado de unos niños a los que, debido a su trabajo, apenas conocía… Esa noche se hizo un corte en las muñecas y, con los críos en la habitación de al lado, se puso en contacto con *Hablar por hablar*. El espacio radiofónico que formaba parte de la banda sonora original de sus rutas por el mundo iba a ser el único testigo de su intento de acabar con todo.

Terminó el programa y lo mantuvimos al teléfono para

asegurarnos de que no se le agotara la vida. Movilizamos a la policía y a los servicios de emergencia, mientras localizábamos su domicilio. Llegué a hablar con uno de los niños. Estaba tan asustado que tuvo que ser asistido por profesionales en la propia vivienda. Hasta que no nos aseguramos de que Manolo estaba fuera de peligro, no nos fuimos a casa.

Confieso que pasamos mucha angustia, y mientras caminábamos por los pasillos de la SER en dirección a la redacción comentando todo lo sucedido, Adriana —a la que enseguida presentaré— me dijo:

—Tienes que escribir un libro, Macarena.

Al escuchar sus palabras supe que sí, que ahora sí tenía algo que contar; y era tanto lo que estaba sintiendo, tanto lo que estaba escuchando y tanto lo que estaba viviendo que, al igual que el oyente llama porque tiene la necesidad de ser escuchado, yo necesitaba compartir estas experiencias tan verdaderas y tan intensas que me estaba regalando la radio.

El lunes telefoneamos, a título personal, a Manolo; estábamos muy preocupadas, pero se encontraba bien. Y esta vez no pude evitar hablarle desde la dureza, recordándole que tenía dos niños que se habían quedado sin madre.

Manolo volvería a llamar las tres noches siguientes; quería hablar con Macarena Berlín, reclamaba un poco más de atención.

Entonces fui consciente de que presentaba un programa de radio, ni más ni menos que eso… Un programa de radio en el que el equilibrio entre escuchar y aconsejar camina sobre un hilo delicadísimo que puede romperse en cualquier momento.

En estas páginas, además de repasar las voces y la vida que esconde la madrugada, he tomado la firme decisión de hablar de cómo lo vive la persona que hay detrás de la presentadora de *Hablar por hablar*; la que escucha y nunca opina… Yo misma.

Es algo que me va a costar un poco, no solo por la falta de costumbre sino porque me interesa —bastante más— escuchar cualquier vida antes que la mía.

Como cada noche, de nuevo seré yo la que formule las

preguntas. Y como me considero una persona medianamente ordenada, empezaré por el principio.

«¿Qué hace una chica como yo en las madrugadas de la SER?» me parece una buena pregunta para romper el hielo.

¿La verdad…? No tengo ni la menor idea. Nunca me contaron qué es lo que vieron en mí que les hiciera pensar que iba a defender con dignidad este espacio de radio, pero como diría Woody Allen: «Aunque habrá quien lo niegue, el ochenta por ciento del *éxito* consiste en estar allí». Y allí estaba yo, en otro programa, en otra cadena; y en la mente de algún director general, al que le estaré eternamente agradecida por darme esta oportunidad de crecimiento laboral y personal… Por cierto, ¿he dicho ya que me encanta Woody? Tanto que hasta lo encuentro atractivo. No como George Clooney, al que yo nombraría Patrimonio Intangible de la Humanidad; pero creo que tiene *algo*. Debe de ser porque su inteligencia me produce, además de mucha admiración, sobre todo una curiosidad tremenda —lo que no impide que sea capaz de tomarme *un relaxing cup of café con leche*, como diría aquella, con cualquier persona más frívola.

Lo cierto es que aterricé en la Cadena SER un 23 de febrero de 2009, y me juré que con la fecha, ni media broma, y con todo lo demás menos; porque yo era la otra, la que venía a sustituir a Cristina Lasvignes, y aquí nadie se iba a enamorar de mí a primera vista; si acaso, a la larga, podía aspirar a una bonita amistad, pero de flechazo nada. Así que me presenté ante la que iba a ser mi nueva compañía con el poema de Antonio Machado que musicalizó Serrat *Caminante, no hay camino* bien presente, consciente de lo mucho que me quedaba por andar, relajada y con pocas expectativas de éxito, por lo menos en los primeros meses.

La primera gran sorpresa fue que pronto esta nueva aventura que ahora emprendía pasó de ser una gran oportunidad profesional a una experiencia vital, única y enriquecedora.

Fue inevitable: me enamoré del programa como nunca antes lo había hecho de ningún otro proyecto, y hoy puedo decir que sigo tanto o más enamorada que el primer día.

Igual esta revelación parece demasiado cursi para empezar, pero cuanto antes conozca mi intensidad, mejor que mejor.

A mucha gente le produce curiosidad el proceso de adaptación a mi nueva vida. No me ha supuesto problema el horario, porque desde niña soy bastante nocturna; me cuesta mucho levantarme por las mañanas, haya dormido lo que haya dormido —de hecho, le tengo bastante envidia a las personas que amanecen con una energía que a mí me cuesta horas adquirir—, pero trasnochar me gusta.

Mirando hacia atrás pienso que quizá lo que me costó un poco más fue hacerme con el ambiente radiofónico. Quería ser fiel a este programa y respetar el clima de tranquilidad que ya estaba creado; pero con lo mucho que me gusta hablar y lo que me cuesta callar, me parecía misión imposible.

Sin embargo, una vez situada, entendí que es absolutamente necesario el silencio del presentador para que el oyente pueda tener la palabra. También aprendí a disfrutar de la conversación; de la oscuridad de la noche que ampara las confidencias; de las pausas y los silencios, que dan la oportunidad al oyente de leer entre líneas.

Observé que la capacidad de aguante del ser humano es infinita; y que no hay nada que a todos nos duela más que el sufrimiento de una persona querida.

Entré por primera vez en mi vida en un chat y supe de los consejeros de la noche, «Los oyentes del chat». Pronto los nombres de Klio, Petunia, Belinda, Pokemon, Avilesino, Morocha o Patoto, entre otros, se integraron en mi universo radiofónico.

Asumí que debía aprender a decir adiós; adiós a las personas que, después de compartir tantas y tantas madrugadas, se marchaban en el mismo momento en el que se licenciaban: Elisa, Aroa, Noemí, Jorge, Richard, Sandra, Irene, María, Cristina, Elena Andrés o Loubna El Khadir… Jóvenes periodistas que, tras meses escuchando la vida, ahora debían buscársela. Y supe que volvería a compartir momentos únicos con otros compañeros, que se irían uniendo a este viaje.

Me maravillé al descubrir que en el momento menos pensado puede aparecer alguien con menos experiencia que tú y enseñarte a

mirar desde otra perspectiva; animarte a cambiar de gafas de vez en cuando, como me ocurrió con Isabel Gracia.

Conocí a Juanma Frasquet y a Jorge Martínez, siempre atentos a cada palabra, a cada movimiento; y apareció en mi vida Adriana Mourelos, mi mano derecha, mi cómplice…, mi amiga.

Así que aquí estoy cada madrugada desde que Cristina Lasvignes decidió afrontar otros retos profesionales. Cuando la radio nos devuelve el reflejo de la vida, les hablo y les escucho yo, al igual que usted, testigo de excepción de la actualidad; testigo de excepción de la historia de *Hablar por hablar*; una persona imperfecta y tremendamente sensible, que hace lo que puede, como todo el mundo. Sí, lo he escrito bien…, *tremendamente sensible*. Es una de mis *taras* de fábrica; podría llorar con todos los anuncios de la tele, si tuviese un poco de tiempo. Es fácil imaginar que ser tremendamente sensible no solo es una faena, en general; para llevar este programa lo es en particular. Sientes cada historia como si fuera tuya, y alguna se te pega con tanta fuerza que te cuesta mucho sacártela de la piel. Pero, poco a poco, aprendes a distanciarte de los hechos que escuchas, no porque quieras hacerlo, sino porque no te queda más remedio.

Mi otra fragilidad son las migrañas. Tengo unos dolores de cabeza que cuando aparecen me gustaría poder desatornillármela del cuello y guardarla en un cajón, ya que me inhabilitan por completo para hacer cualquier cosa normal; pero también dispongo de una pastillita —que inventó alguna persona maravillosa a la que besaría con pasión si llegara a conocerla— que hace que en media hora se me pase completamente el dolor. Amo la química cuando es tan cariñosa conmigo.

El programa lleva dando voz a los protagonistas de la vida más de veinte años, pues se puso en marcha el segundo día de octubre de 1990. De hecho, poco tiempo después de asumir que habían dejado en mis manos algo único, me di cuenta de que *Hablar por hablar* estaba a punto de cumplir veinte años y que merecía una gran celebración.

El cumpleaños coincidió con los días en que se iba a producir en

España una huelga general en protesta por los primeros recortes, de los muchos que el Gobierno llevaría a cabo después para afrontar la crisis —según los dirigentes.

Como el cuerpo no estaba para confeti y farolillos, decidimos aplazar una semana las celebraciones.

Se me ocurrió que las presentadoras que en su día lo habían dirigido volvieran a ponerse al frente del programa, años después. Una idea que cobró forma y se hizo realidad y que, por primera vez en la historia de *Hablar por hablar*; los oyentes pudieron ver a tiempo real, a través de Internet.

Abrió la semana Gemma Nierga. Fue muy generosa porque por entonces presentaba *La ventana*, así que aquella noche durmió bastante poco. Se dirigió a todos leyendo el mismo texto que escribió a máquina cuando tenía veinticuatro años y se ponía por primera vez al frente de un programa en el que estaba previsto hablar de amor y desamor —y al que poco a poco se le iría ampliando el abanico de temas.

Gemma volvió a sentir la intimidad que propicia la noche. Le contó a los oyentes que en estos años la vida le había dado un poco de todo, bueno y malo. Volvieron a llamar amigos de entonces; algunos le pusieron al día de sus cosas. Cómplices radiofónicos de toda la vida.

Como si de un viaje en el tiempo se tratase, Gemma recuperó sensaciones que creía perdidas.

El martes, Cristina Lasvignes revolucionó el estudio con esa energía tan bonita que tiene. Dio las gracias a los oyentes por enriquecer tanto su vida; por las experiencias que le habían regalado; por la preparación que adquirió en el programa; por tanta verdad…

Mara Torres tuvo la sensación de que el tiempo no había pasado. Se sentó al ordenador y se reunió con Juanma, como tantas noches había hecho. Habló con sus oyentes de entonces, y hasta recibió un *e-mail* de Farero, personaje mítico en su época que escribía desde un faro y que aquella noche quiso estar presente.

A diferencia de sus compañeras, Mara no tuvo esa «última noche de programa», ya que su fichaje por La 2 coincidió con sus

vacaciones de verano, y, aunque no es muy amiga de las despedidas, aprovechó para decir adiós con un sincero «Gracias».

Fue muy bonito comprobar el amor y el respeto que le tenían a su *Hablar*. Muy especial verlas trabajar; estar con ellas.

Echamos de menos a Fina Rodríguez. Nunca supe cuáles fueron las verdaderas razones que la llevaron a rechazar la invitación.

Hablé con ella una mañana. Acababa de levantarme y, con el café en la mano, marqué ese número de teléfono que tanto nos había costado conseguir.

Era la única a la que no conocía y, como se había marchado de la radio sin dejar rastro alguno, su figura estaba rodeada de misterio.

Recibió mi voz con sorpresa y mi invitación con desconfianza. Se imaginó de nuevo frente a los micrófonos y pude escuchar cómo se le quebraba la voz. Intenté transmitirle todo el cariño de sus oyentes, que todavía preguntaban por ella, y del equipo de la Cadena SER. No quería saber nada, solo hablaba y hablaba de lo afectada que se sentiría estando en el estudio, aunque solo fuese por unas horas. Lo único que pude hacer por ella en ese momento es lo que ella había hecho tantas veces por los demás: escuchar.

Quedamos en que si cambiaba de opinión, se pondría en contacto conmigo. Nunca lo hizo.

Jamás pretendí entristecerla, pero sé que lo hice. Sentí que la inesperada conversación era una prolongación de la madrugada. Había atendido, a deshora, una nueva llamada de *Hablar por hablar*.

¿Le gustaría saber en qué ha cambiado el programa en estos más de veinte años de emisión?

Creo que cada año cambia; cambia con la vida; avanza gracias a ella… y se resiente con ella, porque es la voz de la vida.

Una oyente de siempre, Consuelo, aseguró en antena que antes uno planteaba un problema y la audiencia se volcaba en aconsejarle y que hoy cada cual tiene ya bastante con los suyos.

En este libro, el tercero que se escribe sobre el programa de radio *Hablar por hablar*; he recogido algunas de las llamadas que yo he atendido en los primeros cinco años que llevo al frente del mismo.

Historias que quizá no hayan ocupado las primeras páginas de los periódicos, pero que han ilustrado las madrugadas de este programa social al servicio del oyente de radio. Llamadas que bien pudo recibir Gemma Nierga, porque en algunos aspectos poco hemos cambiado; y llamadas que hace dos décadas eran impensables.

He sido lo más fiel que he podido al alma de las historias. Pero todas han pasado por mi mano, para hacer más fácil su lectura y preservar el anonimato de los narradores. Le ruego lo tenga en cuenta, así como la generosidad que tuvieron al compartirlas.

Imaginación para ponerles voz a los personajes de la vida y empatia para sentir cada una de sus palabras es lo único que necesita para acercarse al corazón de los protagonistas de *Hablar por hablar*.

Testimonios ejemplares

«Señor, en mi pueblo teníamos la antigua tradición de bautizar a los niños recién nacidos con los nombres de los órganos o de las partes del cuerpo importantes. Por ejemplo, Chen Bi, *el Narizón*; Zhao Yan, *el Ojitos*; Wudachang, *la Tripa*; Sun Jian, *los Hombros*… Sin embargo, aunque no he estudiado el origen de esta tradición, supongo que debe de provenir del convencimiento de que "los nombres humildes dan longevidad", o posiblemente se hiciera porque las madres consideraban que los hijos eran carne que se separaba de sus cuerpos».

Rana, Mo Yan[1]

Li, funambulista. O cómo hacer equilibrios con la identidad

Mi nombre es Li, soy china y gaditana y hoy me siento más sola que nadie en este mundo. El primero en llegar a España fue mi padre; seis años después nos trajo a mis dos hermanos varones y a mí.

Tengo veinticinco años y a los catorce ya me había puesto a trabajar, para ayudar a mis padres, como camarera en un restaurante chino por cuenta ajena; hasta que reunieron suficiente dinero para montar el suyo propio. Siempre he sido una chica muy alegre, dispuesta a ayudar a mi familia; pero ahora me he topado con una realidad que no cuadra conmigo; no he podido disfrutar de mi juventud.

Hace poco retomé los estudios y cada día me lo recuerdan. Parece como si les debiera ese favor eternamente. Hace ya un año que me fui de casa cuando mi padre, cabreado, me dijo que si no me hubiera mandado a estudiar, estaría trabajando día y noche en la cocina. Y eso me dolió un montón. Dejé lo que estaba haciendo y me fui a casa de una amiga. Ahora vivo en un piso compartido, pero me siento más sola que nunca; mis amigas están hartas de oírme, de darme consejos; no sé qué haría sin ellas.

Mi madre ha terminado por convencerme y he accedido a volver a la cocina. Salgo a la calle cuando no ha amanecido y regreso cuando es de noche. Por la mañana trabajo como intérprete para la comunidad china.

Siento que no merecen mi trabajo, porque nunca me lo

agradecen ni valoran el esfuerzo; sé que tengo la obligación de ayudar a mi familia, pero quiero una vida diferente; y no puedo hablarlo con ellos, porque cada vez que lo hago pierdo los nervios y lloro o grito.

El domingo le dije a mi madre que vendrían mis amigos a probar el autoservicio y se negó a cocinar porque iba a sobrar mucha comida. Me dolió mucho: con todos los sacrificios que yo hago y para una cosa que le pido, me la niega.

Vivo peor que una china, mucho peor; tengo tres trabajos porque los domingos voy a la tienda de ropa, y nunca se les ha ocurrido darme un solo día libre. Estoy agotada. Saqué matrícula de honor en bachillerato, hice la carrera; pero nunca imaginé que fuera algo que tendría que estar agradeciendo toda la vida. Como un peso que debo arrastrar.

Necesito tener vida. Intenté salir con un chico, chino también, y mi padre lo asustó haciéndole preguntas acerca de sus intenciones conmigo. No me dijo ni adiós y se fue. Tener una relación con un gaditano ni me lo planteo. Aquí son más realistas, con mi ritmo de vida ni se acercan. La verdad es que tampoco tengo vida social, así que no puedo conocer a nadie.

Sueño con tener un sueldo fijo, una familia y unas vacaciones. Yo no quiero complicarme la vida.

La comunidad, china en España se ha multiplicado por seis en una década. Al cierre del año 2012 había 178.000 chinos censados en nuestro país.

Li es hija de la inmigración. Pertenece a la segunda generación, y poco apoco ha tenido que construir su identidad al amparo de dos culturas. En esa búsqueda se ha encontrado con que sus inquietudes y necesidades son diferentes a las de sus padres.

Busqué el significado de su nombre: fortaleza y hermosura. No me sorprendió.

El *nenu* de Ujo

Una madrugada recibimos la llamada de una asturiana que pedía ayuda para un niño de su pueblo. El pequeño estaba enfermo de leucemia. Su familia había agotado todas las posibilidades. Les quedaba solo una opción: que sus padres concibieran a un hijo genéticamente compatible con las células madre del niño. Como en España este proceso es lento habían decidido trasladarse al extranjero y necesitaban ayuda para conseguirlo.
Con esta llamada la mujer quería hacer un llamamiento a la solidaridad de la gente. En la oficina de Cajastur, en Ujo, el pueblo de donde es el niño, hay una cuenta abierta; que un euro no nos va a hacer nada a nadie y a este niño, la verdad, le puede hacer bastante.
Una semana después La Voz de Asturias se hacía eco de la solidaridad de una oyente de nuestro programa, que escuchó el llamamiento: Leonor tiene setenta y dos años y reside en una pedanía de Murcia de nombre La Arboleda. Una noche estaba escuchando Hablar por Hablar y decidió coger una bicicleta y salir a la calle a solicitar ayuda para un niño conocido como «el nenu de Ujo».

Quisimos conocerla y nos pusimos en contacto con ella… Acababa de ingresar en nuestro selecto club de gente, que hace que la vida valga la pena:

Je, je. Bueno…, muchas gracias. Es que a veces me desvelo porque mi cabeza da muchas vueltas pensando en cosas negativas, aunque los demás digan que soy una persona muy positiva y que me paso la vida levantándoles el ánimo. Lo cierto es que tengo una radio

pequeña que me pongo en el oído y os escucho desde hace muchísimos años. He oído a todas tus compañeras. Y la última eres tú, Macarena, que tienes la dicha de llevar ese nombre tan precioso.

Al oír lo de este niño, di un salto en la cama, porque pensé en mi nieta, la única que tengo, mi Eva, que este mes cumple tres años. Pensar en ella fue lo que me dio el empujón para que fuera a buscar un lápiz y un papel.

Ya no dormí: me dieron las seis de la mañana dándole vueltas a la cabeza porque no me habían dado el número de cuenta. Al día siguiente me levanté, llamé a mis hijas y les conté lo que tenía en mente: hay un niño, de la edad de la nuestra, que está en apuros. Necesita dinero, y quisiera que colaboráramos nosotros. Tras hablar con ellas pensé: ¿Y por qué no coges la bicicleta, Leonor, y vas en busca de todas las personas que te conocen? Eso hice.

A todos les contaba la situación, que me la tengo bien aprendida. Para no agobiar a nadie, pedí un euro —que estamos en una época muy mala y hay muchos timos por ahí—, y quien pudiera más…, bendito sea. No conozco de nada al que llaman «el *nenu* de Ujo». Mis hijas me han sacado de Internet la foto en la que está con sus papás. Esa mirada tan inocente, con su chupete puesto…

Me faltan… veintitantos euros para llegar a seiscientos. Los de la Caja, los pobrecitos míos, me temen cuando me ven llegar. Pido resguardo de todo lo que ingreso, de cada persona que ha contribuido. A veces solo sé el apodo.

Algunos no quieren que les lleve el resguardo porque confían en mí, pero yo insisto.

¡Madre mía, si supieras la que se está liando en Ujo…! Perdona que te hable de tú, pero, con esa voz…, eres como mi hija…

Escucha. Me llamó…, ¿cómo se llama?…, el de la Caja, ¿cómo es…? ¿El presidente…? No…, presidente no se llama. ¡El de la Caja…, joder…!, el director… Ya hablo con él como si tomáramos café todos los días… Me dijo que querían entrevistarme en una emisora local que tienen allí. Le hablé directamente al pueblo.

Yo me decía: pero, por Dios, ¿por qué tanto jaleo…? Yo solo quiero ingresar, ingresar, ingresar…, eso es lo que quiero. Madre

mía. No hay puerta que no te abran cuando pides un euro y explicas la razón; no hay nadie que diga «no tengo», «no puedo»…, nadie. Todo el mundo te atiende.

Mi radio la tengo siempre al lado; como soy tan adicta a la SER… Ahí empezó todo, en la SER.

El nenu de Ujo es precioso, yo también lo he visto en Internet… Dos años más tarde de aquello, quisimos saber cómo estaba la familia y nos pusimos en contacto con el padre del niño. Su madre ha intentado en tres ocasiones quedarse embarazada para lograr el bebé-medicamento que permita curar a su hermano gradas a un trasplante de médula. La última vez fue en una clínica privada en Grecia. Los médicos consiguieron implantarle en el útero un embrión compatible y de buena calidad…, pero días después la madre supo que no estaba embarazada.

El pequeño en estos momentos tiene controlada la grave enfermedad que padece, pero sigue necesitando un trasplante.

El nenu, mientras, juega y espera.

Up in the air

Yo soy ejecutivo de una multinacional. Tengo muy buen sueldo, una buena casa y una familia maravillosa; pero sacarlo todo adelante es durísimo. Me cuesta mucho trabajo mantenerme cada día y asumir mis responsabilidades tanto familiares como laborales. Vivo en una lucha constante para mantenerme a flote, y a veces me planteo si todo este esfuerzo vale la pena.

Creo que es importante que la gente piense bien hasta dónde quiere llevar su vida; si verdaderamente quiere meterse en un mundo ultracompetitivo o si prefieren una vida más tranquila. Ganar menos dinero pero hacer algo que te guste y te permita vivir en armonía.

Yo llegué a esta situación sin haberlo planificado, sin saber exactamente si este era mi mundo. Ahora resulta muy difícil dar marcha atrás, porque implica un retroceso en todos los sentidos; con menos ingresos se tambalea el entorno en el que te mueves y se resienten las personas a las que quieres.

Me gustaría decirle a todos los jóvenes que la ambición está bien, que deben ser ambiciosos, pero por algo que verdaderamente les vaya a hacer felices; que no se dejen deslumbrar por la sofisticación del dinero.

Aprovecho esta hora de la madrugada para hacer bricolaje. Es el único momento en que puedo hacerlo. Instalo lámparas, hago mesas. Me gusta el trabajo manual, me relaja mucho.

La película Up in the air, dirigida por Jason Reitman en el año 2009,

está basada en la novela homónima de Walter Kirn y reflexiona sobre la sociedad contemporánea. Nos presenta a un experto en recortes de empleo, encarnado por George Clooney, que no sabe lo que es tener vida propia, que ha perdido la referencia de lo que verdaderamente importa y que vive de avión en avión.

Salvando las distancias entre el cielo y el suelo, aquella madrugada creímos escuchar la misma reflexión en las palabras de Fernando, amante del bricolaje.

Desayuno en Tiffany's

Tengo sesenta y cinco años ya. Hace quince sufrí un infarto cerebral y como secuela tengo una hemiplejía en el lado izquierdo. Pasé muchos años sin salir de casa, atendida por personas contratadas. Y en ese terreno he tenido experiencias de todos los colores. Algunas chicas muy cariñosas, trabajadoras, a las que quiero mucho y con las que todavía tengo contacto. Como una muchacha marroquí encantadora que se refugió en una casa de acogida, con su niña pequeña, porque la maltrataba el marido.

Con el tiempo empeoré, y yo, que antes me podía valer un poquito por mí misma, ahora no puedo. Hace un año y medio me compré una silla de ruedas con motor y me cambió la vida. Empecé a ir al mercado, cosa que antes no podía hacer sola. Aunque no tuviese nada que comprar, solía ir a la pescadería porque me encanta ver los pescados; me gusta su color, su brillo, esa sensación de que es un alimento sano y limpio.

Hace tiempo, cuando estaba bien, viajaba mucho, y lo primero que hacía al llegar a un lugar era visitar el mercado, porque da muchísima información de la gente que vive allí. De Barcelona, por ejemplo, me quedo con la Boquería. Aquel escaparate para mí es como estar en Tiffany's. Yo no desayunaba con diamantes, desayunaba con sardinas, manzanas…; con la exuberancia de lo que la naturaleza nos da.

Tengo a un muchacho que me ayuda a salir a la calle, porque como en la comunidad donde vivo la solidaridad brilla por su ausencia, decidieron que si necesitaba una rampa, me la pusiera yo.

Este tío es un cachas. Yo le llamo Tarzán. Me baja con la silla de ruedas a pulso, y nos la jugamos. Yo me juego pegarme una chufa y quedarme peor de lo que estoy y él, lesionarse del esfuerzo.

Mi silla con motor vive en el portal, aparcada. Yo le bajo la batería cargada de casa y nos vamos a pasear. Ya le he cogido gusto a ir por todo Madrid en autobús. Nos hemos dado unos viajes estupendos por lugares entrañables, a los que antes no podía ir más que en taxi, y de pasada.

Subo a los autobuses por la rampa divinamente, pero luego tengo que hacer la salida de espaldas, y este chaval se ha hecho un experto en bajarme.

Un día me subí en uno donde el tonto que iba conduciendo tenía interiorizado algún personaje de autoridad —coreado por algunas personas que van sentadas, y a las que yo no molesto— y me empezó a decir que la silla la tenía que colocar según la nueva normativa. Traté de hacerle entender que no había espacio suficiente para un modelo como el mío, que pesa mucho.

Si no tengo ya bastante con sufrir la inadaptabilidad de la ciudad y los botes que voy pegando —que se me queda el trasero al Jerez—, me toca el tonto del conductor ese y el coro de *loras* aquellas metiéndose conmigo.

Nadie tiene la salud comprada y cualquier día pueden estar peor que yo.

Aquel día bajé del autobús con una tremenda amargura…

El *carrilano* y la locura de vivir

La historia de mi vida se desarrolla en cuatro años. Me casé con toda la ilusión del mundo. Tenía un puesto de trabajo, un piso, y un pasado con el alcohol. Fue separarme y perder piso, trabajo y volver, pues…, aunque no volví al alcohol…, a lo más hondo. Estoy llamando desde un cajero. No tengo dónde vivir y voy de aquí para allá. En esta situación llevo aproximadamente tres años. Tres largos años ya, de no dormir en una habitación; haciendo uso de servicios sociales, de albergues…, y de buscarme la vida.

En estos momentos sé que no estoy solo, porque sois muchas las personas que me escucháis, dándome alivio. Mañana, si Dios quiere, tiraré para Tarragona, o para algún sitio donde pueda encontrar un trabajo y formalizar ya mi vida.

El mundo del *carrilano* es muy interesante en algunos momentos; en otros es duro, si te pilla solo como estoy yo aquí, en un cajero.

Se te va la vida en pensar, en preguntarte por qué estás aquí, qué pudo suceder… La verdad es que mi exmujer se enamoró de otro, y eso no se supera tan fácilmente. Me habría gustado ser padre, y ella era el pilar que me sujetaba; al moverse me he derrumbado yo con todo.

Este mediodía me tocó andar, mañana cogeré el autobús. Después, quién sabe…

Voy con una guitarra, porque tener compañía es muy importante. Podría intentar ganar algo tocando, pero me da vergüenza, la verdad. Bien es cierto que cuando dispongo de dinero,

me meto en el ordenador y empiezo a chatear. La gente que conozco es mi punto de apoyo.

Me ha encantado conocerte, Macarena, aunque me habría gustado estar en otras circunstancias.

Algunos pensarán que este ha sido el testimonio de un loco. A esos quiero decirles que la mayor locura que hay es la vida. El vivirla y tirar para adelante.

El hada madrina

Yo soy de Asturias, y en el año 1986 fui a Barcelona para que me operaran de la vista. Me hospedé en una pensión que hoy está cerrada, la pensión Terraza, en la calle Madrazo. Los dueños eran unas personas maravillosas.

Un día llegó una señora muy joven procedente de África, concretamente de Angola, con su hijita de cinco años, a la que iban a operar de glaucoma. Se llamaba Estela.

Estuvimos juntas durante ocho meses, en los que no nos separamos ni de día ni de noche. Como la situación de Angola no era fácil, ya que han estado treinta años sufriendo una guerra civil, la mamá no tuvo la oportunidad de hacer muchas cosas, como bautizar a la niña, así que quiso hacerlo en España y me pidió que fuese la madrina. A mí y a César, un señor asturiano que también estaba en la pensión y que era paciente de la clínica. Accedimos encantados.

Qué triste el día que se fueron. Yo sentí que se me iba una hija. Les escribí infinidad de veces y nunca tuve respuesta. Pasé muchos años pensando qué sería de Estela, de la mamá, del otro bebé que tuvo y al que puso mi nombre…

Pasó el tiempo y la vida me la trajo de vuelta. El año pasado fui a Barcelona con una amiga y cuál sería mi sorpresa cuando, mientras visitaba a los dueños de la antigua pensión, me enteré de que Estela estaba en España.

A la mañana siguiente nos encontramos. Habían pasado veintitrés años.

La niña que se fue era hoy una mujer y estaba ciega. En su país

habían tomado la decisión de quitarle los ojos. Supe entonces que su mamá había muerto de malaria, con treinta y nueve años, y que tampoco tenía padre.

Se vino con su novio angoleño a España y, al llegar, él se marchó con otra y la dejó sola. Fue muy valiente. Apareció en Barcelona con nueve euros en el bolsillo. El conductor del autocar en el que llegó le dijo: «¿Quieres que te coja un taxi?». «No, no, me están esperando». Pero no era cierto.

La recogieron en la Cruz Roja; en Cáritas la ayudaron y estuvo acogida por varias personas, muy generosas, por cierto.

Al encontrarme con ella el abrazo fue indescriptible: profundo, de amor y de emoción…

Han pasado muchos años, pero se acordaba de todo. Y es que entonces ya era una niña muy espabilada. Yo creo que la necesidad obliga a las personas a crecer antes, y a ser más conscientes. En aquellos tiempos, con solo cinco años, ya valoraba todo. Recuerdo que apenas traía ropita, que se la compramos nosotros. Los primeros Reyes de su vida los pasó aquí; le dejamos los regalos en la puerta de la habitación.

Actualmente vive en un piso que tengo alquilado en Barcelona; y su tía Tere y su padrino nos ayudan un poco. Estudia en la Facultad de Derecho de Barcelona. Este año ha empezado cuarto, con unas notas excelentes. Se levanta todos los días a las cinco de la mañana para estudiar por el método Yaus; para quien no lo sepa, es un método hablado. Ella ya sabe braille.

No le ha quedado ninguna asignatura; ayuda a sus compañeros en todo lo que puede; es la alegría personificada. Siempre está contenta…

Y eso que no tiene nada. Es un gran ejemplo para los jóvenes de aquí que poseen tantas cosas, tanta ropa, y a veces no saben qué ponerse.

Jamás se ha quejado de no ver; dice que tiene otras cosas: alegría, salud; tiene palabra, y don de gentes… Hablamos todos los días por teléfono, nos contamos cosas.

Yo le doy consejos, es mi obligación, pero es ella la que me

alimenta con su gran ejemplo de vida.

La perversión del lenguaje

En los medios de comunicación habláis de la generación «ni-ni».

Yo soy de otra generación *ni-ni*, y esta es mi carta de presentación.

Nací en el sesenta y uno, tengo cincuenta años.

Vengo de familia humilde.

No tuve infancia.

Trabajo desde los nueve años.

Estudié lo básico, lo que pude.

Estoy desempleado, que no parado, pero con esta edad nadie quiere contratarte; así que todo apunta a que tampoco voy a tener vejez.

Que sepáis que existe otra generación *ni-ni*.

Ni infancia ni vejez.

El don de la doña

Quiero darle las gracias al hombre que me dio el número de teléfono para poderos llamar, porque yo no sé leer ni escribir. Tenía cinco años cuando mi madre me entregó a una familia para que me cuidaran y me dieran de comer.

Me considero una mujer con mucha electricidad en las manos. Y cuando toco a alguien, le quito los dolores. No importa cómo sean: blancos o negros, rubios o morenos…, mi tentación es ir a tocar. Cuando detecto que una persona tiene una dolencia, siempre pregunto si puedo tocarla, porque si, por ejemplo, son testigos de Jehová, rechazan mi energía sanadora.

Soy bastante respetuosa, la verdad sea dicha. En una ocasión, una chiquita que vive en mi bloque vino llorando de la oficina. Se había caído y le dolía mucho. La toqué y, de manera inmediata, mejoró. Se fue corriendo a su abuela a pedirle dinero para dármelo. Fue una sanación instantánea. Y qué sé yo lo que tienen mis manos o mi mente, pero el caso es que sano.

Y una cosa más extraña todavía es la que me pasa cuando voy andando por la calle: me da la sensación de que me tiran de la espalda hacia atrás.

Todo empezó en el cementerio, hablando con mi marido, que se marchó allí un 9 de junio —prefiero decir que «se marchó»; es más bonito, y así cualquier día vuelve; ¿o no es más bonito?—. Le estaba recordando todas las calamidades que habíamos pasado y sentí cómo me golpeaban la espalda. Cuando me giré allí no había nadie. Desde entonces siento que alguien me reclama.

Tengo siete hijos. Cinco chicas y dos chicos; doce nietos y tres bisnietos.

He vivido en París nueve años, cuatro de ellos embarazada. Cuando se marchó mi marido, tenía en casa cuarenta euros. He recogido cartones, he cosido ropa vieja y he hecho cortinas. Pero no sé leer ni escribir; no me ha dado tiempo, y luego la vista empezó a fallarme. Ya no siento curiosidad por saber lo que dicen tantas letras juntas.

Ahora sé que se puede vivir sin saber leer ni escribir. Para contar el dinero, junto uno de cincuenta y otro de cincuenta, que sé que hacen cien y que con otros dos de cincuenta hacen doscientos. Con dos más de cincuenta, trescientos; otros dos de cincuenta y tengo cuatrocientos, y otros dos, quinientos… Entonces hago cinco rayas y sé que son quinientos euros, con un punto.

Lo que me deben yo lo escribo en unos calendarios chiquitines que tengo, y así voy viendo quién no me ha pagado.

¡Ah!, y se me ha olvidado contarte que hasta he tenido que dormir en una iglesia vieja, donde nacieron mis dos hijos. Allí vivimos mi marido y mis padres un tiempo, luego me vine a Castellón…

Bueno…, si pasas por aquí, te doy una habitación. Ya he invitado a las chicas de tu equipo a venir a las fiestas. ¡Cuando queráis! Aquí en Castellón tenéis vuestra casa. Preguntad por mí, que todo el mundo me conoce. Me llaman «la doña».

Afif

Soy de Marruecos. Llegué a España en los bajos de un camión. Recuerdo el viaje como si lo hubiera hecho ayer: me veo vigilando el autobús, comprobando la hora de salida y el destino del mismo. Salimos sobre las cinco y media camino a Francia. Salté la valla y, antes de que llegara el chófer y los pasajeros, me metí debajo y busqué un sitio más o menos cómodo en el respiradero. «¡Ya está, ya no me puedo echar atrás! He tomado la decisión de ir al extranjero, a buscar una vida mejor», pensé.

Llovió sin parar las cinco horas que duró el trayecto. Hacía frío, el ruido era atronador…, estaba asustado. Empapado por el agua que salpicaba del asfalto, sentí que perdía el conocimiento. Hubo un momento en el que no sabía si estaba vivo o muerto, y todos mis recuerdos, desde la infancia, pasaron por mi cabeza.

Recordé las manos de mi madre y oí la llamada a la oración… Me veía paseando un atardecer dorado por la medina de Fez, como tantas otras veces, con mi primo, el mismo que me animó a viajar a Europa. Empezaba a pensar que nunca llegaría a enviarle esa camiseta del Real Madrid que le había prometido.

El autobús se detuvo en un restaurante y se bajaron los pasajeros que querían ir al baño. Salí de allí de un salto y le pregunté a una chica dónde estábamos. Quedaban unos kilómetros para llegar a Granada. Fui al lavabo, me cambié los pantalones, que venían todos sucios, me lavé la cara y esperé a que se fueran los viajeros. Alá es grande y en todas partes del mundo hay gente buena. Un señor me sacó un billete para Madrid.

Me jugué la vida, pero con el tiempo conseguí trabajo y papeles. Y le mandé la camiseta a mi primo Ahmed. Llevo aquí quince años.

La crisis ha cambiado las cosas. Solo me ofrecían chapuzas; me pagaban en dinero negro y me decían que si no estaba conforme, me volviese a mi país.

He tenido que vivir en la calle, y es una experiencia terrible. La calle o te destroza o te hace fuerte. Estoy pensando volver a casa, pero lo que me cuentan de allí tampoco es muy diferente de lo que ocurre aquí.

Muchos emigrantes retornados pasan el tiempo en los cafés contando sus historias europeas, todas dramáticas. Mientras, otros tratan de vender todo tipo de productos españoles de primera o segunda mano.

Montar un negocio allí tampoco es fácil por las continuas dificultades burocráticas. La pobreza y la corrupción son el pan de cada día. Ya estoy muy acostumbrado a vivir aquí y no quiero volver a sentirme un inmigrante.

Según datos del informe presentado por el Consejo de la Comunidad Marroquí en el Extranjero, los emigrantes marroquíes están entre las comunidades más golpeadas por los efectos de la crisis. Se estima que un treinta y tres por ciento ha perdido su empleo desde el inicio de la misma.

La comunidad marroquí es una de las más vulnerables debido a su tradicional ocupación en sectores como la agricultura, la hostelería o la construcción.

La ganadora de la noche

Yo quería hacer partícipe a todo el mundo de la felicidad que siento ahora mismo. Hablo en nombre de mi mujer porque está operada de una traqueotomía y no puede expresarse bien.

Estábamos pasando apuros económicos…, usted sabe… Ella es vendedora de la ONCE, se llama Milagros y tuvo un cáncer de garganta. No puede hablar. Resulta que no pudo devolver unos cupones a tiempo y tuvo que pagarlos con el dinero de nuestra comida. Sorprendentemente, esta misma noche, uno de ellos ha resultado premiado con treinta y cinco mil euros.

Yo soy oyente asiduo, no duermo por las noches y siempre oigo el programa; también tengo problemas, como todo el mundo, pero nunca he querido llamar para contarlos, y hoy, como tengo una alegría tan grande…

El 35.884, ese ha sido el número premiado. El pasado día 6 dio el *cuponazo* ella también, un premio de ciento cincuenta mil euros.

La pobre… Más que nada llamo por eso, por romper una lanza en favor de la gente discapacitada. Sale cada día a las cinco de la mañana y va al mercado sola; ahí está hasta el mediodía.

Hoy estamos de suerte… El dinero no da la felicidad, lo importante es tener salud y fuerza para luchar…, pero hoy estamos de suerte.

En algún lugar dejó escrito Cario Dossi que el último escalón de la mala suerte es el primero de la buena.

El *poli* bueno

Soy un funcionario de Policía, jubilado por enfermedad, y no paro de preguntarme la razón de que a todos los funcionarios que se retiran se les homenajee con un vino o una comida y a mí, nada. Aún no sé el motivo. Creo que lo merecía. Fui justo y solidario con los compañeros, e incluso con los delincuentes. Los traté siempre como seres humanos con problemas.

No guardo rencor a nadie, pero pienso que quizá elegí una profesión equivocada. Soy una persona con mucha sensibilidad. Fui profesor, y tenía que haber seguido por ese camino. Ingresé en el cuerpo, en plena Dictadura, porque se ganaba más dinero; y porque creí que iba a cambiar el mundo.

Pasa el tiempo y me sigo preguntando la causa de que se me ignore. Yo he asistido a todos los homenajes, a las jubilaciones, a los pases a segunda actividad… Y a mí, nada de nada.

Ellos saben que en determinadas investigaciones, como fue el asesinato de una chica en Alcorcón, lo pasé muy mal. Trabajé noche y día y no llegó a solucionarse. Sin embargo, también viví momentos de gran satisfacción, como aquel, en Móstoles, en que rescatamos a una niña a las cuarenta y ocho horas de haber sido secuestrada. El Rey, que estaba en el Vicente Calderón viendo la final de la Copa, nos llamó para felicitarnos.

Pero llevar a una persona detenida es muy duro. A veces son padres de familia que no tienen nada y a los que la sociedad les ha negado todo. ¿Qué pueden hacer…? A mí esas cosas me afectaban muchísimo. Estuve a punto de irme, y ojalá me hubiera ido, porque

habría sido más feliz aun ganando menos dinero, y haciendo una función social igual de valiosa que la que hace la Policía. He vivido más momentos amargos que felices. Temporadas en las que he tenido que tomarme mis copitas. Me evadía, me liberaba; y a lo mejor hacía alguna tontería, como gritar «Viva la República» o «Viva el Partido Comunista». Cosas de esas… Eran otros tiempos.

Mañana es la fiesta de la Policía y me han invitado, pero no sé si ir porque cada día me siento más desarraigado.

Las manos de *manitas*

Soy una chica de veintiséis años, invidente de nacimiento y trasplantada renal dos veces. Para mí, las *manitas* son un placer. Desde pequeña, me encanta coger *manitas*. Me transmiten placer y tranquilidad.

A algunas personas les molesta más que a otras, pero yo *no miro por eso*… Lo comprendo, pero no miro…, a veces tengo ese fallo.

Resulta que yo tengo un tito que, desde que tengo uso de razón, es mi tito favorito y toda mi santa vida la he pasado cogida a su *manita* sintiendo seguridad, placer y tranquilidad.

Hace poco me ha dicho que he crecido y que ya no quiere que toque su *manita*. Y yo, pues mira…, quiero recuperar esto porque hasta hace un mes nos sentábamos en el sofá, aquí en mi casa…, aquí, en *casita*, y sobre un cojín ponía su *manita* sobre la mía.

Para mí, las *manitas* son una caricia, una auténtica caricia. Sobre todo si son suaves y finas, porque con callos no me gustan… Cuando alguien tiene callos, ¡no puedo! La callosidad para mí es un obstáculo… Lo siento, pero hay confianza: la gente con callosidad…, qué quiere que le diga. Es como si yo entro en una *casita* con muchos obstáculos. Una *manita* con callos no la reconozco bien.

Cuando le pregunto si le gustan las manos frías, se pone muy contenta.

Síííí, cómo me gusta que llegue alguien y me diga: «Oiga, caliénteme las *manitas*, que las tengo muy frías». Encuentro verdadero placer calentando *manitas*, y si son de la familia, más.

Cuando ya están calientes hay gente que me pide que se las suelte porque le sudan, y a mí me cuesta lo mío soltarlas.

Mi tito las tiene como a mí me gustan: suavitas, finitas, lisas y regordetas.

Cuando salimos de paseo no le gusta que coja *manitas*; piensa que voy molestando a la gente y me frena. No quiere que esté *a pie plantón*, con la *manita* de otro cogida.

Con una voz tan triste que rompe el alma me dice: «Mi tito antes lo hacía y ahora no». *Pero súbitamente se acuerda de algo que le produce placer y casi grita de alegría*:

¡Ay, el tacto de los *bebitos*! ¡Me encantan los *bebitos*, de cero a tres ahitos! Tomar *bebitos*. La gente piensa que se me van a caer, pero yo estoy segura de mí misma y les tomo hasta de pie… Y cantarles, nnnnnininini, mecerles y dormirles…

Después de susurrar la canción que les canta a los bebitos, recupera el tono triste y pide:

Que la gente me diga cómo puedo convencer a mi tito para que todo vuelva a ser como antes… Para que el *agüita* vuelva a su cauce.

Le digo para animarla que si estuviéramos cerca yo le cogería las manos, aunque a esta hora las tenga un poco frías. Al oírme se estremece con un sonoro suspiro y pregunta con mucho interés: ¿Cómo son sus manos?

Yo respondo que no son especialmente bonitas, pero que tienen todos los dedos; vamos, que no están mal del todo. «¿Callosidades?», pregunta. Y remata muy segura:

No, claro, usted es locutora. Pienso yo que las locutoras no tienen callosidades… Bueno, le mando un *apretoncito de manitas*. Así, ¡ñiiii!

Después de la punta de la lengua, la zona de mayor sensibilidad es la punta de los dedos, y esta sensibilidad es el mayor tesoro del que dispone una persona ciega. ¿Nos paramos a pensar en la cantidad de manos que tocamos a lo largo de un día? Con toda seguridad, pocos de nosotros recordaremos haber tenido contacto con una mano determinada. Yo, aunque no la haya visto, la de manitas no voy a olvidarla en mi vida.

La superabuela del barrio

Si nuestra siguiente protagonista se le cruzase un día cualquiera, por una calle cualquiera, seguro que ni repararía en ella. Una mujer mayor, que camina despacito como otras tantas y que mira con la falta de interés de quien ya lo ha visto todo, como otras tantas. Pero ojo, porque si algo osa perturbar la paz del barrio, puede transformarse en toda una superheroína… Le presento a la superabuela… y su arma secreta.

Hablo flojito, pero si me oís bien, empezaré con mi historia. Esto es una guerra sin cuartel, ya no podemos estar ni en las casas. El otro día a mi vecina, que iba cargada con la compra, le dice un mozo: «No cierre, señora, que voy a subir». Decimos todas de no abrir a la gente joven en la finca, pero, en fin… Una vez que están en el ascensor, le coge las dos bolsas que había llenado en el súper de al lado, el bolso con todo el dinero, sale pitando y ya no se supo más. La pobre, que es una mujer mayor con la espalda encorvada, muy buena y apacible, se quedó llorando.

Pero fíjese lo que me pasó a mí. El viernes sobre las doce estaba en la calle con mi carro de la compra y mi bolso, en el que llevaba bastante dinero, porque iba a pagar unas ventanas, y me paró en la orilla de una farmacia donde pasa bastante gente una chica así, *braga*, de cara dura, que iba arreglada de enfermera, con una bata blanca y una libreta con el dibujo de una silla de inválido. Estaba pidiendo firmas y yo, pues, aunque no la creí, me *compasioné*, porque me dijo que a estos pobres nadie les daba lo suficiente; y cuando le

estaba firmando, ya me estaba metiendo la mano en el bolso; y yo, que estaba alerta, empecé a pegarle con el carro en las piernas mientras gritaba: «¡Socorro, socorro, que me quieren robar! ¡Gitana, que me quieres robar la cartera, sinvergüenza!».

No sé por dónde se fue, pero desapareció. Se *recogieron* allí unas pocas personas. Desde entonces salgo siempre con el carro.

De esto se enteró todo el barrio. Hasta una señora que tiene un pequeño bar me *tocó* por teléfono: «Ya me han dicho que a ti no te la han quitado, pero a mí sí, y con mucho dinero, porque iba a comprar para una fiesta».

Vamos, que estamos vendidos. Los del butano van desesperados: «¡Señora, butano, revisión!». Y yo les digo: «¿Revisión? ¡Vas y te la haces en tu casa! Yo ya pagué seiscientos euros y lo tengo todo revisado, así que ¡con ese cuento a otro sitio!». ¡Es que estoy amargada!

Hace justo un año me quitaron todo el dinero que tenía para comprarles los Reyes a mis nietos. Estaba en un local de esos grandes que venden de todo —no quiero decir el nombre para no hacer propaganda— y a las dos de la tarde, cuando no había casi nadie, iba a quitarle lo verde a los puerros y echarlo en la cuba que tienen allí y detrás *me sentí* así una cosa… Fue visto y no visto. Eran tan pequeñitas las que me quitaron la cartera que ni me di cuenta.

Le dije de todo al guarda jurado: «¿Con dos personas y a las dos de la tarde deja usted que me quiten la cartera? ¿Qué es lo que estaba haciendo? ¡Hay que tener poca vergüenza, estar ahí y no verlo!».

Tuve que ir a la Policía y todo. No es que viva en un barrio peligroso… ¡Qué va a ser peligroso! ¡Todos lo son!

Esta es la realidad de hoy en día. Así estamos todos, agobiados. Yo le estoy contando la realidad, «el evangelio». Ya le he dicho que yo ya no salgo sin el carro, porque antes le rompo yo las piernas al maleante a que me quiten la cartera.

Llevo un carro colocado así, *para delante*, ya me he buscado mis mañas.

A mi hermana le arrancaron la cadena que llevaba al cuello

cuando paseaba por una calle céntrica de comercios; la tiraron al suelo a la pobre y le hicieron mucho daño.

Ya no estamos para esto. Como dice la Lina Morgan, yo tengo unos *taitantos* años y voy con mucho ojo. En la calle de más abajo rompieron cuatro coches y se llevaron dos o tres más; y aquí les decimos a todos los vecinos nuevos que cierren y no cierran. No se conciencian.

Yo tengo mi propia señal para el que llame al telefonillo, y si no se la sabe, no le abro. Pero no le voy a decir cuál es, que si se oye *por el camino*, los maleantes se enteran.

Hay mucho mal, que no se fíe nadie ni siquiera de la necesidad. Yo, por ejemplo, la ropa la llevo a la Cruz Roja, limpia y arregladita, que para eso soy socia, porque no me gusta depositarla en los contenedores esos de la calle desde que un día vi a uno dentro sacándola.

Todo es un desastre; lo que se dice y lo que no se dice… Aquí y en todos lados. Muchas gracias por escucharme, ¡os quiero!

¡Y nosotros a usted! Cómo no íbamos a querer a esta superabuela, aunque fuese por un momento. Esa forma de hablar tan tierna; esas mañas que se había buscado para defenderse de las amenazas del barrio; esa manera de negarse a ser vulnerable.

Yo de mayor quiero ser una superabuela.

El principio del final.

Tengo cuarenta y nueve años. Hace dos meses me diagnosticaron un cáncer avanzado. El médico, que es amigo mío, me explicó el tratamiento al que tengo que someterme, así como las probabilidades de sobrevivir. Al principio me quedé muy jodido, y tras asimilarlo he decidido no tratarme, porque si me pongo en manos de los médicos mi entorno familiar —hijos, madre y hermanos— se enteraría de todo y ¿por qué les voy a hacer pasar por todo ese follón?

Le pregunté a mi doctor por la calidad de vida que puedo mantener hasta que pase lo que tenga que pasar y me dijo que me quedaban entre dieciocho y veinticuatro meses y que podía ser buena, incluso mejor que si sometía a mi cuerpo a técnicas invasivas.

Desde que tomé esta decisión me siento libre, soy menos cínico de lo que era antes y quizá me haya vuelto más provocador, porque ya no tengo miedo. No sé si he tenido la suerte o la desgracia de conocer por adelantado «la fecha», pero en una ocasión me dijeron que te conviertes en un hombre maduro cuando consigues manejar los hilos de tu propia vida.

No es que me considere un héroe, nada de eso, pero admiro mucho a la gente que me rodea y no les quiero ver sufrir. Sería una putada que lo pasáramos mal todos, y encima con muy pocas probabilidades de que saliera adelante. Los cincuenta no los voy a cumplir, pero morir de esta manera no me da miedo. He tenido y tengo una vida muy plena.

Últimamente no me quito de la cabeza a un conserje encantador

que trabajaba donde yo vivía antes y que de un día para otro ingresó en el hospital. Tardó tres días en morir, estaba invadido por el cáncer. Nos quedamos todos muy sorprendidos. Me pregunto si sabría lo enfermo que estaba.

No quiero provocar ningún tipo de misericordia. Estoy preparándolo todo y espero, cuando llegue el momento, ser capaz de hacerlo lo mejor posible, pero tampoco pienso vivir cada día como si fuera el último.

Quiero una muerte digna. Esto es lo que he decidido.

El testamento vital de aquella voz en la madrugada abrió un intenso debate. La línea telefónica del programa se colapso de tanta gente que quería intervenir. Los oyentes del chat discutían entre ellos. Casi todas las voces gritaban lo mismo: es un egoísta. Su familia tiene derecho a saberlo.

Casi un año después de escuchar la llamada, el pleno del Parlamento andaluz aprobó el proyecto de ley sobre la muerte digna, la primera norma autonómica de España que regula los derechos del paciente durante la última etapa de su vida y las obligaciones de los médicos.

La denominada Ley de Derechos y Garantías de la Dignidad de las Personas en el Proceso de la Muerte prohíbe, entre otras cosas, el ensañamiento con las terapias y permite a los pacientes rechazar un tratamiento que prolongue su vida de manera artificial.

También da cobertura a la sedación paliativa para aliviar el sufrimiento, aunque ello pueda «acortar su vida».

Ese día me vino a la mente su voz y me pregunté si seguiría vivo, y pensé que cuando tú no decides el final que deseas para tu vida, otros lo decidirán por ti.

Ismaelito

Estoy muy malito, y hasta el nombre me pega: «Ismaelito malito».

Soy un viejo oyente, ese que no duerme. Ese que lleva días despierto, meses, años, siglos…; no te imaginas.

Sufro de un angustioso insomnio. Me cortaron el descanso en las cárceles con los recuentos… Recuentos diurnos, nocturnos… Recuentos cada dos horas, cada hora… Recuento a las diez, a las doce; luego a las dos, a las cuatro, a las seis… Nos teníamos que levantar para que nos cachearan.

Yo me encontraba en primer grado de aislamiento, que es la de castigo. Para seguridad de los funcionarios, había recuento ocho o diez veces al día; en las galerías de las prisiones de primer grado nos tenían muy controlados.

Perdí la libertad muchas veces y por muchos motivos. Robos, atraquillos, dinero falso, armas, estupefacientes… Entré por primera vez en el año ochenta. Estuve cuatro años dentro, luego me metieron varias veces preventivo. Al final el Tribunal Supremo me condenó, bien condenado, y pasé catorce. Acabo de pagar cuatro por un atraco. Ahora estoy en libertad, pero no sé qué es lo que le pasa a mi mente que no consigo pegar ojo.

¿Cómo? ¿Que si no será mi conciencia la que no me deja dormir? Mira, cariño, la conciencia no es, porque soy cristiano. Me he convertido al Señor; llevo años en la Iglesia evangélica, y desde que acepté a Dios me siento bien conmigo mismo.

Antes de conocer a Cristo, en mi cuerpo habitaba un espíritu inmundo, entonces sí que me atormentaba la conciencia; cada dos

por tres me daba por cortarme las venas; sufría de nervios, de depresión. Y eso que yo nunca violé ni secuestré ni maté a nadie con mis manos. Lo mío fueron robos y atracos limpios, pero llevaba conmigo al *espíritu*.

Me lo sacó un pastor estando en la prisión de Villanubla. Yo andaba en el patio, llevaba la Biblia en la mano y él se acercó a mí y me dijo: «Tú y yo somos familia». Empezamos a hablar y descubrí que su papá —en paz descanse— y el mío —en paz descanse— eran primos carnales.

Me preguntó si creía en Dios y yo le respondí que a mi manera. Le dije que oraba, que pedía por mis hijos, por la paz en el mundo, por los corazones de los reyes, y hasta por los funcionarios, para que Dios les perdonase el daño que me habían hecho, para que no se lo tuviera en cuenta y sus pecados fuesen perdonados. Me invitó a pasar a una sala y me dijo: «Si te pongo las manos sobre el cuerpo, ¿te acercarás a Cristo?». Yo le enseñé uno de mis brazos, en el que acababan de darme veinticinco puntos porque me había autolesionado. Me había dado un *chinazo*, como dicen en las cárceles. En el mismo momento en que me puso las manos acepté al Señor y mi vida cambió. Ya nunca más volví a hacer tonterías, como intentar quitarme la vida, andar en peleas o cometer fechorías.

No creo que duerma mal por culpa de la conciencia. Es verdad que he hecho cosas malas en la cárcel; es verdad que en muchas ocasiones me he visto obligado a apuñalar a alguien. Sé que he matado a gente. No lo hice a cuchillo ni a pistola…, murieron por las drogas que yo les puse en las manos. Este pensamiento me atormentó muchas veces en mi vida, pero ya no lo pienso tanto como antes. Me arrepiento; me arrepiento, estoy arrepentido de darle droga a la gente sin saber si era buena o estaba adulterada.

Creo que el Señor me ha quitado el pecado, que lo tengo bajo la cruz del calvario.

No duermo más que un par de horas. El resto del día me busco la vida en los mercadillos. Vendo carteras, gafas, cintos, bolsos, colonias, cremas, champú… De todo. Soy muy *apañao*, también vendo patatas. Voy a una nave donde compro los sacos de patatas y

los ofrezco a los vecinos. Soy un buscavidas. Hoy, sin ir más lejos, les he vendido a las vecinas ropa interior. Ya sabemos que la cosa está mal, pero si uno se queda en casa, empeora. Ni mi mujer ni yo cobramos paga alguna, pero, gracias a Dios, nos da para comer. Tenemos un montón de hijos y un montón de nietos. Antes teníamos más, pero dos me fallecieron en prisión.

He sido un hombre muy curtido, con historia; programado en las cárceles, pero todo eso cambió desde que lo vi a él…, al Señor.

A Jehová no se le puede ver…, que el único que lo vio fue Moisés… ¡La espalda, el manto nada más! Pero a Jesucristo sí. Ya lo dice la Biblia.

¿Que qué aspecto tiene? ¡No te lo imaginas!, entre diez mil es el elegido. No lo puedes comparar con nada ni con nadie. El pelo como el oro, finito…; la cara…, la piel blanquita, blanquita…; muy guapito. ¡No te lo imaginas! Lo vi un mediodía; eran las tres de la tarde, yo estaba en mi celda leyendo la Biblia…, esperando un nuevo recuento; me miró y me sonrió…

Ismael no pudo terminar de contamos lo que vio. Las señales horarias de las cuatro y media —las tres y media en Canarias— se lo impidieron, pero él siguió hablando, y esa noche sus palabras fueron el relato final con el que nos fuimos a dormir.

Me despedí de los oyentes del chat y cuando me disponía a cerrarlo pude leer la siguiente frase: «A veces tenemos que elegir entre olvidar o que siga doliendo».

Buenas noches.

De la familia y algo más…

«Anhela conocer a los Otros porque comprende que el hombre lo necesita para conocerse a sí mismo, pues no son sino Ellos ese espejo en el que nos reflejamos; sabe que solo así podemos compararnos, medirnos, confrontarnos… *Él, ciudadano del mundo, se muestra contrario a aislarse de los Otros, así como a cerrarles la puerta*.
El Otro no es sino un espejo en el que se contempla y en el que es contemplado, un espejo que lo desenmascara y lo desnuda, cosa que todo el mundo prefiere más bien evitar».

Encuentro con el Otro,
RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Lo que la radio une

Carmen se puso en contacto con el programa para contarnos que su hija, ahora universitaria, había recuperado la audición cuando era una niña gracias a un implante coclear.

Diez días más tarde volvió a llamar; alguien más había escuchado su testimonio. Así lo recordaba.

Pasó que antes de que yo entrara en antena, habló una señora que también se llamaba Carmen. Tenía cáncer de mama y no sabía cómo darle la noticia a su familia. Resulta que yo tengo dos hermanos, que viven lejos. Con uno de ellos, por unos problemas familiares que tuvimos, hacía tres años que no me hablaba.

Entre sueños escuchó la mitad de la historia de Carmen y la otra mitad de la de la otra Carmen, es decir, de la mía, su hermana.

Ayer mi hermano cogió un vuelo y se presentó en la puerta de mi casa. Pensó que estaba enferma y no podía soportar que estuviéramos sin hablarnos. Ha sido un reencuentro precioso.

Yo no creo en las casualidades. Supongo que ya era hora.

Pero gracias a ese entresueño que tuvo, entre una llamada y otra, ha sido capaz de venir a darme un abrazo después de tanto tiempo. Ha sido emocionante. La sangre tira, la sangre tira…

Quiero decirle a la otra Carmen que gracias a ella vuelvo a tener hermanos.

Le envío mucha fuerza y le recuerdo que de todo se sale. Mi padre tuvo un cáncer hace más de veinticinco años y está hecho un

roble.

Tiene que ser muy positiva, y que nunca olvide que la vida es preciosa. La mente hace mucho por el cuerpo.

La «otra Carmen», aquella madrugada, habló de su miedo y, sin pretenderlo, sus palabras causaron el efecto contrario. Llenaron de valor a una persona.

Un padre de importancia

Tengo treinta y seis años. Resulta que soy hijo de madre soltera y el hombre que aportó lo suyo se desentendió de nosotros.

Crecí con una pregunta para la que nunca tuve respuesta: ¿dónde está tu padre? Nunca me importó, ni eché de menos la figura paterna; puedo decir que fui un niño feliz, viviendo en el caserío con mi *ama*, mi *amuma* y *aitite*, mi abuelo, que casi murió del disgusto cuando se enteró de que su hija estaba embarazada; luego me quiso la hostia y anduvimos siempre juntos.

Pero, las cosas que tiene la vida, hace dos años, en la tertulia de un programa de televisión, estaba hablando un hombre muy conocido que escribe en el periódico y va mi madre y me dice de repente: «Mira, hijo, ese es tu padre».

¡Ahí va, la hostia!, ¡mi padre! Oye, *clavao*, ¿eh…? Pero ¡*clavao, clavao* a mí! Y, más casualidades de la vida, me lo encuentro mañana sí, mañana no en la gasolinera; he llegado casi a tocarlo. Y es que veo a mi madre, una mujer sin recursos, que sin saber leer ni escribir como es debido me la *sacan palante* de qué manera —porque antes no te daban ni una ayuda/^ un cuaderno—, y le miro a él, un tío influyente, que escribe en un periódico, que tiene un discurso formal y una oratoria de puta madre, más papista que el papa y que parece *la de Dios…*, y cada vez tengo más ganas de decirle: «¿Sabes qué pasa?, que soy tu hijo, y no soy menos que los otros cuatro que tienes —que con esto del Facebook te enteras de todo—, y me tienes que ayudar a subir un poco en la empresa donde estoy».

Mi madre, que me quiere de la hostia, nunca me dio nada

material porque nunca hubo dinero en casa, pero me transmitió unos principios morales muy fuertes y me enseñó a no guardar rencor a nadie; y a poner la otra mejilla… Mira, con lo que yo soy y me emociono y todo.

Tengo un dilema de puta madre, ¿qué hago? ¿Me convierto en alguien egoísta acordándome de él ahora que necesito algo, diciéndole que o me soluciona la papeleta del trabajo o le hago la vida imposible? ¿O paso de él y continúo haciendo mi vida como hasta ahora…?

El ser buena persona, tener mucha alegría y mucho amor está bien, pero es que el trabajo es fundamental. Sin embargo, yo no sirvo para arruinarle la vida a nadie; porque yo estoy enamorado de la vida, y no se puede ir fastidiando a los demás, ¿no…?

Mi madre me ha dicho que ni se me ocurra acercarme a él. Creo que piensa que voy con odio, pero… yo no tengo de eso. Mi mujer y mis amigos de la cuadrilla flipan con la historia… y me recomiendan que hable.

Yo no creo que mi padre haya aparecido ahora por casualidad. Esto tiene que ser o Dios o la madre del cordero. Pero no puede ser casualidad.

No creo que me esté oyendo, pero, por si acaso, que sepa que no tiene razones para estar preocupado por mí, pero tan hijo soy yo como los otros que tiene.

¡Joder, cómo me cuesta hablar el castellano a veces! *Eskerrik asko*.

Aquella noche me fui a la cama pensando qué es lo que harta yo en su lugar, y me dormí sin saberlo.

Mi madre y su destino

Yo fui a un programa de televisión buscando a mi madre. Llevaba diez años sin verla, era pequeño cuando se fue. Mi abuela y mi padre me habían contado que estaba por ahí, con otro hombre. Cuando la encontré también conocí a mi hermano. Me llevé un desengaño muy grande. Me dijo que trabajaba por la noche, de nueve a siete de la mañana. Pronto me enteré de que era prostituta. Me quedé helado. ¿Cómo te comes eso, después de dieciocho años sin verla? Un palo muy duro para mí…

Mi hermano, un niño de trece años, se queda solo en el piso mientras mi madre trabaja. El estado de la vivienda es lamentable; en un barrio malo, malo. Dejar al niño ahí solo toda la noche, con la edad que tiene… Yo creo que ha tenido tiempo suficiente para buscarse un trabajo más decente.

Sé que todos tenemos que comer de algo, pero si se puede evitar eso, mejor que mejor, y más con un niño. Me arrepiento de haberla buscado.

Cuando fui a verla, me dio dos besos y se fue a trabajar. Después se tiró durmiendo hasta las cinco de la tarde, estando su hijo en casa, después de tantos años sin vernos. Estoy muy desilusionado.

Cada persona nace para una cosa y el destino la va llevando poco a poco. Si ella tuvo esa elección, será su destino.

Yo sé que el día de mañana tendré que perdonar, porque, al fin y al cabo, todos somos humanos y nos podemos equivocar en la vida. Pero ahora lo tengo claro; en mi mente solo hay una madre: mi abuela.

Adoptar una ilusión

A este espacio radiofónico siempre le hemos llamado mi mujer y yo «el psicólogo de las ondas», porque, en cierto modo, es como sentarse en el diván para que te escuchen.

Nosotros, después de muchos problemas para tener hijos, en el año noventa iniciamos un proceso de adopción que se vio fructificado en el noventa y cinco. En este periodo, las leyes cambiaron la edad del niño o niños a adoptar.

En aquel momento tenía cuarenta y cuatro años y lo que podía adoptar era un niño de más de cuatro años. Nuestra sorpresa fue que cuando llegamos a la delegación nos encontramos con que en vez de uno nos mostraron dos niños que eran hermanos. No lo pensamos ni un segundo: adoptamos a los dos. Cierto es que nos pusieron en antecedentes. Venían de una familia marginal y habían vivido en chabolas. Una familia que los niños, que en ese momento tenían diez y cinco años, recordaban perfectamente.

La primera etapa fue aceptable, no sé si por la ilusión nuestra o por el cariño de nuestros amigos que nos apoyaban.

Al cumplir los diecinueve años, el mayor, después de una serie de problemas, nos dijo que quería volver con su familia biológica. Se nos vino el mundo encima. Sabíamos que iba a adquirir más problemas de los que llevaba.

Ya son más de dos años sin él. De vez en cuando nos llama. Ha cogido el VIH; ha tenido un hijo con una persona mayor que él, que ya tenía dos; vive del subsidio y le han retirado la custodia del hijo que ha tenido ahora… Un drama más a toda su historia.

El pequeño, que ahora tiene dieciocho, sigue la senda de su hermano. No quiere saber nada de él, pero sigue sus pasos. Ya no sé si es una cosa congénita, porque hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance. Nosotros y nuestros amigos. En nuestro ambiente hay médicos, logopedas, psicólogos.

Hoy mismo no ha ido al colegio; ha aparecido a la una y cuarto borracho, he tenido que bajar a la calle porque se estaba peleando. Esta es… una de tantas que nos está haciendo. Le ha dado por robar y no puedes confiar en dejarle las llaves de casa, porque, si no estás, te puedes encontrar aquí a todo el lumpen de la zona.

Nosotros somos unos padres muy dialogantes. Desde que eran muy pequeños hemos tenido conversaciones muy fluidas. Tanto mi esposa como yo estamos en tratamiento psicológico, intentando sobreponernos a lo que fue el primer trago del hermano mayor. Teníamos la esperanza de que, por lo menos, de los dos pudiéramos salvar a uno.

Lo único que nos queda es una gran frustración como padres.

Mi nueva nieta

Acabo de descubrir que tengo una nieta. Mi hijo nunca me lo dijo. Estaba muy enfermo y llevábamos tres meses trabajando juntas cuando él murió. La madre de la chica fue la que nos confesó que éramos familia. Cuando me lo dijo, me pasé todo el día llorando de emoción, y ella también.

El problema viene ahora, porque no está reconocida por mi hijo y mi hijo ha muerto.

Lo único que tengo es mi casa, y quiero que sea para ella. Porque estoy completamente segura de que es mi nieta, no lo dudo ni un instante. La chiquilla es muy buena, muy cariñosa y se porta muy bien conmigo. Nos vemos cada vez que podemos, ella es bailarina y actriz. Yo trabajé en el teatro, en vestuario y atrezo. Allí coincidimos.

Es una emoción muy grande sentir que todavía tengo algo de mi hijo.

Esto es lo que yo llamo una buena historia televisiva; su historia.

Las fuerzas de Juan

Pertenezco a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado desde hace veinticuatro años. Toda una vida protegiendo y ahora ¿quién me protege a mí, que estoy recibiendo malos tratos de mi pareja?

He estado mucho tiempo trabajando en un grupo antiterrorista. Los primeros años de convivencia todo iba muy bien, hasta que me establecí en un lugar de España que por seguridad no quiero nombrar. Yo ya tenía mis ahorros y compré dos casas, para poder alquilarlas y ganar un sobresueldo. Esta mujer, nada más llegar al sitio que no quiero nombrar, empezó con las denuncias.

Me llevó a los tribunales por… malos tratos y por obligarla a tomar medicamentos —siempre ha tenido problemas de nervios—. Siempre salí absuelto. Desde entonces, cada vez que se enfada, me denuncia y me agrede.

Yo, mire usted, soy un hombre de 1,85, con una espalda de un metro diez, peso noventa kilos. Nosotros los soldados tenemos que estar bastante preparados y en forma para las misiones especiales.

Yo pido a todo el mundo que reflexione. ¿Por qué los hombres no tenemos una ley de protección? Algunos, como yo, necesitamos que nos protejan.

Llevo soportando esta situación alrededor de seis años. Tiene un trastorno grave de personalidad. Procuro tratarla con psicología y que esté tranquila para que no le haga daño a mi honor. Mi honor es lo que peor llevo de este asunto. Ella no entiende que yo ya no la quiero. Es de esas mujeres que no entienden que hay hombres que no estamos hechos para estar casados, porque no queremos atarnos a

nada, porque estamos con la maleta en la espalda. Lo único que puedo hacer es marcharme de mi propia casa. Vivimos juntos y dormimos separados. No tenemos ningún contacto. Simplemente cuido de mi patrimonio.

Ella me ha amenazado varias veces con encender el gas y volar la casa por los aires. Prefiero sujetarla un poco hasta que pueda huir. Si se me permite la expresión, «hasta que pueda huir sin tener que huir».

No pido ningún consejo; simplemente una reflexión.

Bella y Bea

Una vez leí que la familia y la vida hay que vivirlas hacia delante pero entenderlas hacia atrás.
Bella es homosexual. Tiene casi dieciocho años. Una voz alegre y muchas ganas de vivir la vida.

Os escucho desde hace dos años, tengo casi dieciocho. Y la verdad es que me animáis las noches.

Quería contaros que… soy homosexual, y mis padres no lo aceptan. Bueno, soy hija única, supongo que será por eso, no sé. Yo ya estoy concienciada de que nunca me van a querer como soy. Y, aunque parezca un poco frío, no les digo nada por si dejan de pagarme la carrera.

Un día intenté explicárselo… Yo tengo pareja desde hace un año y medio, pero no lo saben, se lo huelen pero no lo saben. Hay cosas que se ven: un anillo…, que salgo demasiado… La tarde que sugerí lo que era, se pusieron como locos: «Si eres homosexual, yo ya no tengo hija». ¡Y eso que aceptan a los demás! Yo soy su hija y ellos mis padres, pero si no quieren tolerar mi condición sexual, yo no puedo hacer gran cosa.

En cambio, los padres de mi novia son superliberales. Me quieren como a una hija y me da una envidia tremenda ver cómo la tratan a ella, cómo me tratan a mí, la relación que tienen con nosotras.

Llevo un año y medio ocultándolo y se me hace eterno. Cada día

me digo: «De hoy no pasa…, hoy lo digo».

Enseguida llamó Bea, una madre valiente que un buen día decidió darle un portazo en la cara a la vida que tenía.

Yo nunca lo dije en casa; me casé y tuve hijos. La verdad es que han sido unos años terribles, los peores de mi vida.

Lo único que le recomiendo es que se lo diga a sus padres lo antes posible y que tire para adelante. Para eso he llamado.

He vivido una vida que no era la mía durante veinte años. Lo único de lo que no me arrepiento es de los hijos que he tenido.

Si mi hijo me dijese que es homosexual, lógicamente lo aceptaría. Es que para mí es una cosa normal. Mis hijos, cuando se lo dije, pues…, la verdad es que lo aceptaron. Creo que no les quedó más remedio.

¿Cómo lo anuncié? Es complicado… Pensándolo mucho. Un día me levanté y me dije: «Ya no puedo más». Les conté que tenía una pareja, y que era una mujer, y que llevaba ya tres años con ella. Así se lo comuniqué. Y ya está. Fue levantarme y pensar: «Ya no lo dejo más, lo digo y punto, que sea lo que Dios quiera».

El pequeño se lo tomó mejor; el mayor…, no muy bien. Ya con el tiempo, me dijo: «Es tu vida, si tú estás a gusto, pues ya está».

Tengo mi pareja y vivo con ella. Me ha costado lo mío pero lo he conseguido.

Mi nieta casi hija

Tengo una nieta a la cual crie y a la que quiero como a una hija tardía.

Cumplió los dieciocho años y se fue. Yo le dejé un *pisín* que tenía, porque ella no quería estar conmigo. No quería que yo gobernase su vida. ¡Dios mío, si nunca la pude gobernar!

Su madre jamás quiso saber de ella y yo le di todo el amor del mundo.

Ante cualquiera es un encanto de nena, todo el mundo me lo dice. Pero, ¡ay, Dios mío!, en casa sola conmigo es una fiera. Le tengo miedo. Miedo con mayúsculas, le juro que miedo con mayúsculas. Pega su frente a la mía, me grita; me dejó más de dos veces los brazos morados de apretarme… La última vez que tuvimos un jaleo fue el 29 de septiembre. Vino a casa a por dinero, yo se lo di, porque ahora mismo está sin trabajo.

El caso es que yo…, yo necesito… Yo necesito una opinión. Con una amiga no puedo hablar de esto porque me da vergüenza decir lo que me pasa. Comprendo a las mujeres maltratadas que no quieren que se sepa que sus maridos son así…, porque yo me muero si tengo que decir lo que me está pasando con esta nieta. Con usted es diferente, aquí nadie me conoce.

Tengo una hija mayor que es muy buena conmigo. Fue a hablar con mi nieta y le dijo: «No vuelvas a pisar la casa de la abuelita para ir a insultarla». Porque además me amenazó, me dijo: «La próxima vez te doy una paliza que te mato».

Es una moza con mundo, delgada, guapa, preciosa. Pero es un

demonio, conmigo es un demonio.

Es verdad que yo la llamaba cada dos días o así por teléfono, y a lo mejor era un poco pesada, pero lo hacía por preguntar. «¿Cómo estás, hija?, ¿qué tal te va?». «¿Para qué me llamas? Pero ¿qué quieres…?». «Nada, solo quiero saber cómo estás». Todo lo hago mal. Dice que no hay quien me aguante.

Yo llevo… años ya que callo todo por evitar líos, porque… no estoy bien de salud y a mí estos disgustos me matan. Pero entonces ella empieza a gritar y a pegar patadas en las puertas.

Cuando me dejó los estudios a la mitad, hay que ver lo que sufrí. Me levantaba a las siete de la mañana para que se duchase y se marchase al colegio, teníamos unos líos terribles… Me bajaba al parque a llorar, y en una de esas me fui a una casa de acogida de mujeres con problemas que hay aquí. Creo que nunca me sentí tan querida en la vida como los días que estuve en ese centro, fíjese bien lo que le estoy diciendo.

Dios mío, al marcharme una de ellas me dio un abrazo que me llegó al alma.

¿Usted sabe lo que es abrir los ojos por la mañana y decir: «Dios mío, otro día más, ¿cómo estará…?»? El primer pensamiento es para ella, paso las horas pensando en ella. El día entero. No puedo salir ni con una amiga, pierdo la conversación, porque solo estoy pensando en ella.

Petri nos dijo que acababa de cumplir setenta y dos años. Tenía una voz dulce. Parecía asustada. Su ternura nos hizo pensar que era la clásica abuela que todos quisiéramos tener, todos menos su nieta casi hija.

Una boda y un funeral

Hay situaciones en la vida en las que la tristeza no es estética. Una boda, por ejemplo. Imagine acudir a una boda y horas más tarde a un funeral.

A los pocos días de decirme uno de mis hijos que se casaba, mi madre enfermó.

El chico iba haciendo preparativos para la boda con mucha ilusión. Quería que le cantara unas canciones, porque yo he sido músico.

Mi mujer era la madrina y, ya sabe, a ver qué vestido se pone… Que te tienes que comprar unos zapatos…

Yo no me podía quitar de la cabeza la idea de que las dos cosas iban a acercarse mucho. Por un lado, preparando una fiesta y por otro, mi madre delicada de salud, entrando y saliendo del hospital.

A mediados de agosto nos dijeron que le quedaban pocos días de vida, y el 27, cuando estaba la madrina en la peluquería y todo el mundo preparándose, los trajes encima de la cama, los nudos de las corbatas…, a las dos de la tarde mi madre murió.

Me derrumbé… Ya no tanto por la muerte de mi madre, que era muy esperada, sino porque ¿cómo iba a plantar a mi hijo en un día tan especial? ¿Qué iba a hacer yo? ¿Qué íbamos a hacer…?

No he llorado tanto en toda mi vida. Me quedé en casa y, después de meditarlo, me di una ducha, me tomé una pastilla contra la ansiedad y me fui. Me sequé los ojos, me planté en la iglesia y canté lo que me había pedido la novia.

Estuve con ellos hasta las doce de la noche, y cuando empezó la juerga me vine para el tanatorio a velar a mi madre.

Pensaba que estas cosas solo pasaban en las películas, ser capaz de ponerte una careta y poder disimular de esa manera…

La entrada a la iglesia fue dura, todo el mundo me miraba y me daba el pésame…

Y a la mañana siguiente la novia depositó su ramo en la sepultura de mi madre.

Mientras tanto, al otro lado del mundo, en Kuala Lumpur; un malasio de veintiocho años se casaba con su prometida el mismo día y al mismo tiempo que se oficiaba el funeral de su madre. Esta noticia llegó a mis manos a través de la agencia EFE la mañana después de escuchar a Manuel.

La madre del novio falleció de un ataque al corazón. En la ceremonia estuvo de cuerpo presente. Ambos oficios se desarrollaron bajo el rito hindú, de manera que el thali *—adorno floral indio— que sostenía la difunta en sus manos fue luego colocado por el novio en el cuello de su esposa, tal y como ordena la tradición.*

Su hija, o su nieta

Yo quería lanzar una pregunta al aire: ¿se puede morir envida?

Durante muchos años mi único trabajo fue cuidarla. La enseñé a caminar, a peinar a sus muñecas, a montar en bici, a levantarse cada vez que se caía. Pero un buen día se cansó de pedir ayuda y yo me cansé de ayudarla.

Soy padre de una hija drogadicta y voy a ser abuelo dentro de dos meses de una niña que no me extrañaría que naciera con algún problema, derivado de la golfería de su madre. Por vena no se mete nada, todo es por la nariz. Esnifa heroína.

Yo ni sabía que eso podía hacerse —me refiero a lo de meterse por la nariz una sustancia tan fuerte— hasta que se lo vi hacer a ella. Estaba en el coche con unos amigos y yo caminaba por la acera; me miró y ni siquiera me vio.

Lo admite con total naturalidad, y se reafirma diciendo que en su cuerpo y en su mente solo manda ella.

Echarle la culpa de su adicción a las malas compañías, decir que un hombre arruinó su vida sería lo más sencillo para mí, pero estaría admitiendo su falta de inteligencia; y no puedo ser tan cínico ni conmigo ni con ustedes.

Solo sé que un día ella ya no era ella…; era otra que seguía siendo mi hija, o, para ser más exactos, la parte menos buena de mi hija.

No me acostumbro a esto, y no admito que una persona a la que le quedan dos meses y medio para dar a luz «esporádicamente se meta un gramito». «¡No, eso no es solo un gramo! ¡Tú eres una hija

de puta y una sinvergüenza!». Perdón por la palabra. «Ya no estás jugando con tu vida, ¡estás jugando con la vida de tu hija! Porque tengas un bajón, porque no te vaya bien con el padre de la criatura, ¿te metes un gramo? No, no, perdona, yo creo que tienes que tener un poco más de inteligencia».

El caso es que es muy lista, le falta un año para acabar Derecho. Pero se está perdiendo.

Cuando la miro a los ojos, me pregunto dónde está mi pequeña. No reconozco en esta mujer egoísta y soberbia a la niña cariñosa e inquieta que todo lo aprendía.

Es evidente que a su hija la vamos a tener que criar nosotros, ella no va a ser capaz. En el momento que ella quiera nos va a chantajear con su hija.

Mi mujer me dice que soy muy negativo y que cuando se vea con la criatura en los brazos a lo mejor cambia.

Su madre cada día me pregunta qué es lo que hemos hecho mal. Y yo ya ni me molesto en pensar en eso, porque me preocupa mucho más lo que está por venir.

Madre no hay más que una

Una persona dijo en este programa que las madres son como el ángel de la guarda, siempre están ahí. Pues será la suya; si es así, me alegro por ella y, en cierta medida, incluso la envidio un poquito.

En el año noventa, mi hija tenía cuatro años. Mi madre tuvo la brillante idea de tratar de suicidarse. Lo intentó tomándose un vaso de aguafuerte. Pero lo más sangrante de la historia es que se lo quiso dar a mi hija también; de hecho, le quemó la mucosa labial.

Los médicos nos dijeron que atravesaba una depresión desde que había fallecido mi padre. Nadie lo advirtió porque tenía tanto genio que pensábamos que era imposible.

A mí me culpaba de todo lo malo que ocurría en la familia, y llegó a decirme que lo que quería era morirse y llevarse a su nieta con ella porque si la dejaba conmigo, pobrecita la niña, el futuro que le esperaba…

A la cría no le pasó nada, solamente se le quemaron un poco los labios. Mi madre afortunadamente vive, aunque supongo que para ella no es tanta fortuna. Estuvo ingresada, la operaron varias veces y cada dos meses le tienen que hacer una dilatación esofágica, porque, claro, tiene cirrosis cáustica.

Al cabo de mucho tiempo me encontré, ordenando unos papeles, el informe del psiquiatra que la trató después de aquello. ¿Y sabes lo que ponía? Que tenía muchos sentimientos de vergüenza ante la sociedad. En ningún momento nombraba el arrepentimiento. En ningún momento decía que se arrepentía de lo que había hecho. Antes vivíamos las tres juntas, pero cuando

estaban a punto de darle el alta, yo me alquilé un piso y me fui a vivir con mi hija, porque lógicamente no me atrevía a dejarlas solas bajo el mismo techo. He intentado rehacer la relación muchas veces. Nos tirábamos una temporada que hablábamos, que nos veíamos; pero si por motivos de trabajo yo pasaba tiempo sin llamar, sin ir a verla, ella me decía: «Desde luego, hay que ver qué poca vergüenza. ¡Qué te habré hecho yo para que me trates así!».

La mayoría de las veces me callaba, pero cuando me pillaba caliente le recordaba: «Pero ¡¿cómo puedes decir todavía que qué me has hecho?! ¡¿Tú no comprendes lo que le has hecho a mi hija?!». Me contestaba que a la niña no le había pasado nada.

Hace más de tres años que no hablo con ella. La última vez me juré a mí misma que nunca más. Mi hija sí mantiene la relación, aunque cada vez menos, porque mi madre tiene que dominarlo todo. Su trabajo, su casa, su pareja, lo quiere manejar todo.

Ella misma se está aislando porque es insoportable.

Quien me quiera entender que me entienda. Espero que caiga fulminante, por su bien. No le deseo nada malo, pero no quiero verme cuidando de ella. Que muera de la misma manera que mi padre, de un infarto, que no sufra. Pero si por desgracia no fuera así, desde luego que no estoy dispuesta a hacerme cargo de ella. Yo he perdonado a mi madre, pero, por supuesto, mi hija está por encima de todo, de todo lo universalmente conocido.

Todo lo buen padre que me han dejado

Me separé hace unos años. Pero siempre he ido a ver a mis hijas, cuando me lo han permitido. El día 10 del mes pasado falleció una de ellas. Tenía dieciocho años. No sé de qué ha muerto ni por qué ha muerto…, y siento rabia.

¿Es normal que un padre pierda a un hijo y no se lo digan? ¿Que no me hayan permitido ni estar a su lado?

Hemos tenido relación mientras mi exmujer, su madre, me ha dejado.

He ido a verla cada vez que me correspondía y un buen día no se presentó. Ya no volví a saber nada…, hasta ahora, que me he enterado, por casualidad, de que había fallecido. Lo supe por Internet.

Puse mi nombre y mi apellido y salió el suyo en una esquela.

Yo creía que alguien me avisaría de algo así. Tiene dos hermanas y todavía estoy esperando a que me llamen.

No sé sus teléfonos, ellas el mío sí. Imagino que tendré que darles tiempo. Supongo que están tan mal como yo.

No sé si he sido buen padre. Como marido, de acuerdo, habré fallado, pero como padre yo creo que soy tan bueno como cualquiera.

En las separaciones siempre hay uno que pierde; pues esta vez me ha tocado a mí…

Me castigaron con no poder ver a mis hijas. Una de ellas está muerta y no sé ni dónde está enterrada. Ni siquiera sé a qué cementerio llevarle flores.

¿Dónde están los derechos que amparan a los padres?

El *ni-ni* que vive en su casa

Yo vivo con mis hijos, adolescentes. El problema está con el varón: tiene dieciocho años y nos hace la vida imposible.

Es muy desobediente, sale por la noche y vuelve por la mañana. Eso un día sí y otro también. Cuando está en casa, está conectado al ordenador veinte horas.

Tanto mis niñas, que son menores que él, como yo lo estamos pasando muy mal. Salta por cualquier cosa; viene detrás y te amenaza, te escupe, te pega. Yo lo que no quiero es denunciar, porque, claro, es mi hijo y es doloroso.

Después de la batalla, siempre pide perdón. Pero al rato está otra vez igual. Estuvo yendo al psicólogo del instituto. Tiene una impulsividad que no puede controlar. Estuvo medicado, mejoró, pero pronto dejó de ir. No hace nada, se tira en la cama, o en el suelo, las horas que quiere. Todo el día frente al ordenador. A veces ni se asea.

A finales del año 2000 se creó el término que define a un colectivo de jóvenes al que no habían bautizado en la época en la que Gemma Nierga dirigía el Hablar.

En 2010 una encuesta de Metroscopia revelaba que el quince por ciento de los jóvenes de entre dieciséis y veinticuatro años no estudiaba ni trabajaba. Otro sondeo de la misma encuestadora mostraba además que el cincuenta y cuatro por ciento de los que tenían entre dieciocho y treinta y cuatro años no tienen inquietud por desarrollar alguna clase de proyecto

vital o profesional. Pero la validación del término ni-ni *la consiguió un canal de televisión: La Sexta, con un* reality *en el que puso a convivirá diez jóvenes desadaptados durante tres meses con dos psicólogos.*

La princesa del cuento

Érase una vez… una madre perfecta, con una hija perfecta. La perfecta princesa de un cuento de hadas. Pero los cuentos del siglo XXI no siempre tienen un final feliz.

Nunca pensé que una noche estaría yo aquí.

Somos un matrimonio con dos hijos: chico y chica.

La niña fue la princesita de la casa en todos los aspectos. Era estudiosa, educada, cariñosa con nosotros… Una maravilla. Fue creciendo y decidió irse a vivir con su novio. Deprisa, deprisa se le preparó el piso y se le colocó todo. Me hizo abuela pronto. A mi nieta me la traía el padre por la mañana y se la llevaba luego su madre por la tarde. Comían aquí, y hasta dormían la siesta.

Éramos tan amigas…, más que madre e hija.

Un día me dijo que había conocido a alguien en el trabajo y que se separaba.

Ese alguien resultó nefasto. Diez años mayor que ella, con tres hijos de una primera mujer y dos de la segunda. Unos hijos que no atendió nunca. No trabajaba; no trabajó jamás, ella lo hizo por él. Estuvieron juntos cinco años… Que si nos enfadamos, que si no nos enfadamos. Intentamos quererle, pero era imposible: te manejaba la casa, mandaba en todo; si no le gustaba una cosa te la colocaba en el otro lado; íbamos a comprar y escogía la compra. Era insoportable. Mi hija me insultó muchas veces, y me quitó a la niña de mis brazos. Me arrodillé, incluso, pidiéndole por favor que me dejara verla.

Yo siempre sabía dónde estaban, aunque ella no me lo dijera. La llamaba por teléfono, no lo cogía. Le ponía un mensaje y me contestaba mal. Un infierno. Llegó hasta a minarme la salud mental.

Cuando ya lo tenía asumido, va y le quita la niña al padre. Mal quitada, porque una cosa no tiene que ver con la otra. El padre pide la guarda y custodia y se la dan por incompatibilidad de horario.

Y eso que no está con su padre, está con su abuela; con la otra.

El padre trabaja por la mañana, sale a las siete; llega a las ocho de la tarde y luego se va al gimnasio. La verdad es que poco está con ella, pero, bueno, el juez lo estipuló así.

Un buen día llama mi hija: «Oye, soy yo». Digo: «¿Y qué quieres?». «Quiero volver». «¿Cómo volver…?». «Espérame, que tengo el coche cargado». Vino. Preparamos la casa otra vez, con un cuarto para la niña. Nadie le hizo ni un triste reproche. Se le pagaron hasta los tampax; se le arregló el coche. Nadie le pidió un duro nunca.

Yo seguí como siempre: cosí, planché, fregué… Yo hice la comida; yo atendí a la niña; la atendí a ella. Ella comía, dormía y trabajaba.

Una mañana se levanta, se va a trabajar y no vuelve. Me manda un mensajito y me dice que así no se hacen las cosas, pero que se va a ir unos días con Marta —que debe de ser una compañera de trabajo— y que ya hablamos. No he vuelto a saber nada de ella.

La primera semana la llamé muchas veces; no me cogió el teléfono. Le puse muchos mensajes; no los contestó. Como si le hubiera pasado algo muy gordo en esta casa.

He tenido que desarmar todas sus cosas… y las de la niña. Mi hijo se lo llevó todo. Ella no se ha atrevido ni a venir. Yo sé que con mi hijo habla, pero tampoco quiero que él me cuente mucho.

Ya no veo a mi nieta a solas, solo cuando está con su padre.

Si supiera que mi hija me está escuchando, le preguntaría qué hace; por qué lo hace, por qué lo hizo…

Nosotros en esta casa nos estamos muriendo a trocitos.

Es la hora que es y no sé si dormiré esta noche.

La voz de la resignación

Ahora mismo estoy por la calle, dando vueltas.

El día 1 tenía que haber cobrado mi pensión, que es muy pequeñita, de trescientos euros. Soy jubilado por invalidez por un problema del corazón. No me la han pagado porque mi hijo tenía un móvil y se dio de baja por lo que fuera; debía ciento cuarenta y tantos euros, y como estaba a mi nombre… Me he ido yo por no echarle a él; porque el coche que tiene también está a mi nombre; es nuevo, y lo lleva sin seguro. Y por más que le digo, lo único que consigo es que me pegue. Porque tanto mi hijo como mi mujer lo hacen. No una, más de quince, o veinte, o treinta veces, yo qué sé… Incluso han estado a punto de cortarme una pierna y todo por culpa de él, de una patada que me dio. Porque yo estoy operado del corazón y tomo una medicina, que hoy no he tomado. Es para la sangre, para que me circule en condiciones; a nada que me toquen, me salen moretones. Y una de las veces, en vez de salirme, se me quedó dentro y tuve que estar ingresado veinte días. El hospital puso una denuncia y yo la quité porque es mi hijo, y mi mujer; quiero estar con ellos porque les quiero, pero es que ya no puedo más… Ahora mismo estoy por la calle paseándome, intentando buscar un sitio con calor; voy a ver si llego a la estación.

Me quiero ir y me quiero quedar, no sé qué hacer.

Mis hermanos quieren ayudarme, pero no quiero que a mi hijo le hagan nada ni le digan nada.

Una vez llamé a la Policía y cuando llegó les dije que había sido yo el que los había agredido. Me pidieron que me mirara al espejo;

tenía la cara roja, bueno, morada, completamente inflamada.

Yo ya no sé qué hacer.

La novia que tiene se viene a lo mejor jueves, viernes, sábado, domingo e incluso lunes a dormir. Yo tengo dos nietecillos, y duermo en un sofá pequeñito para que mi mujer duerma con mi nieto y él duerma en mi dormitorio con su novia. Así semana tras semana. No es que me obliguen, no, lo hago con todo el corazón. Pero, joder, que luego no me lo reconocen, ¡que yo no puedo hacer más!, ¡que estoy operado del corazón! ¡Que soy minusválido con un sesenta y dos por ciento de minusvalía!

Se lo digo mil veces: no puedo trabajar; bastante hago que todas las mañanas me levanto, limpio el polvo, friego, barro, hago comidas, hago de todo… ¿Qué más quieren?

¡El coche! Ya se lo he dicho, que no lo toque. Que cuando tenga el seguro pagado, haga lo que quiera. No me hace caso. Y si me pongo bruto, me sacude y punto.

Si digo una palabra un poco más alta, mi mujer también me sacude. Ya son dos.

A través de esta llamada a la radio, ya se habrá enterado el resto de mi familia. Yo no quería que se enteraran de la historia, pero ahora reconozco que necesito su ayuda. Voy a llamar a mi hermano.

Su voz era apenas un susurro. Escuchar este testimonio de crueldad y resignación fue demasiado y comencé a llorar en silencio. Sin darme cuenta durante nuestra conversación, había ido bajando la cabeza y ahora mi barbilla rozaba el cuello de la camisa. De pura vergüenza y de puro dolor. Levanté la cara y me encontré con que mis compañeras tampoco podían controlar las lágrimas. Aquella noche no pude consolar a nadie, no encontré consuelo ni siquiera para mí.

La historia de una madre

Hoy me he decidido a contar mi historia. Tenía una familia feliz, con tres hijos preciosos. Uno de ellos, que es maravilloso, está enfermo. Su padre no acepta que sea drogadicto.

He gastado mucho dinero en él y mi marido me ha dejado.

A veces me siento en el sofá y me quedo ahí horas, hasta las seis y las siete de la mañana, sin dormir, y me voy a trabajar. Tengo unos compañeros buenísimos, que saben mi historia y me quieren.

A veces viene mi hijo todo sucio, desnudo; se ha puesto «coca base…», que yo no sé ni lo que es la base. «Mamá, ayúdame», me dice. Entonces lo dejo entrar; lo baño, le doy un vaso de leche y lo acuesto. El sábado llegó a casa con la cabeza partida.

Lo he llevado a siete centros de pago, en diferentes provincias. Me he gastado todo el dinero y no me ha valido para nada. Nunca ha querido curarse. Solo quiere morirse.

Mi marido cada vez que me ve me dice que me quiere cortar el cuello, que me va a matar. Estoy aterrorizada, tengo miedo de todo.

Un día me llamaron de un programa de televisión. Me dijeron que mi hijo quería hablar conmigo, agradecerme todo lo que había hecho.

Tras consultarlo con el psiquiatra decidí ir. Me maquillaron, me arreglaron, me pusieron toda guapa y yo tan contenta. Resulta que era mi marido. Me había llevado para decirme que era una estafadora. Me levanté y me fui.

Tengo una nieta preciosa de dos años y medio a la que he criado yo, porque la madre ha estado años en las mismas condiciones que

mi hijo. Ahora la chica ha cambiado un poco. Pero cuando salió del hospital me la traje a mi casa. Le compré leche, pañales, ropa… Todos mis vecinos lo saben.

Debo mucho dinero. Pedí mucho dinero para sacar adelante a mi hijo, para defenderlo, para dárselo a ellos, a los rusos. Me decían: «Si tú no pagas el dinero que debe, te lo matamos».

Detrás de la droga siempre hay una historia. La mayoría de las veces desgarradora, pero detrás de todas las historias siempre está la de una madre, porque todas las historias empiezan en la suya.

El puzle de papá

Tengo tanto que contar que no sé ni por dónde empezar.

Tengo cinco hijos con tres mujeres diferentes. La última me ha dejado tocado…

Gracias a la Cadena SER, que me distrae y me da la vida.

Carlos es el mayor: nació en el setenta y tres. El segundo el nueve del uno y el más chico el uno del nueve. Los otros han nacido el trece del uno y el quince del uno.

Quiero averiguar qué parentesco tendrían entre los hermanos de ella, de la novia de mi hijo, que a su vez es la hija de su…, de mi nueva compañera. Que también está embarazada de mí. Resulta que mi hijo conoce a una chica y se hacen novios. Yo estoy con la madre de ella. Mi hijo tiene un hijo con la hija de mi nueva compañera. ¿Qué serían entre todos los hermanos? Porque esta novia mía tiene tres hijos más. Y uno de ellos va a ser padre también.

Tenemos un cacao en la familia entre unos y otros…

Vamos a ver si me explico: mi hijo con la hija de la compañera esta nueva que tengo van a tener un niño. Hasta ahí vamos bien.

Entonces… ese niño que nace, con los otros hermanos de mi hijo y los hermanos de la novia más lo que nace ahora de nosotros…

¿Sabe qué pasa? Que he tenido muchos hijos porque ahora los matrimonios duran lo que una legislatura: cuatro años. Cosas de la democracia.

Los que llegan y los que se van

¿Vea ese hombre que está sentado al fondo de la Terminal 2 del aeropuerto de Barajas? Ese que se tapa con la cazadora marrón; el que tiene unos auriculares en los oídos, mirada de tristeza; el que intenta dormir sin éxito y se entretiene observando a los pasajeros que, como él, esperan a que salga su vuelo… Ese hombre se llama Goyo.

Me encuentro en este momento en el aeropuerto de Barajas, concretamente en la T2; vengo de Lanzarote. Mi vuelo llegó sobre las doce y media de la noche aquí, a Madrid, y me dirijo a Sevilla. Partiré a las seis y media de la mañana.

Esta noche me ha tocado a mí hablar.

En pocos días fallecerá mi padre. Está en fase terminal, y todos los hermanos, que estamos repartidos por diversos lugares, nos hemos querido reunir para… despedirlo.

En Lanzarote he dejado a mi mujer, que está cumplida, a punto de dar a luz.

Una situación un tanto complicada…, triste y alegre a la vez.

No sabía si venir o no… Mi padre me dijo que me quedara; ella, que «al niño lo verás, a tu padre no».

No sé si esperará a que yo vuelva o se adelantará y nacerá.

Noticias buenas, noticias malas, despedidas y recibimientos.

Y mientras tanto, pensando… Sí…, pensando…, pensando, en un aeropuerto tan grande como este. La gente, tirada por el suelo, porque no hay ni asientos donde sentarse, esperando la llegada de

sus vuelos… Parece raro. Uno se fija en las caras de las personas que están por aquí; unas alegres, otras tristes. Las cosas de la vida. Lo que puede llegar a reunir una terminal.

Como este programa, ¿no? Unas veces historias bonitas, otras no tanto.

En la última ecografía nos dijeron que venía una niña. La vamos a llamar Macarena.

Hasta esa noche nunca me había parado a pensar en lo mucho que se parece un aeropuerto a la vida. Millones de personas que cargan su equipaje. Unos que van y otros que vuelven… Todos de paso.

Con la Iglesia hemos topado…

«Las palabras arraigan en la inteligencia y crecen con ella, pero traen antes la semilla de una herencia cultural que trasciende al individuo. Viven, pues, también en los sentimientos, forman parte del alma y duermen en la memoria. Y a veces despiertan y se muestran entonces con más vigor porque surgen con la fuerza de los recuerdos cansados».

La seducción de las palabras,
ÁLEX GRIJELMO

Con la Iglesia hemos topado…

Como tantas otras veces, esta fue la frase que alguien escribió en el chat cuando escuchamos la razón por la que Javier llamó aquella madrugada al programa. Quería confesarse…

Buenas noches, Dios os bendiga a todos.

La bendición de Javier puso en alerta nuestros sentidos y nos preparó para la homilía basada en su propia experiencia.

Bueno…, yo soy párroco de una pequeña población y me encuentro ahora con un problema muy serio. Es referente a una pareja que venía a la catequesis para prepararse para el matrimonio. Unas personas intachables desde el punto de vista humano. La chica empezó a venir sola a la parroquia y provocó una situación en la cual yo caí. La situación fue de contenido…, bueno…, se puede entender. Ahora me está utilizando. Quiero aclarar que detrás de un sacerdote, y detrás de esta sotana, existe un ser humano que tiene las debilidades propias del ser humano y, bueno, pues, eh… Tengo que darle dinero, si no lo va a saber todo el pueblo.

Empezó con poco: cincuenta, cien euros al principio. Yo le daba todo lo que me iba pidiendo, siempre de mi dinero personal… Sé que estuvo mal y que fue un acto de cobardía por mi parte.

La monjita Eugenia es colaboradora mía, el sacristán José Antonio también. Saben la verdad, yo se la he contado…

Se viene abajo y, casi al borde del llanto, prosigue.

Esas pobres gentes colaboran en esto, pero no sabemos cómo atajar el problema, porque es muy difícil de demostrar, y más como está la Iglesia con este tema.

La monjita Eugenia es una persona mayor que… [*un nuevo silencio corta la madrugada y después titubea*] no…, no ve bien el acto, lo que he hecho. No lo ve bien, pero sabe que estoy pasándolo muy mal y me intenta apoyar en ese sentido. Entonces, en ese aspecto estoy solo. El miedo que tengo es relativo. Mi temor es a abandonar a toda esa gente a la que he ayudado, dado que mi trayectoria de sacerdote ha sido intachable. Lo pueden decir todos los feligreses que tengo. Esto ha sido solo un error. Yo he hecho un voto de castidad que tengo que cumplir, pero ya digo y repito que detrás de esta sotana existe un ser humano que tiene sus debilidades y que…, bueno…, somos pecadores todos.

Dios nos perdonará, o no nos perdonará; por encima de nuestra justicia está la divina.

Dios no me da miedo, no me asusta. ¡Yo temo al ser humano, a la maldad del ser humano…, sí!

Tengo la sospecha de que me han utilizado, porque, íntimamente, solo estuve en una ocasión con ella, un día nada más. Y creo que además tiene consentimiento de su novio. Cuando le dije: «Voy a hablar con tu pareja», me aseguró que lo sabía todo.

Estoy planteándome tomar la decisión de abandonar mi oficio de sacerdote. Dejarlo todo. Todo lo que he hecho, mi vocación, mi esfuerzo…, no ha servido para nada. Me siento frustrado.

Hay mucha leyenda en torno al cura, al párroco del pueblo…, que no sé si es cierta o incierta… Y repito: somos seres humanos, y este es mi testimonio, y me ha llevado a una depresión por la cual casi ya no puedo oficiar como debe ser una misa. Es mucho tiempo ya. Llevaré un año o así y, claro…, no duermo.

Estoy perdiendo mi integridad. No puedo desarrollar mis obligaciones como debe ser… Hasta dónde llegaré, pues Dios, Dios…, Dios sabrá. Dios será el que ponga esto en su sitio.

Desde el punto de vista jurídico yo lo tengo muy mal, muy mal puesto que… ella está embarazada y ahora dice que puede ser mío.

Yo soy responsable de una parte, de la parte que reconozco…, porque yo sí he mantenido relaciones con esta persona. Lo reconozco en antena, como sacerdote.

Muchas gracias, Dios os bendiga, Dios os bendiga.

Cerré momentáneamente el confesionario, que se abrió enseguida para Josué.

Les escucho todos los días desde hace muchos años, desde el principio, porque soy un hombre ya muy mayor. Soy sacerdote secularizado y abogado en ejercicio. Tengo setenta años recién cumplidos.

Quería hablarle a Javier desde tres puntos de vista: el jurídico, el religioso y el humano. Yo viví una situación similar a la suya, pero lo mío no fue solamente por apetito sexual: yo me enamoré de una mujer. Es distinto, pero, vamos, que da igual porque realmente el hacer un acto, un acto… sexual con una mujer siendo sacerdote lo mismo da que sea por amor que no, porque realmente es una, es una… falta al compromiso que tenemos de ejercer la castidad.

Voy al asunto jurídico: que no acepte el chantaje. Que no le dé miedo. Se trata de una pareja que ha ido a prepararse para casarse, por lo tanto no estamos hablando de una menor con menos de catorce años, porque a partir de esa edad las relaciones, si son consentidas, no tienen ninguna conexión con el mundo jurídico, ¿de acuerdo?

Voy a la parte religiosa: él acepta su realidad de hombre, se arrepiente de ella, me imagino, y si no, allá él…, es su conciencia.

Mire. Yo… me enamoré de mi mujer y viví una lucha terrible durante cuatro o cinco años. Al final pudo más en mí el amor que mi fidelidad a la Iglesia.

Ella me estuvo esperando todo ese tiempo, pero nunca supo de mi padecimiento, ya que nunca se lo dije.

Tomé la decisión y me fui con ella sin secularizarme. Tuvimos una niña, que actualmente es médico, y pedí la secularización. Para más inri, yo era arcipreste de…, de una ciudad importante.

Me llamaron del Obispado diciéndome que a pesar de haber tenido la hija, no me fuese, que lógicamente se hacían cargo de su educación. Dije que no.

Nadie me juzgó entonces, nadie, ni amigos ni enemigos.

Se lo cuento para que no tenga miedo.

Sigo siendo creyente, sigo comulgando y luchando desde mi trinchera actual por la religión. A mi edad, estudio Teología.

Está comprobado desde el punto de vista psicológico que es a partir de los treinta y tantos cuando empieza la gran crisis de la vocación sacerdotal.

Que acepte que es hijo de Dios, pecador, y que siga para delante. Pero que no pague a unos chantajistas nada, no tiene por qué hacerlo.

La religiosa esperaba pacientemente al otro lado del teléfono, quería compartir su experiencia religiosa.

Mire, Javier, se lo voy a decir así, directamente… Me imagino cómo está porque yo he vivido algo similar. No se atreverá a celebrar la misa y si la celebra estará que no levanta cabeza, porque tiene un gran miedo —y yo lo sé— a que le juzgue la gente. He sido religiosa.

En primer lugar, decirle que Dios no le va a juzgar. Y si la gente le juzga, ¿qué? Debería hablar con el obispo y pedir un cambio. Esa señora, o señorita, le está chantajeando, y si le está chantajeando creo que es muy poco señora.

¡Es un hombre! El celibato, la virginidad y la castidad se pueden perder también con el pensamiento. Entonces ¿de qué sirve una castidad corporal? Para cada uno tiene un valor. Yo te digo lo que me pasó a mí. Yo estaba en América Latina, como religiosa, y nos enamoramos mutuamente, un sacerdote y yo. No tuvimos relaciones

sexuales completas. Pero sí una relación de amor, de amistad…, y también de tocamientos, ¿por qué no?, ¿y por qué avergonzarse de ello? ¡Qué caramba! ¡Eh, qué caramba! ¡Si el cuerpo está hecho para sentir! Y el contacto con la piel a veces resucita muertos.

Un señor obispo nos vio besándonos y se lo dijo a una de las superioras. Lo más fácil para ellos fue ponerme un billete de avión en las manos y un océano de por medio. Y qué te voy a decir… El corazón no se borra, y no se arregla con un cambio de continente. Ese fue mi primer amor. Él se quedó allí, tenemos contacto por *mail*, todo muy religiosamente correcto, con mucho respeto. Pero él ha sido mi amor y yo sé que soy el suyo, aunque sigue en la congregación. Yo me casé con otro sacerdote. Le conocí en Egipto, ¡mira tú por dónde, encima de un camello, para que veas! Hice un viaje y él iba de guía. Y no me traje el camello, pero me traje al guía.

Nos casamos. Hicimos una ceremonia civil. La misa, al día siguiente, con un amigo, porque si esperábamos a que el Santo Padre le diera el consentimiento, a mí se me pasaba el arroz y yo quería tener hijos. Tuvimos dos. Hace nueve años que murió.

Oye, Javier, si tú estás libre y quieres dejar la congregación, ¡acércate por aquí! ¡Sería el tercero! Quiero que se ría. Pobrecillo, lo está pasando mal.

Hoy he visto una película, *El baile de la victoria*, y la verdad es que, de repente, con esos paisajes nevados, me acordaba de lo que había sido mi vida.

Nunca entendí qué relación podían tener una película cuya trama gira en tomo a la venganza de un joven durante la recién estrenada democracia en Chile y la historia de amor sacro que ella nos contó aquella noche. Pero disfruté de cada uno de los momentos que narraba como si de fotogramas se tratase.

Muy a su pesar, Carmen también se cruzó con el otro mundo eclesiástico…

Yo tuve una historia con un hombre que fue cruel conmigo.

Mantuvimos una relación de tres años. No nos veíamos mucho porque teníamos horarios distintos… y vivíamos en ciudades distintas. Pero hacíamos por encontrarnos cada poco tiempo.

¡Él era cura y del Opus! ¡Me enteré por Internet! Párroco de dos iglesias, una persona que tenía un cierto poder en su sector, en su ciudad. A mí me parece muy bien que lo del voto de castidad no lo cumplan, porque yo también estaba casada, las cosas como son. Podría llegar a entender que no me dijera que era cura, pero lo que más rabia me da es su crueldad, su frialdad. Me dijo que era profesor de Filosofía, un día vino con una nómina y todo. Me llegó a decir que cuando se jubilara, porque él es mayor que yo, vendría a vivir a mi ciudad. Era una persona complicada, y por eso me gustaba. Yo es que soy así, también le digo: no me gustan las personas simples.

Cuando supe la verdad le mandé un mensaje al móvil: «No sabía yo que el voto de castidad lo llevaran así los curas». Al tiempo me llamó, quería verme. No acudí. Ya me había quitado la venda; ya me había hecho suficiente daño. Yo también puedo hacerle daño, si quiero, pero no soy igual que él, gracias a Dios que no lo soy.

Sor Armónica

Como si de una obra de teatro se tratase, imagine que la escena tiene lugar en la huerta de un monasterio de monjas clarisas, entre coles y lechugas. En el centro del escenario hay una monja muy joven; en una mano tiene una armónica y en la otra, un teléfono móvil. Se llama Carmen, pero para nosotros siempre será sor Armónica.

Muy buenas noches a todos los radioyentes que están a la escucha. Soy una muchacha invidente que se encuentra en un monasterio de clarisas, realizando una experiencia para ser religiosa. Estoy en la huerta para que no me oigan las hermanas, y hace un frío que pela. He cerrado todas las puertas para que no se despierten, soy muy hábil para esto.

Yo nací muy chiquitita y perdí la vista en la incubadora. A los seis años me regalaron una armónica y, desde entonces, es mi gran pasión. Aprendí a tocarla sola, de oído, sin ninguna ayuda; a base de ensayos y muchas horas de paciencia.

Hay varios tipos de armónicas: la cromática, la trémulo y la diatónica; y yo tengo las tres. La cromática es grande y tiene una cosa que llaman perilla en el lateral para poner los sostenidos, cosa que la trémulo y la diatónica no llevan.

Nadie de mi familia entiende que esté aquí, pero yo sigo una *llamada*, una *llamada que se siente*… Y solo pido que lo respeten.

Es un sacramento más, igual que el del matrimonio pero de por vida. Aquí no se puede andar con que hoy me caso y mañana me

divorcio. Este es muy serio y por eso nos ponen a prueba…; si a los seis años no estás contenta, no profesas y te marchas.

Estoy muy ilusionada porque me voy a apuntar a un curso de solfeo, aquí, en el conservatorio, para aprender a tocar el órgano, ya que la armónica es algo limitada para la misa, y eso que de vez en cuando me piden que toque algo…, cuando falla la organista o cuando celebramos una fiesta, como cuando fue mi santo.

Somos quince monjas y yo hago lo que puedo por darle algo de ritmo a esto.

¿Quiere que le interprete algo? Las hermanas son bastantes dormilonas y tienen las ventanas cerradas, así que no creo que me escuchen; aunque si me pillan aquí fuera, con el instrumento en la mano y hablando con la radio, la liamos bien liada… ¡Bueno, le voy a tocar algo cortito!, la sintonía de la Cadena SER, esa que ponen para ir al informativo, que es muy bonita… A ver si me sale, que estoy un poco nerviosa.

La futura monja toca y al terminar pone voz de locutor a de publicidad y dice: «¡Servicios informativos!». *Se ríe de manera picara y, orgullosa de su interpretación, continúa:*

Podría ser armonicista en la radio, ¿verdad? ¿Le toco la de San Fermín…? Yo me atrevo con todo, y no tengo canción favorita. Toco pasodoble, jotas, canciones de la Iglesia; ahora estoy ensayando la de *Miki, el chico de la armónica*, que es preciosa.

¡Espero no haber despertado a las hermanas, que a esta hora sueñan con los angelitos en sus cómodas camas! Los conventos ya no son lo que eran. Hace tiempo que dejaron de ser lugares oscuros y austeros; afortunadamente las cosas han cambiado. Me gusta estar dentro; aquí lo tengo todo. Cada día lo hago todo: trabajo, oración, más trabajo, más oración, ensayo de música…; y por la noche, cuando las demás duermen, enciendo la radio y escucho la vida que hay fuera pasar.

Una sonrisa…

«No sé, si uno se ríe verdaderamente con ganas, parece como si de pronto se te reacomodaran las vísceras, como si de pronto hubiera razones para el optimismo, como si todo esto tuviera un sentido. Uno tendría que automedicarse la risa como un tratamiento de profilaxis psicológica, pero el problema, como te imaginarás, es que no abundan los motivos de risa».

Primavera con una esquina rota,
Mario Benedetti

El arte de roncar

Debo confesar que durante el primer año y medio que llevo al frente de Hablar por hablar se me quedaron dormidos en antena, que yo sepa, dos oyentes. Como madre primeriza no está nada mal, ¿no le parece?

Me consuelo pensando que acunando palabras es difícil no dormir al más despierto.

De todas maneras, alegaré en mi defensa que el programa se emite a una hora en la que deberíamos estar todos en los brazos de Morfeo.

Aquella madrugada eran aproximadamente las tres y veinte y habíamos escuchado el informativo, la sección de la semana y el resumen de la noche, que va acompañado de una sintonía, debo admitir; muy relajante.

Por lo tanto, Mario se mantuvo a la espera aproximadamente entre diez y quince minutos. Cuando le pasaron a antena, solo se escuchaban sus ronquidos, graves y acompasados.

Traté de despertarlo sin éxito y con la voz entrecortada, porque estaba muerta de la risa.

A continuación, entró Azucena, que estaba muy despierta.

Mira…, yo llamaba para lo de otro oyente, Manolo, pero con lo del ronquido me he tronchado de risa porque tengo a mi marido roncando al lado, exactamente igual, y yo creí que se había metido en la radio y me digo: ¡cómo se han *acoplao* los ronquidos de este hombre aquí!, porque sonaba igual…, igual, ¡los dos a la vez!, y pensaba: esto no puede ser. Hasta que moví un poquito a mi marido

y cambió el ritmo, el ritmo del ronquido. Como iba en otro tono me dije: esto es de la radio. Y es que lo estaba escuchando en estéreo.

A mí es que el ronquido de mi marido me acuna. Cuando no le escucho roncar me digo: ¡Ay, Dios mío! ¿Se habrá muerto? Y le doy un *meneíto*, por si acaso…

En ocasiones, el ronquido es un problema social, que hace del roncador el centro de todas las burlas de familiares y amigos. Aquella madrugada un oyente del chat escribió: «El único que se ríe de todos nosotros es él, que está roncando mientras los demás no podemos».

Supongo que este es el único programa de radio al que le halaga dormir a su audiencia.

El felpudo de mi exmujer

Esta es sin duda una de las llamadas más recordadas por los oyentes. Durante muchos meses no existió madrugada en la que yo no leyera en el chat: «¿Qué habrá pasado con el felpudo maldito?».

En ocasiones me entran ganas de rogar a aquella persona que una vez tuvo la necesidad de llamar que lo vuelva a hacer. Y así, a modo de secuela, nos sirva la segunda parte de su historia y, si puede ser, el desenlace. Una buena trilogía que sacie nuestra curiosidad.

Desafortunadamente, el bueno de Gerardo no volvió a llamar y nunca supimos nada más del felpudo de su exmujer.

Mire, yo nunca creí en brujas ni meigas, pero ya empiezo a pensar que sí que existen. En agosto hará diez años que estoy separado. Yo siempre he sido un hombre emprendedor y desde entonces todo me sale mal.

¿Sabe cuando alguien tiene voz de buena persona? Pues así sonaba la de él; una voz serena y reflexiva, incluso cuando soltó la siguiente perla:

Mi exmujer tiene un felpudo que me está haciendo la vida imposible.

Miedo me daba pedirle que definiese «felpudo», pero me

arriesgué aun sabiendo que jugaba con fuego.

Es un pequeño trapo que teníamos en la puerta del cuarto de baño. Un día lo colgó en la ventana y allí lleva diez años.

Una amiga gallega me dice que eso es muy malo y que tengo que ir a algún sitio a que me hagan *algo*.

No sé si será verdad, lo único que sé es que desde aquel momento todo me sale mal. Cada cosa que intento me sale al revés.

Estuve casado trece años y siempre tuvimos ese felpudo. No sé si lo compramos o si nos lo regalaron…

Yo creo que es el causante de todos los males y, además, esta amiga que les comento me está metiendo miedo, me recomienda que vaya a ver a alguien que me *pase el agua*.

Yo lo que no entiendo es cómo puede estar un felpudo diez años colgado de una ventana. No lo cambia de sitio nunca. Vive al lado de la autopista. Yo trabajo con un tráiler y cuando paso por allí, es que tengo que mirar…; me han aconsejado que no mire nunca, pero es imposible.

¿Qué pinta un felpudo diez años tendido? No sé si usted hace la colada, si tiende la ropa, pero diez años el felpudo en el mismo sitio…

Yo ni creo ni dejo de creer, pero esto es raro.

Había pensado ir a la casa de mi ex a quitarlo, pero no me atrevo. Hace años que no la veo, y no es plan de presentarse y quitarle el felpudo.

A veces pienso que se trata de una chaladura mía y he probado a no obsesionarme, pero cada vez que cargo el camión tengo que atravesar esa autopista. Intento mirar para el lado que da al río, un río que está precioso, pero no puedo, se me va la vista y ahí sigue el felpudo.

Cada vez que bajo me digo: «Hoy no miro, hoy no miro…», y cuando paso, miro y ahí está: el felpudo de mi exmujer.

Peyo, *Arturo* y *Melisa*

Mi nombre es Peyó, y mentiría si dijera que cuando compré una pareja de avestruces por Internet, no sabía lo que adquiría.

El avestruz viene de África. Es un ave corredora que no puede volar, y es tan antigua que hay avestruces en los jeroglíficos egipcios.

Como por aquí —por el norte de España— no hay muchos, pensé que era una buena idea dedicarme a la cría. De estos bichos se aprovecha prácticamente todo. La carne se parece mucho a la ternera, pero tiene menos grasa y colesterol. La piel es una de las más caras y exóticas, por los aceites que evitan que se cuartee. Y las plumas, como poseen una carga estática natural, se aprovechan para plumeros; esto lo sabe todo el mundo. Pero lo más sorprendente es que con las pestañas se fabrican brochas, el pico y las uñas se usan para joyería y hay investigaciones en marcha para aprovechar sus ojos para trasplantes de córnea. Ayer me dijo Maider, una vecina, que el cerebro del avestruz produce una enzima que se utiliza para tratar el Alzheimer.

Los míos, *Arturo* y *Melisa*, se me han hecho muy grandes y esta mañana el macho se ha lanzado contra mí; me ha picado y perseguido dándome fuertes patadas. Si no salgo corriendo de la cerca, me merienda crudo. Llevo todo el día con el susto en el cuerpo y estoy barajando la posibilidad de sacrificarlo, porque la verdad es que no me merece mucha confianza un animal que hasta hoy mismo era dócil. No sé qué es lo que le ha podido molestar de mí.

Con *Melisa* tengo una relación más cercana. Casi todos los días me voy montado en ella a comprar. Voy subido a su lomo cruzando los bancales hasta llegar al pueblo. Cuando llegamos, la ato a la puerta del súper y entro. La gente se muere de la risa y me dice de todo. Hace unos días una niña pequeña le pedía a su madre, entre lágrimas, una moto como la mía.

La verdad es que levanto expectación, pero a mí me supone un

gran ahorro en gasolina, además de resultar un medio de locomoción de lo más ecológico, porque no contamino.

Lo malo es que ahora tengo miedo de que se me revire como el macho y me agreda.

A lo mejor el bicharraco ha cogido celos de la hembra, ya que son animales muy territoriales. Sé que sigue muy cabreado porque se le ha puesto el cuello rojo. Me gustaría que el pobre *Arturo* no tuviese que pasar a mejor vida, porque me da mucha pena, pero a ver si le va a dar por atacar a otras personas. Si no me dan esperanzas de que se regenere, le doy pasaporte ligero, que en definitiva es para lo que lo compré.

La voz de la experiencia no se hizo esperar… y hubo respuesta para Peyó.

Yo he tenido avestruces… y Peyó se ha convertido en un enemigo. A *Arturo* se le ha puesto el cuello rojo porque está en pleno celo. Que no juegue con eso. A mí me atacó uno y estuvo a punto de matarme. En una ocasión uno de los machos también se vino hacia mí lanzando patadas y dobló un tubo relleno de cemento. Y es que de una patada es capaz de abrirle la cabeza a un león.

Leí bastante sobre montarlos, pero nunca me atreví. Peyó, no te lo tomes a broma, que te puede matar. Y no dejes que nadie entre en el cercado de los avestruces porque podéis tener un disgusto gordo.

Por otro lado, aprovecho para decirle que no es un buen negocio. Yo empecé criando un trío y llegué a tener noventa avestruces, y al final me los tuve que comer yo todos. El mercado este del avestruz fluctúa muchísimo y si se dedica a ello de lleno puede llevarlo a la ruina.

Y Martina se había reído mucho con Peyó, hasta el momento en el que mencionó que iba a sacrificara Arturo. *Eso ya no le hizo tanta gracia.*

Mi padre tiene una finca y se dedica a criar animales diferentes, para experimentar un poco. Mi madre suele quejarse de que los avestruces se comen todas las cosas que encuentran encima de la mesa. El motivo es que son territoriales y celosos. No me extraña que le haya atacado, porque Peyó no está haciendo bien con lo de montar a *Melisa*. La misma palabra tiene por sí sola una connotación sexual. Yo sé que él monta para ir al súper, pero lo que el macho ve es que se sube encima. *Arturo* no entiende que la usa de Vespino y piensa que está enamorado de su pareja. El avestruz tiene cabeza de avestruz y piensa como avestruz.

Criamos a los animales como si estuviéramos en un circo. Si no hace la gracia que le hemos enseñado, si no nos obedece, ¿pasaporte para una mejor vida? ¡No me parece justo! El bicho ha tenido una reacción visceral. No es un medio de transporte. Yo sé que en ciertas partes del mundo lo es, pero hay que tener experiencia, destreza y cuidado. No se hace así.

Ha sido muy simpático, y me he reído mucho hasta que mencionó que le iba a matar; eso ya no tuvo gracia.

No sé si usted está muy familiarizado con estas aves. Yo la última vez que vi una de cerca debía de tener unos ocho años. Y debo reconocer que no le presté mucha atención, porque estaba más interesada en el oso panda, Chulín, que acababa de nacer en el Zoo de Madrid; y por la gorra que vendían con su carita peluda impresa.

La verdad es que el avestruz tiene un gesto gracioso, pero asusta un poco su altura —que llega a sobrepasar los dos metros— y esa actitud de criatura antigua que todo lo observa. Arturo debía de tenerle ganas a Peyó desde hace mucho tiempo. Cualquier animal, hasta el más civilizado, puede llegar a perder los nervios cuando se le pone a prueba.

Está claro que los humanos somos la única especie que ha perdido su perspectiva animal.

Han cantado bingo

Yo no sé si mi caso es tan grave como para darle voz en la radio.

Hablo en nombre de la desesperación de varios vecinos. Resulta que cada noche, desde que empezó la primavera, se reúne un grupo de personas en el bajo A para jugar al bingo.

Se juntan unas seis, siete u ocho, depende del día, y allí les dan las tres y cuatro de la mañana hablando, gritando sin parar y montando un escándalo grandísimo.

Desde que dormimos con las ventanas abiertas por el calor, estamos sin pegar ojo; y, claro, por la mañana no hay quien se levante. Más de una vez hemos llegado tarde al colé mi hija y yo.

Hemos llamado ya varias veces a la Policía. Vienen, les dan un toque de atención y se van…

Y en cuanto desaparecen la cosa empeora…, porque nos amenazan con hacer todavía más ruido.

Y por si no tuviéramos suficiente con los habituales, está empezando a venir gente de otras calles… Hay un tal Peter que es un horror el escándalo que forma, lo que chilla… Da los números con los sinónimos, diciendo palabrotas. Mi hijo, que jamás las ha dicho, ahora no para…, y todo por culpa de ese hombre y sus compañeros de juego…

Estamos *desesperados perdíos*; no sabemos lo que es descansar; no podemos regañarles porque nos tienen amenazados. Y cuando despertamos, la calle amanece llena de colillas, de latas de cerveza…

Yo lo que me pregunto es de dónde sacan el dinero para jugar todas las noches, porque luego hay que verlas en las tiendas… Hay

una habitual, que la llaman «La Pacolla», que solo compra de fiao, porque no tiene ni un duro, pero allí se gastan todos los días veinte y treinta euros.

Todas las noche juegan, mire usted; no descansan ni un día. Tienen un vicio increíble. Y cuando llega el sábado, están toda la noche; se beben sus cubatas, se emborrachan… Los que ganan se ponen a cantar, los que pierden a discutir…; y nosotros, mientras, toda la noche escuchando: «¡Parejita de ocho; parejita de dos; los dos cincos!».

Esto es una locura; aquí los vecinos estamos malos de los nervios. Mi marido es guardia de seguridad, entra a las cinco de la mañana y llega casi todos los días sin dormir.

Son personas *ruineras*…, muy agresivas, a las que no les importa meterse en peleas. Les hemos hablado por las buenas; les hemos pedido que no digan palabrotas, que hay niños. Que con su dinero hagan lo que quieran, pero que no metan ruido.

Cuando les queda un número, eso es para echarse a temblar… Si les queda el cincuenta y ocho, por ejemplo, dicen: «¡Me queda el *picoleto*! ¡¡Échame los civiles, los civiles!!».

Espere un momento, Macarena, que si acerco el auricular los escucha.

Mezclado con el ruido de la calle, pudimos oír una voz lejana que iba cantando los números…

—¡Cincuenta y tres, cinco, tres! ¡Sesenta: seis, cero! ¡Ochenta y seis: ocho, seis…! ¡¡¡Línea…, han cantado línea!!!

¿Los oye? Ha cantado línea, ¡un niño de once años ha cantado línea! Y ¡poniendo su dinero, claro, que él lo pone como todo el mundo!

Esto es un sinvivir. A ver si alguien se hace cargo de nosotros.

Acerca otra vez el teléfono a la ventana.

—Setenta y nueve, siete, nueve; cuarenta y dos, cuatro, dos…
¿Se escucha? Ya lo han oído, solo he tenido que abrir la ventana.
Esto… no es ni más ni menos que un escándalo.

Fue en ese momento cuando Juanma Frasquet, que pese a llevar años en la madrugada nunca ha perdido su sentido del humor, puso la canción de Rafael… «¡Escándalo…, es un escándalo!…».

Qué hace una chica como tú a un volumen como este

Dicen que el ego de un periodista de radio subiría hasta extremos insospechables si pudiera escucharse por la radio al mismo tiempo que hablarle a su audiencia.

Aquella noche yo lo hice… Si le soy sincera, lo que sentí fue bastante apuro.

Sevilla… Buenas noches.

Mira, me he visto obligada a llamaros por teléfono, porque, yo no sé por qué narices, desde hace quince minutos vuestro programa está sonando en la calle a un volumen terrible. ¡A mí ya me han despertado a una niña! Repito: desde hace diez minutos tu programa suena en una calle de Sevilla, enfrente de la Cartuja.

Voy a abrir la ventana de mi cuarto. ¡Por favor, habla para que te escuches, que si estamos las dos calladas no se oye!

Entonces yo empecé a decir con voz solemne: «Pido por favor a la persona que tiene el programa Hablar por hablar *sonando a todo volumen que lo baje, que hay gente que no quiere oír la radio a estas horas y duerme».*

Gracias al retardo de sonido podía escuchar cada una de las palabras que yo pronunciaba.

Tu programa será muy bueno y todo eso, pero yo a estas horas duermo y mis hijas, que son pequeñas, también.

Trataba de hacerlo cuando, de repente, empiezo a oír voces y voces que cuentan historias y que no callan…, que ríen y lloran, que preguntan y afirman, hasta que me doy cuenta de que dicen el número de teléfono, y me digo: ¡llama!

No sé de dónde viene, si de un piso, de un coche…, pero esto es en directo, ¡alguien lo tiene que tener puesto!

A todo esto, ¿le he dicho que eran las tres menos veinte de la mañana?

Yo he llamado para que ustedes lo dijeran por antena y aquella persona que no tiene respeto por el descanso ajeno se sintiera un poco mal.

Disculpe, la voy a dejar ya porque, usted lo ha oído, ¿no?, voy a intentar dormir. Me siento muy mal por haber llamado, pero es que se están pasando. Un momento por una broma, vale, pero más…, no.

Ha sido usted muy resuelta, yo comprendo su enfado y le pido perdón por la parte que nos toca.

No, mujer, usted no tiene la culpa.

Quién sabe si a la mañana siguiente la vecina se cruzó en la escalera con nuestra ojerosa amiga y le contó que soñó que hablaba por la radio.

Nosotros y la tecnología…

«Queda prohibido no sonreír a los problemas, no luchar por lo que quieres, abandonarlo todo por miedo».

PABLO NERUDA

Nosotros y la tecnología…

En el Hablar por hablar de Gemma Nierga, Internet sonaba a ciencia ficción. ¿Quién nos iba a decir entonces que Facebook nos informaría, con fotos y vídeos, de cada uno de los movimientos de nuestros amigos o que se convertiría en una fuerte arma política? ¿Quién nos iba a explicar que Twitter, la red social de mensajes cortos que en 2012 alcanzaba los cien millones de seguidores activos, sería capaz de contamos, casi en el acto, el nacimiento de un bebé o la represión que sufren los ciudadanos de regímenes corruptos?

En mayo de 2011 supimos de la captura y muerte del «malo, malísimo» de nuestros días, Bin Laden, por Twitter. En ciento cuarenta caracteres un paquistaní daba la noticia al mundo, sin saber lo que estaba contando.

Los hashtags (etiquetas que agrupan términos en Twitter) o los trending topics *(temas de mayor audiencia en las redes sociales) forman parte ya de nuestro lenguaje. Y otros menos amables, como scammer, que hace referencia al delito tecnológico, o* grooming, *el acoso sexual de menores en la Red.*

La red de Internet tiene su propio día mundial: el 17 de mayo.

El correo electrónico, las redes sociales desde el mismo teléfono, nos permiten relacionarnos con otras personas sin necesidad de estar físicamente presentes. Pero, pese a que parece que nos hemos adaptado a esa cercanía, a veces reaccionamos de manera torpe a las muchas situaciones que se producen en nuestro entorno digital.

Hace más de una década, Mara Torres decidió incorporar una nueva herramienta de comunicación al programa: un chat. Por aquel entonces

había pocas experiencias en las que fijarse. Los programas de radio lo utilizaban solo para momentos puntuales: entrevistas o debates; pero nadie —que sepamos— lo había incorporado de principio a fin en su escaleta.

Lo que comenzó como un experimento pronto se convirtió en el corazón palpitante de la noche, permitiendo ampliar todavía más el grado de participación del oyente. Fue así como nacieron los «chatines», nombre que ellos mismos eligieron.

Después vendría la participación en Facebook y Twitter, herramientas que han conseguido acercar todavía más al oyente a su programa de radio.

La caravana de Babel

Yo llamaba porque tenemos aquí un problema grave.

Nosotros nos dedicamos al mundo de la feria y dormimos en la caravana. Somos siete personas de varias nacionalidades: yo soy español, hay un colombiano, un boliviano, dos paraguayos, un búlgaro y un rumano. No veas tú el follón que hay aquí liado.

Trabajamos en un bar de estos que se quitan y se ponen en las ferias, desde las once de la mañana hasta la una y media o dos de la madrugada. Quitando el mediodía, que tenemos una horilla para ducharnos y echar la siesta, lo demás es trabajar. Y estamos locos por descansar.

Todo marchaba muy bien hasta que al búlgaro le dio por comprarse un ordenador. Cosa que es muy lícita, pero no veas cómo está con él… Le pegan una paliza al chiquillo que tiene y no se pone como se pone cuando le tocan su portátil.

Un día, el colombiano y el rumano le escondieron el ordenador para gastarle una broma. ¡Cómo se puso! Le dio por sacar todas las maletas y tirarlas a la calle.

Llevamos fuera de casa desde abril, desde que empezó la Feria de Sevilla, y somos una familia. Nos hemos llevado muy bien hasta que se compró el aparato. Cuando llega la noche, no deja dormir al resto.

Ahora mismo acaba de irse a la calle con el chisme, dándole al botoncito.

La ducha la tenemos fuera. Somos siete y, claro, entramos y salimos… Pues cada vez que ve el carromato abierto, hay follón.

Chiquilla, aquí cada uno es de una raza y esto va a convertirse en una guerra, aquí se va a formar una gorda cualquier día… Y todo por el ordenador.

En una ocasión, de lo enfadado que estaba, me tiró de la cama. Si en vez de a mí, que soy pacífico, se lo hace al colombiano…

No sabemos qué hacer con él: no lo vamos a echar de aquí, porque no tiene adonde ir, pero ganas no faltan.

A mí el ordenador es que ni me interesa. A veces pienso que se ha enamorado. Pero te voy a decir una cosa: feo es un huevo, ¿eh? Feo es muy feo. ¡Uf, es feo hasta de espaldas! Y con el castellano tampoco se maneja muy bien la criatura. A mí me habían dicho que eso enganchaba mucho, pero no pensaba que tanto. Cuando acabamos, trinca el instrumento y está ¡hasta las seis o siete de la mañana!

La mitad de los días, cuando me levanto, lo veo acostado vestido, con los zapatos puestos, porque no le da tiempo ni a quitárselos.

Se está dejando, y todo por culpa del ordenador. Se está haciendo daño y nos lo está haciendo a nosotros.

Lo que no han logrado separar las barreras culturales se está encargando de hacerlo Internet.

Mi hija en Tuenti

Soy taxista y no he tenido más remedio que trabajar de noche. Este es un programa que me tranquiliza. Ayudáis mucho más de lo que os podéis imaginar.

Tengo cuarenta y cuatro años. En tiempos de la Movida madrileña estuve metido en el infierno de la droga y, gracias a mi esfuerzo —y a un programa terapéutico muy serio y muy fiable—, empecé a cambiar mi estilo de vida.

En aquella época tuve una hija y hace como cosa de seis meses contacté con ella gracias a una red social. Ella va a hacer ahora veinticuatro años. Yo pensaba que me iba a ignorar o que no iba a querer saber nada de mí, pero ha sido todo lo contrario.

El problema es lo compleja que es para mí la relación con mi hija. No sé cómo darle cariño. Necesito contarle muchas cosas de mi vida, de mi pasado, pero ha venido a decirme que no quiere.

La historia es un poco *heavy*.

Fue a través de Tuenti. Mi pareja tiene un hijo con el que me llevo fenomenal. Él fue quien la localizó. En una ocasión en la que estaban conectados, me dije: ahora o nunca. Lo que hice fue transmitirle una serie de referencias que solo ella y yo conocíamos, como: tu abuela hizo esto…, a tu madre le gusta aquello…, y otras personales.

Quedamos en una zona de Madrid. Me sorprendió mi reacción: no lloré, me quedé muy bloqueado. Ella me dio un abrazo inmenso y yo le correspondí.

Es ya una mujer, y guapísima. Yo la adoro, la quiero muchísimo,

pero me da mucho miedo su seguridad, tiene muy claro lo que quiere.

Hablo con ella todos los días. La madre no sabe nada.

Tuenti es una red social española dirigida a la población joven que permite al usuario crear su propio perfil, subir fotos y estar en contacto con otros jóvenes, y que aquel día cambió su vida para siempre.

Mi hermana en Facebook

La tecnología muchas veces incrementa el nivel emocional de las relaciones, debido probablemente a la falta de cercanía física. Leticia supo por Facebook que su hermana quería conocerla.

Tengo veinticuatro años, mis padres se separaron al año de nacer yo y nunca he tenido relación con mi padre, nunca.

Hace unos meses me agregó una hermanastra en una red social —porque mi padre se casó con otra mujer y tuvo una hija—. Desde entonces estoy recibiendo mensajes de esta chica, que tiene diecisiete años y vive con mi padre.

Mensajes como: «Necesito verte»; «Te voy a querer mucho»; «Recuerda que somos hermanas»… Yo no la considero mi hermana, aunque llevemos la misma sangre. Creo que la vi una vez cuando era pequeña, en el cumpleaños de alguna prima mía, pero diez minutos. Y lo único que pienso es que mi padre sí que ha estado con ella todos estos años… y a mí no me ha querido nunca.

Y ahora me encuentro con que esta chica quiere verme y me dice que me quiere… Quizá soy una mala persona, pero no siento nada por ella, no la considero de mi familia.

Dice que su padre le habla mucho de mí, que siempre ha tenido conocimiento de mi existencia. Hasta hace unos años vivíamos en el mismo barrio, yo me encontraba por la calle con mi padre y él se cruzaba de acera para no saludarme.

Quizá debería probar, por verla no pierdo nada. Pero tampoco

me gustaría hacerle daño, echarle cosas en cara. Como, por ejemplo, que con ella ha estado mi padre toda la vida… Y eso que a él no le guardo rencor, porque ni siquiera se lo merece. Para mí es un desconocido que un día tuvo una relación con mi madre y ya está.

Por desgracia tengo su apellido, y si puedo lo solucionaré muy pronto. De momento me cuesta pensar que este encuentro ha sido fruto de la casualidad.

Amor al estilo 419

Yo estoy inscrita en una página de contactos muy conocida, que se anuncia en televisión.

Una tarde estaba conectada y me abrió un Messenger un hombre de Nueva York. Me entró curiosidad y contesté con mi poquito de inglés. Ese mismo día empezamos una bonita amistad virtual.

Se presentó como un atractivo viudo de cincuenta años de edad y padre de un *angelito* de diez, llamado Tommy.

Era muy guapetón. Las fotos que me enviaba, vestido con traje de campaña, daban fe de ello. Estaba destinado en Irak, vivía en la base militar y ostentaba un alto cargo en el Ejército americano, y era muy correcto y educado.

Llegó un momento en el que los *emails* que recibía comenzaron a ser cada vez más largos.

Fue en la tercera cita virtual cuando me confesó que el niño le había dicho que me quería y que estaba muy contento de que papá tuviera novia. Dos días después, en una nueva conexión, me informó de que el niño me llamaba «mamá» y que siempre preguntaba por mí.

Una semana tardó en decirme que este verano vendría a verme a Alicante.

Recibía sus mensajes con ilusión, pero también con algo de cautela. Así estuvimos un mes.

Un día me llegó un *email* que ya me había enviado hacía dos días. Ese fue su primer error. Me pidió perdón, alegando que no se

había dado cuenta, pero ahí fue cuando empecé a mosquearme.

A cualquier hora que yo me conectara, él estaba allí, pero me aseguraba que por motivos de seguridad no le estaba permitido usar la cámara del ordenador ni el teléfono móvil.

Le dije que me iba de vacaciones y no tardó mucho en pedirme un favor para el chico, que estaba de viaje de estudios en Ghana y necesitaba dinero. Me extrañó que un niño tan pequeño viajara a África con la escuela, pero accedí.

—¿Qué tal setecientos cincuenta euros?

No lo pensé y le contesté:

—Sin problema.

Él, que en tantas ocasiones me había dicho «te quiero», me confesó que me iba a amar durante toda la vida.

Sinceramente, a esas alturas ya sabía que alguien estaba intentando timarme, pero tenía miedo de que me enviara un *troyano*, un virus que me destrozara el equipo, y le contesté que yo también le amaría siempre.

Fíjate si *el amor* que nos teníamos era grande que se lo pensó mejor y añadió:

—Casi mejor me mandas mil doscientos euros. ¿Podrías?

—¿A quién? ¿A ti? —pregunté.

¡No, no, a mí no! —respondió—. A Tommy.

Según me llegaron los datos de una empresa de envío de dinero con nombre africano, me encendí un cigarro y, con la primera calada, le bloqueé el correo y borré las fotos. Fotos de una historia idílica: un hombre de uniforme planchado, destinado a un territorio en conflicto armado, un *chalecito monísimo* de típica construcción americana y un dócil niño rubio practicando deporte.

Toda la historia se fue a la papelera de reciclaje; tardó menos en desaparecer que el humo que dejaba suspendido en el aire mi cigarro.

Miré la pantalla y me pareció territorio devastado.

Quién sabe…, quizá mi teniente coronel eran varias personas.

Ese fue el momento en el que despertó, y todos nosotros con

ella, de su particular novela rosa del siglo XXI.

En el mundo virtual, al igual que en el real, conviene caminar con cautela: cuando algo suena demasiado bueno para ser verdad, probablemente no lo sea.

A los pocos minutos llamó Silvia.

Oyendo lo que acabo de oír, tenía que llamar.

He trabajado mucho tiempo en locutorios, me relacioné con algunas personas y, como aprendí un poquito de inglés, supe a qué se dedicaban.

Yo veía que pasaban mucho tiempo en el ordenador y empecé a sospechar.

Por lo visto se inventan todo tipo de historias: que están destinados fuera, que están realizando un proyecto en África —por ejemplo, un colegio—, que se quedan cortos de dinero…

Camelan, casi siempre, al mismo tipo de mujeres: las que tienen entre cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años… Las enamoran.

Se organizan en grupos: varios chicos y chicas que se intercambian las direcciones de correo electrónico de las víctimas. Ellos mismos me lo contaban. ¡Uno hasta mandaba flores por San Valentín!

Recuerdo el caso de una mujer americana, de mediana edad y con mucho dinero, que le llegó a enviar a un chico unos 100.000 euros.

Ella creía que se trataba de un europeo, blanco, con melenas, de cincuenta años, porque así era la fotografía que el nigeriano negro, de veinte, le envió por Internet.

Tienen contactos en otros países y van a medias.

Yo me pregunto: ¿de dónde se sacan estos las historias que se inventan?

Yo los tengo bien *calaos* desde hace mucho tiempo.

Este principio de siglo ha traído a nuestros correos electrónicos una nueva generación de estafas en Internet, tan sofisticadas que los investigadores

califican a sus creadores de artistas del timo: conocen a sus víctimas en páginas de citas, empleo o subastas, utilizan identidades falsas y emplean meses en ganarse su confianza.

En países como Nigeria, estas estafas son tan frecuentes que tienen un nombre: «fraude 419», llamado así por el artículo de la ley nigeriana que los describe. Y es que ya no solo prometen dinero fácil o un trabajo más apasionante. Tal y como nos contó nuestra amiga aquella madrugada, le prometieron lo único que le faltaba a su vida: el amor.

Cuidado con quién chateas

Quiero que tome nota la gente que chatea de lo que voy a contar ahora.

Soy un hombre divorciado hace muchos años que tengo amigas en el chat. En Colombia, Venezuela, España…, en todos los sitios.

En el mes de enero, con el año nuevo, conocí a una chica de Alicante. Estuvimos un tiempo hablando y quedamos en conocernos pronto.

Unos meses más tarde se presentaron en mi casa tres agentes de la Policía Judicial vestidos de paisano. Me enseñaron una placa y me dijeron que me tenía que ir con ellos a comisaría porque estaba detenido. ¡Detenido! ¡Ni que fuera yo De Juana Chaos!

La mujer, que acababa de conocer, me denunciaba por haberle mandado mensajes de texto con contenido obsceno.

Yo me pregunto qué hay de obsceno en escribir «vamos a chupar esto», «vamos a echar…». Bueno, ¡cosas que ella también me escribió a mí!

El caso es que tuve que ir a declarar. Me tuvieron esperando una hora y pico. Una vez dentro me preguntó el policía:

—¿Es usted fulano de tal, con carné número tal, tal…?

—Efectivamente, soy yo.

—¿Usted le puso en un mensaje a la señora tal esto y lo otro…?

Y de nuevo respondí:

—Sí, pero porque fue ella la que se dirigió a mí con esas palabras subidas de tono. Habíamos quedado en hacer el amor el fin de semana y…

Sin dejarme terminar, va el tío, se levanta sin ton ni son, me mete en un cuarto y me hincha a hostias. ¡Un policía judicial me hincha a hostias! Y me dice:

—¿Tú no sabes que esa es mi mujer?

—¡¡Y yo qué culpa tengo de que sea tu mujer!! ¡Ella te está engañando a ti y me está engañando a mí!

La cuestión es que me redujeron entre tres y el supuesto marido me *curró*, mientras yo gritaba.

Cuando todo acabó, fui al juzgado y les puse una denuncia.

Ahora la misma mujer me manda mensajes pidiéndome perdón. Dice que ya no está con él. Después del daño que me ha hecho, quiere que lo olvide todo.

Estoy grabando lo que me manda, para presentarlo en el juicio. Se puede imaginar el mosqueo que tengo encima. Yo, que he estudiado Derecho, que soy un trabajador, un ciudadano normal.

A esta mujer la conocí en un chat especializado. Me dijo que estaba sola, que era viuda y me dio su número de móvil. Ya he dado aviso del tipo de persona que es.

Tengo muy claro que a él no voy a quitarle la denuncia, porque a mí nunca me había pegado nadie en la vida, ni siquiera mi padre. He tenido una buena educación: he estado en los Salesianos ocho años, estudié Derecho y Arquitectura…, y, solo por eso, a mí no me pega nadie.

La IP

Mi marido y yo estamos en un buen lío. En la línea IP de nuestro ordenador se ha metido un *hacker* y ha estafado a una empresa de Valencia casi cinco mil euros. Nos llegó una carta judicial diciendo que teníamos que ir a declarar porque estábamos acusados. Estamos tratando de defendernos con un abogado de oficio, porque no podemos permitirnos uno privado: estamos pagando hipoteca y tenemos niños.

Aunque sé que no hemos hecho nada, estoy cagada de miedo.

Hacía dos meses que nos había regalado una cuñada mía un portátil de segunda mano, para que la niña fuese aprendiendo. Mi marido no sabe cómo utilizarlo y yo poco: llego a meterme en el Messenger, en Facebook, en Google para consultar alguna cosa, pero no mucho más.

Alguien ha hecho de mula, una chica rumana, por lo visto… Hacer de mula significa que recogió ese dinero y lo metió en su cuenta bancaria. Luego lo sacó, se quedó con un tanto por ciento y el resto lo ingresó en la de los estafadores.

La abogada está intentado conseguirnos un perito informático que no nos cobre, porque para hacerme un certificado que asegure que he sido víctima de un *hacker* —de un pirata informático— nos piden mil y pico euros.

Yo jamás en la vida había oído nada parecido. Todo esto me suena a ciencia ficción. Una mala pesadilla.

Nosotros somos trabajadores, nos dedicamos a nuestra casa, nuestros hijos.

Nadie en ningún momento nos ha intervenido el ordenador. Ni siquiera ha venido la Policía a casa. Simplemente basan la acusación en la coincidencia de la línea IP del ordenador.

Estoy dispuesta a darles lo que me pidan: mi ordenador, mis cuentas bancarias…, lo que haga falta. Pero no me lo han pedido en ningún momento.

Yo creo que nos quieren usar como cabeza de turco porque no encuentran a los verdaderos ladrones… Hasta ahora ni sabía qué era una IP, ni sabía que tuviera una.

*La dirección IP (*Internet Protocol*, en inglés) es el número de identificación que posee cada ordenador. Está compuesta por cuatro combinaciones de números. En conjunto, junto con la hora y la fecha, puede ser utilizada, por ejemplo, por las autoridades para saber el lugar de origen de una conexión.*

Un desalmado utilizó un sofisticado sistema con el que consiguió duplicar la IP de Mari Carmen y cometer la estafa.

Atravesamos una época de grandes descubrimientos. Aquella noche supimos que, al igual que cerramos la puerta de casa al salir, de ahora en adelante nos cuidaríamos de blindar con contraseña nuestra intimidad en el espacio virtual.

Internet y las amistades peligrosas

Hace unos meses mi única hija, de doce años de edad, empezó a mostrar una gran dependencia del ordenador. Era llegar a casa, soltar la cartera e ir corriendo a abrir Internet. El sonido que hace el Tuenti era constante, lo oíamos incluso a media noche.

Empezamos a seguir sus pasos y descubrimos que mantenía contacto con un chico de veinte años que vive en el hostal que hay cerca de nuestra casa.

Fue una compañera suya la que me dijo que «tenía novio». Una tarde que la niña volvía a casa sola me presenté por sorpresa en la puerta del colegio… y no estaba. A mi marido y a mí casi nos dio un infarto buscándola; pensando en todas las cosas terribles que les ocurren a algunas niñas hoy en día. Llamamos a la Guardia Civil y a la hora y media apareció diciendo que se había entretenido por el camino. Nunca nos dijo dónde había estado ni qué había hecho todo ese tiempo; le cogí el móvil y, después de leerle los mensajes, me fui al cuartel a denunciar a ese chico. Eran las doce de la noche y no querían abrirme la puerta. El cabo de guardia insistía en que debía asegurarme; que a lo mejor eran solo amigos; que si la niña había ido con él de forma voluntaria no había ningún delito; y que esperara al día siguiente y me fuera a Asuntos Sociales.

Pero yo no podía esperar, estaba muy nerviosa, y le pedí que todo eso me lo diera por escrito. Entonces me abrió y me dejó entrar. Pero dentro me encontré más de lo mismo: que si no había pruebas no había delito y, por lo tanto, no iban a detener a nadie. Empezaba a molestarme el tono de la conversación y en un

momento dado tuve que llamarle la atención y decirle que tuviera sensibilidad, porque me daba la sensación de que se estaba riendo de mí hablándome como si estuviera loca.

Le pasé el móvil de mi hija con los mensajes que había recibido de ese chico y entonces cambió de actitud. Los mensajes eran entre sexuales y homicidas…, muy fuertes.

Esa misma noche, a las tres de la madrugada, fueron al hostal y lo detuvieron. Por la mañana testificamos ante el juez, el fiscal de menores, el abogado y él…, que cuando entró en la sala miró a la niña con cara de asesino, con gesto desafiante. Le pusieron una orden de alejamiento de un kilómetro, pero a mi hija no la examinó nadie.

Hoy la niña tenía clases, así que su padre y yo hemos ido a la puerta del colegio y nos hemos encontrado que, de nuevo, él estaba ahí, esperándola. Entre mi marido, mi yerno y yo le hemos retenido hasta que ha llegado la Policía.

Y la niña, porque es una niña, sigue pensando que es su novio virtual; a veces está como ausente y otras reta con la mirada a todo el mundo; pero se está portando fenomenal en todos los sentidos. Habla con normalidad de todo menos de esto. Da la impresión de que se ha liberado.

Nos contó el dueño del hostal que este chico estaba siempre encerrado en la habitación con el ordenador, de día y de noche. Está claro que es un demente; pero en el fondo, y muy a mi pesar, siento lástima. Me dicen que me preocupe de lo mío, que encima no me sienta culpable; pero… yo le he visto la cara y la verdad es que parece un enfermo mental. Me da hasta pena… Yo no sé ni lo que me pasa, de verdad.

De momento a ella le hemos quitado el ordenador y el móvil; y yo, que he sido fumadora, entiendo su dependencia.

Desde que empezó todo esto no puedo dormir, pensando en lo que podría haber pasado si no llegamos a tiempo.

No creo que pueda superar la hora y media de angustia que pasé buscando a mi hija.

Mamá, quiero ser chica *webcam*

A la protagonista de esta historia yo me la imagino disfrazada de caperucita roja, con falda muy corta y enorme escote bajo su capita. En una mano, una taza de café; en la otra, su teléfono móvil última generación. Tiene el ordenador encendido, porque está en sus minutos de descanso como «chica webcam».

Aquella noche nos contó aquello que ni la familia ni los clientes quieren escuchar.

Llevaba varios meses en paro y me animé a ser «chica *webcam*».

Es sencillo: instalas en tu ordenador una cámara y te conectas las horas que tengas estipuladas.

Puedes hacer un *show*, un *striptease* o simplemente hablar con los usuarios. No se trata solo de ponerte delante de la pantalla y *enseñar*, porque no todos buscan masturbarse contigo.

La cuestión es que se lo conté a mi pareja, de la manera más normal posible para que lo entendiera. Le dije que era algo provisional, que iba a ahorrar un dinero para estudiar, porque la verdad es que se puede ganar mucho.

No lo entendió y la relación se ha acabado.

Lo que más me duele es que, haga o no haga esto, soy la misma persona. Un personaje cuando trabajo. La misma de siempre cuando estoy con él. Si hubiese sido al contrario, al principio me dolería pero acabaría entendiéndolo, porque he aprendido a respetar y a comprender.

La verdad es que me va muy bien como chica *webcam*. Te encuentras con gente de todo tipo, te preguntan de dónde eres, te cuentan cosas… Nosotras ponemos el límite, que quede muy claro, y fuera de ahí no tenemos ningún contacto con el usuario.

Las primeras veces me daba miedo encontrarme con alguien conocido, pero es difícil que te reconozcan, la identidad la llevamos oculta: usamos máscaras, gafas, pelucas, maquillaje excesivo… Yo cuando me miro en el espejo ni me reconozco; me veo tan guapa y tan *sexy*…

En general nunca me piden que haga cosas que no quiero hacer; solo una vez un hombre me pidió que me pusiera un tampón para él y no lo hice.

Esta llamada me produjo una curiosidad enorme. Me metí en un foro de Internet y escribí: «Hola, quiero ser chica webcam».

La solidaridad de la red no se hizo esperar y «Sarah ardiente» me envió un link muy interesante que, resumido, decía así:

Ventajas y desventajas de trabajar como *web-camer*.

Ventajas: se trata de un trabajo compatible con otros empleos o estudios. Una de las pocas profesiones que permite que trabajes desde cualquier sitio que disponga de conexión a Internet, y lo mejor es que eres tu propio jefe y puedes conectarte cuanto y cuando quieras.

Inconvenientes: dependen mucho de la personalidad y la situación de cada una. A algunas les da vergüenza enseñar cómo se masturban; a otras les encanta y lo hacen con la mayor naturalidad. Pero para la mayoría el máximo inconveniente es poder encontrarse con algún conocido.

Recuerda que para trabajar debes tener por lo menos dieciocho años, muchas ganas y disponer de un ordenador conectado a Internet, una *webcam* que emita con buena calidad de imagen, un micrófono para poder hablar y un *sponsor* que te consiga usuarios y gestione el cobro al cliente.

Es muy importante que te diferencies del resto, que seas creativa con tus disfraces, que sitúes la cámara en lugares originales y que trates a los usuarios de tu chat con mucho cariño.

¡*Mucha suerte, chica* webcam…!

Su secreto

«¡Hundirse en la noche! Así como a veces se sumerge la cabeza en el pecho para reflexionar, sumergirse por completo en la noche. Alrededor duermen, los hombres. Y tú velas, eres uno de los vigías, hallas al prójimo agitando el leño encendido que cogiste del montón de astillas, junto a ti. ¿Por qué velas? Alguien tiene que velar, se ha dicho. Alguien tiene que estar ahí».

De noche, FRANK KAFKA

Por qué nos cuentan sus secretos es un misterio, pero lo cierto es que lo hacen y con sus confesiones nos convierten en cómplices de algo muy especial: su secreto.

De lo que ya no se habla

Voy a contar una experiencia muy desagradable que viví hace mucho, en tiempos de Franco.

Hace treinta y seis años me quedé embarazada. Estaba soltera y en aquella época eso era una vergüenza para la familia, así que me mandaron lejos. Para mis allegados, yo estaba en Francia estudiando francés.

Una religiosa me recogió en el aeropuerto y me llevó a Sevilla custodiada. Yo tenía dieciocho años.

El lugar era terrible. Oscuro y siniestro. Eran religiosas pero no llevaban hábito. Había chicas de todas partes de España. Todas embarazadas. Algunas a punto de dar a luz, a las cuales hacían bajar las escaleras de pompis para adelantar el parto.

Todas las noches venían esas señoras que nos cuidaban a comernos el coco; a decirnos que teníamos que darles el niño, que debíamos firmar un papel renunciando a nuestro hijo.

Nos contaban cómo los padres adoptivos pagaban la clínica; cómo daríamos a luz dormidas, y así no veríamos nunca a la criatura; y que además nos premiarían cosiéndonos «el punto de la virginidad», para que todo «volviera a su sitio». Así nos daban una nueva oportunidad para empezar de nuevo.

Casi todas lloraban… Unas embarazadas de seis meses, otras de siete.

Nos hacían estudiar francés a la fuerza. Nos obligaban a limpiar la casa.

Un día, fregando el suelo de rodillas, oí a un matrimonio que

estaba en el despacho de la directora.

—Y la nueva ¿deja al niño o no lo deja…?

Y la directora le contestó:

—Como todas al principio. Está siendo un poco reacia, pero ese niño es para ustedes. —Y empezaron a hablar de las condiciones.

En ese mismo momento reaccioné y decidí escaparme… Vivíamos entre rejas, pero lo conseguí.

Sabía que la única vez que abrían la cancela era cuando venía el panadero, a las cinco de la mañana, cuando se oían risas y entraba a tomar café.

Aproveché. Salí…, corrí por la carretera de la sierra. Corrí, corrí, corrí… hasta que conseguí meterme en un tren de carga y así llegué a Madrid. Allí llamé por teléfono y me mandaron un pasaje de Iberia. Me vine para acá y me escondí en casa de una amiga, hasta que lo descubrió mi familia. Ante la presión, no tuve más remedio que volver con ellos.

A veces miro a mi hijo, que es un caballero de los pies a cabeza con su carrera terminada, y me digo: «Dios mío, qué poquito, qué poquito faltó…».

Nunca le he contado a él esta historia. No puedo. Su padre es una persona muy conocida en España y no quiero hacerle ese daño. Me casé con un hombre que lo reconoció como hijo suyo, que me pidió que nunca dijera nada. Vivo con esa prohibición dentro de mí… y ese dolor. Si lo cuento, destruyo mi familia, lo destruyo a él, a mis hermanos y a mi madre.

No oigo a nadie hablar de ese lugar terrible. Han pasado treinta y seis años y todavía tengo el dolor dentro. Me pregunto: ¿cuántas dieron a sus hijos?

Era la época de Franco. Yo, menor de edad, porque entonces la mayoría era con veintiuno. Las mujeres no pintábamos nada. Mis padres, que tenían mucho poder económico, querían adoptar a mi hijo y que llevara su apellido, como si fuese mi hermano. Me dieron un libro verde, porque si no te casabas no tenías derecho al Libro de Familia, solo a uno de filiación.

De esta parte de la historia de nuestra España ya no se habla.

Espero que no me reconozcan la voz.

La vida que me robaron

Quizá esta confesión llegue un poco tarde.

Yo tuve mi primera hija hace cuarenta y un años. Entonces tenía veinte.

Cuando llegamos al hospital, a mi esposo le dijeron: «Márchate, no te preocupes, es primeriza, la cosa irá despacio». Y, bueno, allí estuve batallando toda la noche. Al final me hicieron una cesárea; parece ser que tuve una niña, de bajo peso, que se llevaron a la incubadora.

Yo no sospeché nada. Me pidieron permiso para analizar mi leche. Era muy buena, tenía mucha. Y me pidieron si, además de a mi hija, podía alimentar a otra que había nacido ese mismo día y cuya madre había fallecido.

Mi marido y yo íbamos constantemente a la incubadora a verla. Cuando la llevaron al nido y la pusieron en la cunita, yo empecé a fijarme en otra niña. Le decía a mi marido: «Mira esa, también parece mía…». Y él estaba de acuerdo, se parecían muchísimo. Siempre la visitaba un matrimonio de mediana edad. Nunca supe si eran sus padres, quizá fuesen abuelos jóvenes… Lo cierto es que eran raros, tenían algo que no sé explicar.

Un día me trajeron a la otra niña por error. Eran tan iguales… Pero yo noté que no era la que yo tenía por mi hija. Y lo comenté con mi esposo. La enfermera nos oyó y nos llamó la atención por el comentario asegurando que podía perjudicar a otras personas y al hospital. Pero al mirar la muñequita de la otra niña, se dieron cuenta de que se habían equivocado.

Yo nunca pensé que me habían robado una niña, tampoco que quizá había tenido dos…, pero cada vez que la miraba sentía que me llamaba.

Cuando salí del hospital, yo sabía —y se lo decía a mi marido— que me dejaba algo.

Pasaron los años, tuve otro hijo y luego gemelos.

Un día, la mayor, Rosa —la que yo considero que tiene una hermana—, me contó que le había ocurrido algo muy extraño. Iba por la calle cuando un chico salió a su encuentro llamándola por otro nombre: Laura; insistía que estaba de broma, que no podía ser otra persona que Laura y que el parecido era increíble. Insistió tanto el joven que tuvo que ponerse seria para que la dejara marcharse. Entonces se lo conté todo.

A los pocos años volvieron a confundirla con otra persona, en las calles de Madrid.

Siempre hemos tenido eso dentro, lo hemos contado poco, a algún amigo…; y cuando hemos visto algún programa, yo me he sentido fatal.

Lo único que me consuela es que tenían buena pinta esas personas.

Yo enfermé de cáncer, me dieron tres meses de vida; después de un segundo cáncer —que el primero no pudo conmigo—, sigo pasando mucha pena por lo que pasó.

Puede que ahora haya alguien que, al oírme, me tache de mala madre que no ha buscado a su hija. Es casi lógico que piense así.

Tengo siete nietos. Pero muchas veces pienso cómo será ella…, si será tan parecida a mi hija. Desde luego aquella niña lo era…

En nuestro país, hasta los años cincuenta, separar a madres de sus hijos era considerado un método más de la represión franquista. A partir de entonces y durante cuarenta años más —hasta los noventa—, el robo de niños se extendió a clínicas de toda España. El drama de los niños robados saltó a la opinión pública en 2008. Tras la aprobación, un año antes, de la Ley de la Memoria Histórica, empezaron a salir a la luz los

casos.

En 2011 más de doscientos afectados presentaron una demanda colectiva ante la Fiscalía General del Estado para que iniciara una investigación e identificara a los responsables de esta trama, dedicada al robo y la venta de criaturas. Los demandantes, ubicados la mayoría en Madrid, Cataluña, Andalucía, Comunidad Valenciana y País Vasco, se agruparon en la Asociación Nacional de Afectados por Adopciones Irregulares (Anadir).

Se descartó que el conjunto de las desapariciones se pudiera atribuir a «una sola organización», por lo que se rechazó la apertura de una investigación nacional, y son las fiscalías provinciales las que analizan caso a caso y desarrollan las investigaciones.

Para la Plataforma de Niños Robados —que agrupa a unas trescientas familias y ha creado una web para ayudar a localizar a los afectados—, el robo de recién nacidos en clínicas de toda España era una trama perfectamente organizada para «compensar» a las familias afines al Régimen y, por lo tanto, debe considerarse un crimen de «lesa humanidad».

La primera persona imputada por el «caso de los niños robados» fue la monja María Gómez Valbuena, conocida como sor Marta, a la que una mujer llamada María Luisa denunció por haberle robado a su hija en marzo de 1982 en la clínica madrileña Santa Cristina.

Sor María murió meses después llevándose su silencio.

Lo que ya no quiere saber nadie

Corrían los años cuarenta. Mis hermanos y yo estábamos muy mal atendidos, abandonados. Mamá había muerto, éramos tres, yo la mayor. Le llevo seis años al pequeño. Ese niño me llamaba mamá.

Un buen día nos vinieron a buscar. A mi hermana y a mí nos sacaron de casa por una puerta y a mi hermano por otra.

Con el tiempo supe que a él lo metieron en un colegio interno y que había llorado tanto, tanto que se quedó dormido y se despertó al día siguiente, llamando a su mamá… Llamándome a mí. Se le rompió el corazón de tal manera que esa criatura no pudo amar a nadie más. Dani siempre pensó que fui yo quien lo abandoné. Años después tuve que explicarle que nos habían separado. Que yo no tenía la posibilidad de salir, de verle.

Aquellos internados eran… duros. Imagine, año cuarenta y tantos. Todos niños huérfanos. Nos tenían allí para trabajar. Allí iba la gente a hacer ejercicios espirituales, y las niñas más trabajadoras, más dispuestas, nos encargábamos de la limpieza. A cambio, una mala sopa; una comida al día. Solo decirles que de allí salió una niña muerta y más de catorce enfermos del pulmón. Yo también estoy enferma.

Con ocho y nueve años, unas tenían que hacer la capilla; las otras, lo demás, como desinfectar las camas, porque nos comían las chinches y los piojos. En una ocasión una tía me llevó un jabón de Peta-Zeta para los piojos y nos lavaron la cabeza, pero eso solo ocurrió una vez.

Una hora de clase por la tarde…, esa era toda la educación que

nos daban las monjas. Nunca, nunca les perdonaré lo que han hecho conmigo.

Bien es cierto que jamás recibí malos ejemplos de ellas, pero comida faltaba toda; el trabajo sobraba, y cultura no me dieron ninguna. A veces iban a vernos mi padre y mi abuela. Cuando se marchaban, nuestro corazón lo hacía con ellos.

Una pena, una soledad.

A los niños no deberían separarlos de la familia, por muy mal que estén…, porque siempre habrá un primo, una tía, alguien que te dé un abrazo y te quiera.

Estuve hasta los diecisiete años allí. Al salir me dieron la cartilla de racionamiento, la ropa que tenía puesta y una mudita, compuesta por una combinación y una braguita. Nada de sujetador, solo una cinta que nos apretaba el pecho para que no se notara, como si nosotras fuéramos monjas, como ellas. Y ni una peseta… Con eso tuve que volver a empezar. Fui directa al hospital, donde estuve años. Una operación tras otra. Y mi hermana…, con una caverna en el pulmón, que no podía ni reírse la pobrecita. Le salía la sangre a borbotones.

A veces pienso en los otros niños. ¿Qué habrá sido de ellos?

Porque estamos en la radio, que si no… En persona podría contarle detalles estremecedores…, pero de esto ya no quiere saber nadie.

Pedro el peón

El otro día vino un hombre buscando un peón al bar de al lado de mi casa y la chica que lo regenta, que es amiga mía, me avisó. Era para Renfe, para el AVE de aquí, de Valladolid. El tipo me dijo que se había jubilado uno, que iba a cobrar mil quinientos euros y que empezaba esa misma tarde.

Me pidió la tarjeta de la Seguridad Social, el DNI y el número de cuenta. Lo único que necesitaba era comprar unos guantes de seguridad, de más de mil quinientos vatios, y unas botas de más de dos mil quinientos vatios.

Me acompañó a una tienda, a dos, a tres, y en la cuarta encontramos los guantes, pero las botas eran de menos de mil quinientos vatios.

Se ofreció a comprármelo todo a través de un amigo. Entre una cosa y otra ya eran las dos de la tarde, y yo a las tres debía empezar a trabajar. Me dijo que me fuera a comer.

Llamó por teléfono a su amigo y, al comprobar que la tienda estaba abierta, me indicó que me fuera a duchar, que le dejara el dinero y que luego, a las dos y media, me recogería.

—¿Cómo te voy a dejar el dinero si te conozco desde hace una hora…? —pregunté.

—Pues cuando lo encuentres me llamas al móvil.

Como estaba tan necesitado le dije:

—Toma el dinero. ¿A qué hora quedamos?

Las botas, ciento sesenta euros y los guantes, unos ochenta. Le di trescientos euros.

¿Los has visto tú, Macarena?

Estuve a las dos y media ahí, me dieron las tres y media, las cuatro… Me fui directamente a una comisaría.

Más que nada lo cuento porque me siento ridículo, tengo cuarenta y dos años. Yo no tenía los trescientos euros, se los pedí a mi madre. Fui a un cajero con ella, delante de él, a por el dinero.

Este tío, este hombre tenía unos sesenta años. Vestía uniforme de RENFE, con un niqui naranja fosforito y pantalón con insignias. Yo creo que las botas había que pedirlas, ¿me explico…? En el mismo día no las encuentras, de eso me he enterado yo después… Total, que me la pegaron.

Quiero denunciarlo, ya lo he hecho en comisaría, pero quiero decirlo por aquí, por la radio, para evitar que le pase a alguien más.

Yo ya me he quedado, bueno, se ha quedado mi madre sin trescientos euros. Estoy desilusionado…, porque después de dos años sin trabajo y con tres hijos, pensé que había tenido mucha suerte.

Nuestro viejo mundo está en minas. Europa está inmersa en una fuerte crisis de endeudamiento: deuda soberana, deuda exterior, deuda interna y deuda privada. Y los ciudadanos durmiendo con ella, despertando con ella, viviendo con ella… Con ella y con su nueva prima, la prima de riesgo. El típico familiar impuesto con el que intentas ser amable pero que sinceramente no te sale.

2012 dejó datos escandalosos hasta la vergüenza. 5.965.400 personas estaban desempleadas. Había 1.833.700 hogares en los que ninguno de sus miembros tenía trabajo.

Con la crisis económica los timos proliferan, hiriendo el orgullo y la autoestima de los que un día se quedaron sin empleo.

El camino más fácil

No sabe lo que está diciendo quien se atreve a asegurar que cuando una persona, por motivos económicos, decide ejercer la prostitución elige el camino más fácil. Puedo asegurar que el dinero que se gana siendo prostituta es un dinero rápido, pero ¡nunca un dinero fácil!

Quise fregar suelos, escaleras, pero no encontré nada; y tuve que vender mi cuerpo durante tres meses. Esta decisión me ha causado una depresión y una gran animadversión hacia el sexo masculino. No soporto a los hombres, me dan asco; lo siento muchísimo por los que me estén escuchando, pero los aborrezco. Soy una mujer joven que ya no puede pensar en el sexo.

Yo tenía muy claro que lo haría solo hasta que encontrara otra cosa, pero no aguantaba más. Me paso el día maldiciendo esos días y esas noches.

No tengo trabajo; no tengo un duro. Pero si me echan del piso, que me echen, y si me cortan la luz, que me la corten. Ya todo me da igual.

Ese no es dinero fácil. Meterse en la cama con una persona que no conoces de nada, pensando «¡venga, mujer, tú puedes. Lo necesitas. Tienes que pagar el piso!» no es fácil. Salir de esa habitación, meterte en un cuarto de baño y ducharte… mientras lloras y te hartas de vomitar… Mirarte al espejo, pintarte y salir con las otras para que el siguiente te elija, como si fueras un borrego… ¿Es eso fácil?, ¿para quién es fácil eso?

Ahora se me acerca un hombre, me dice cualquier cosa y me dan ganas de abofetearlo. No siempre me han tratado mal, porque,

aunque parezca una paradoja, algunos saben que están frente a una persona con un corazoncito y una sensibilidad.

Alguien escribió: «He besado a tantos sapos que ya no creo en príncipes». Así es como me siento yo. Ya no creo en el amor. Ahora mismo para mí no existe. Me han matado el corazón y se ha convertido en ceniza.

Que nadie diga que tomé un camino fácil.

El derecho a saber

Lo mío es una tragedia. El pasado año el 10 de febrero a las cinco y media de la tarde, mi hermano murió atropellado por el metro de Madrid. Habíamos denunciado su desaparición. Dos días más tarde fui al Anatómico Forense y, por desgracia, me encontré con su cuerpo sin vida. Cuando lo hallaron llevaba toda la documentación encima, pero nadie nos informó, nadie.

Desde aquel momento todo es confuso.

Me entregaron la ropa de mi hermano y advertí que estaba llena de pelo de animal. Eso me hace sospechar que quizá tuvo algún problema con los vigilantes de la estación; que le lanzaron al perro y cayó a las vías del tren, el pobre.

Ningún medio de comunicación se ha hecho eco de su muerte.

Todavía no hemos visto la cinta de vídeo de este accidente, crimen o lo que sea, y ya han archivado el caso.

Mi pobre hermano iba en dirección a su trabajo. En el análisis que han hecho de su cuerpo han detectado una tasa muy baja de alcohol. Yo le conocía bien: con una copa o dos no podía estar borracho; y no es posible que se haya lanzado a la vía para suicidarse, porque no tenía motivos.

Hemos conseguido que a su mujer e hijos les den una pensión. Pero yo me siento muy desprotegido, impotente. He venido a este país buscando la ley que no hay en el mío y mi hermano se ha ido. Ruego a todas las personas de buena fe —abogados, periodistas— que me ayuden. Que me ayuden a descubrir la verdad, cómo murió mi hermano. Quiero que se haga justicia.

Estoy viviendo esta tragedia solito, porque era lo único que tenía aquí. A la familia le he dicho que ha muerto de una manera normal.

En mi embajada no me han ayudado mucho. Hablé con la asociación SOS Racismo y me dijeron que este tema tiene que llevarlo un abogado.

Ahora mismo tengo un trabajo precario. Gano unos ochocientos euros para sobrevivir aquí en la ciudad… y no puedo permitirme nada más.

Aunque el caso se ha archivado y es muy difícil abrirlo, yo sé que España es un país democrático. Creo en la democracia, en los derechos humanos y en la justicia. No voy a perder la fe, porque algún día descubriré la verdad. Ese día podré sentirme satisfecho.

El Día de la Madre

La recuerdo cada día de mi vida, y hoy me siento preparada para hablar de mi madre… y del mayor acto de amor que se puede tener con alguien que amas.

Mi madre tenía cáncer. Sufrió una larga enfermedad, su deterioro fue terrible y era consciente de ello.

Una noche, en el hospital, me pidió con el hilillo de voz que le quedaba que le inyectara una sobredosis de morfina para dormirse y lo hice.

Hace ya treinta años de esto… y todos los días recuerdo ese momento. Me acarició el pelo, me dijo que me quería y se durmió.

Me costó mucho tomar esa decisión, hasta que vi su cara de terror mirándose en el espejo, mientras intentaba acariciarse el pelo… Ahí me dije: «Esto se acabó».

El único que sabe lo que ocurrió aquella noche es mi marido. Al principio pienso que no me creyó. Cuando reaccionó me dijo que había cometido un asesinato. Y, poco a poco, fue comprendiendo que se trataba de un acto de humanidad.

Nunca me arrepentí, porque su sufrimiento era terrible. Lo único que me pesa es que, de todos los hermanos, tuviera que ser yo quien tomara esa decisión… Yo, la que más quería a mamá.

Si alguna vez me veo en esa situación, le pediría a mi marido que hiciese conmigo lo mismo que yo hice con ella.

Hoy es el Día de la Madre y quería contarlo.

Mi madre era sincera. Era una mujer maravillosa.

Alegría y sus tristezas

Yo tomo una pastilla para dormir, que hoy parece que no me ha hecho efecto…

Vengo de una familia numerosa, pero yo nunca pude tener hijos; me casé a los veintidós años, mi marido era carnicero. Hace once años se quitó la vida: cerró la despensa por dentro y se colgó donde se cuelgan los jamones.

Me llevaron como sospechosa, y a partir de ese momento dejé de ser yo para ser «aquella de aquel loco…».

Perdí cinco millones de pesetas en el traslado del negocio; siempre me ponían el pero de que «lo había hecho ahí dentro».

Estuve tres años sin salir de casa y padecí la anorexia del sueño; diecinueve meses sin dormir. Por el día solo salía para comprar; y por la noche, de la ansiedad que tenía, guisaba y guisaba sin parar para todo el mundo.

Con el tiempo llegué a convencerme de que mi marido descansó, porque lo había intentado ya otras veces; no pensó en los demás pero fue valiente.

A los tres años y pico empecé a salir algo. Conocí a un señor viudo, y también sin hijos; una persona con la cabeza amueblada, que me escuchaba. Cogemos una *casina* de fin de semana, venimos y lo atropella un coche. Le amputaron una pierna desde arriba. Con cincuenta y cinco años se tuvo que retirar… y le cambió el carácter.

Estoy metida en un pueblo, con un hombre que sufre las consecuencias de su amputación, que padece «dolores fantasma»: le duele la pierna que no tiene. No quiere salir de aquí para nada. Yo

tengo cincuenta y tres años, soy muy habladora, risueña, y además conduzco; la señora más joven que hay en el pueblo tiene setenta y cinco. Pertenezco a Cáritas, ayudo a los demás, pero vivo sin hijos y sin ilusión.

No se lo he dicho pero mi nombre es Alegría, y estas son mis tristezas.

Con el pasado a la espalda

Llevo todo el día pensando en Ana. En la forma que tiene de sonreír con la mirada; nada más verla supe que era ella. Nos conocimos hace una semana en un bar y desde entonces hablamos todos los días, a todas horas. Nos contamos cómo nos ha tratado el día, compartimos canciones, frases de libros que nos han llamado la atención. La verdad es que nos parecemos mucho, y eso me gusta.

Ayer por primera vez charlamos de nosotros y nuestras vidas antes de conocernos. Le hablé de una etapa que tuve y no pareció darle importancia. Pero hoy ha entrado en mi perfil de Facebook; ha debido de leer comentarios que están ahí desde hace años y me ha mandado un mensaje diciéndome que no soy el hombre que esperaba y que no quiere volver a saber de mí.

Le he pedido que me deje explicarme; que si se toma un café conmigo se lo aclaro todo, pero no quiere.

Yo sé que salir con alguien que ha pertenecido a un grupo de extrema derecha, así de primeras, tira para atrás; pero ya le he dicho que esa es una etapa quemada, que los comentarios del muro llevan ahí mucho tiempo; las consignas, las respuestas a mis excamaradas…, ¡todo! Si llego a saber que iba a entrar, los quito como estoy haciendo con mis tatuajes, que me los están borrando con láser.

Me pidió que fuera sincero y lo fui, y ahora me encuentro con esto… Es que no me ha dado ni tiempo de presentarle a mis amigos, que son los de toda la vida, y demostrarle que mi mentalidad es otra.

Ha decidido cortar esto por lo sano y punto. Y eso que no ha visto lo que llevo tatuado en la espalda: en la parte izquierda una frase que pone «Arriba Franco», junto a la bandera de España, y debajo de esta, «Amor de patria»; y en el lado derecho, la frase en alemán *Heil Hitler*, bajo la cruz gamada; y al lado, «Europa blanca». Pero ya digo que están desapareciendo.

Entiendo que le cueste creer que alguien pueda tatuarse frases tan contundentes y de repente no tener nada que ver con esa ideología; pero es que cuando yo me metí en todo eso, pensaba de una manera y con el tiempo me di cuenta de que el mundo es otra cosa y de que todos somos iguales.

Y entiendo que echo para atrás con todo lo que sale en las noticias sobre estos grupos neonazis, pero insisto en que yo ya no soy ese. Ese ya no existe; soy otro que quiere estar con ella, y no sé si dejar así las cosas o ir a su encuentro y decirle que la amo.

Es una decisión delicada que debo meditar, no vaya a ser que me coja miedo y la liemos; pero este es mi pasado, y esta mi historia.

Red, una oyente del chat, escribió que si la chica lo llega a ver en pelotas, le da un síncope; y yo me quedé atrapada en la visión de su espalda tatuada y me pregunté: ¿por qué, si estaba ordenando su espalda, no ponía orden en su Facebook…?

La nueva suegra

Una noche de hace veinte años, siendo policía nacional, llegó el aviso a comisaría de que un individuo estaba agrediendo a su pareja. Me presenté en la casa, forcé la puerta y entré. El agresor, al sentirse acorralado, cogió una navaja y me atacó. Los dos perdimos los nervios y en el forcejeo le rompí un brazo. Después de que nos separara mi compañero, me acerqué a la habitación a atender a la chica, que lloraba y sangraba por la boca. De vuelta a comisaría, cuál sería mi sorpresa cuando ella aseguró que fui yo el que la había agredido.

Traté de explicar lo sucedido a mi superior, le dije que me hacía responsable de lo que le había hecho al tío, pero no a su mujer. Pasaron los meses y aquello se convirtió en una bola de fuego imparable.

Los comentarios de los compañeros, las preguntas de los amigos, las teorías de los vecinos… A pocos días de que se celebrara el juicio, entregué mi placa y mi pistola y renuncié al Cuerpo dejando atrás toda una vida dedicada al servicio del ciudadano.

Empecé una nueva etapa lejos del eco de esa historia. Y hace tres años estaba cargando mi camión cuando recibí la llamada de una chica que me dijo que necesitaba hablar conmigo urgentemente. La joven había dado con mi domicilio y esperaba en la puerta de mi casa.

Le dije que estaba lejos y que podría decirle aquello tan importante a mi hijo, que era el único que en ese momento estaba dentro. Pese a que era a mí a quien quería ver, asegurando que tenía

una deuda pendiente, accedió. Y fue entonces cuando me alcanzó mi pasado. Aquella joven era hija de la mujer que un día me denunció. Quería pedirme perdón y, tal y como le contó a mi hijo, decirme que por aquel entonces ella tenía dos años y la suya era una madre soltera con una pareja violenta que ignoraba su existencia y que amenazó con acabar con la vida de la niña si lo denunciaba por malos tratos.

Mi hijo escucharía atento aquella historia y muchas más, porque después de esa se vieron muchas veces. Una relación que mantuvo oculta hasta que supe que se iba a casar. Yo ya presentía algo cuando un año antes cambió de camión y, junto a una de las cabezas de caballo, mandó que xerografiaran el nombre de una mujer que no era ni el de su madre ni el de su hermana y que coincidía con el de la hija de aquella mujer que en mi casa estaba prohibido nombrar y que hacía años me había hecho perder la placa de policía.

La mujer ya no está con aquel hombre y ha intentado pedirme perdón por todos los medios, pero yo no puedo aceptar sus disculpas. Entiendo que la presión era grande y que estaba en juego la vida de su hija, pero yo también perdí mucho. Y, como si de una broma del destino se tratase, el 15 de julio tengo una boda: la de mi hijo con su hija. Y aunque cargo con mucho rencor y en unos días tendremos que vernos en el altar porque soy el padrino, pienso respirar hondo y levantar la cabeza con orgullo, porque yo por mi hijo haría cualquier cosa…, incluso mirarle a los ojos a la mujer que me arruinó la vida.

Me casé con el VIH

Al mes de estar casados mi marido empezó a perder peso y fue al médico. Le dijeron que tenía los anticuerpos del sida.

Yo estaba segura de que no le había pegado nada, porque él era mi primera relación, y me asustó la idea de que yo también pudiera tenerlos. Afortunadamente, no fue así.

Nunca desarrolló la enfermedad, pero la noticia trajo consigo cambios… en las relaciones sexuales y en la idea que tiene cualquier pareja sobre ser padres.

Con el tiempo, hace ya diez años, decidimos tener un hijo. No es de él, nació *in vitro*, con semen de donante.

La cuestión es que ahora me gustaría ser madre de nuevo, pero la Seguridad Social no me cubre otra vez la inseminación artificial; yo no me puedo permitir ir a una clínica privada y me estoy volviendo loca.

Nosotros tenemos nuestras relaciones sexuales, pero siempre con mucho cuidado, siempre con preservativo.

Me estoy planteando acostarme con otra persona y sé que eso está mal, que en el fondo está mal…, pero quiero ser madre otra vez.

No tengo a nadie de confianza a quien pedírselo y, además, solo de pensarlo me da algo… Yo no sé cómo hacer eso y, con la mala suerte que tengo, igual me contagian algo.

¿Y cómo se lo digo a mi marido? No quiero hacerle daño y tengo que tener mucho cuidado porque él se culpa de que no tengamos más hijos, de que no tengamos relaciones sexuales plenas.

Él no lo sabe, pero yo tengo miedo al contagio. Procuro tener

mis cosas separadas; mi cepillo de dientes, por ejemplo, lo tengo en otro cuarto. Lo hago con disimulo, pero tengo mucho cuidado. Cuando el niño le pide bocadillo, le digo: «Toma, mamá te da uno. ¡Cada cual come de sus cosas!».

El niño es pequeño, está en la edad de cogerlo todo, y cuando sea mayor ya le explicaremos lo que ocurre, pero ahora no.

Yo sé que todo esto es una locura, pero con treinta y ocho años no tengo tiempo para pensarlo mucho.

Aquella madrugada, esta madre reveló algo que ni su propia familia sabía.

Como en tantas otras llamadas, traté de ponerme en su lugar. ¿Cómo me sentina si un día mi pareja me cuenta que es seropositivo? Pero sobre todo me pregunté: ¿por qué querría contárselo al mundo?

Del amor y otras canciones…

En una esquina de la madrugada me encuentro yo, escuchando con el ceño fruncido mientras me muerdo el labio inferior y pienso que los que pasamos la noche en Hablar por hablar *nos hemos acostumbrado a vivir historias inacabadas.*

Soy el amor,
yo soy el hada
que puso amantes
sobre tu almohada.
Soy el amor,
yo soy el hada
que puso amantes
sobre tu almohada.
¡Ay! Si no has amado
nada me traes.
¡Ay! Si no has amado
nada me traes.
Un amor pasó,
mostró su desnudez,
besó sin más mi sien
y quedóse así,
silencioso junto a mí.
Y en tanto que lo tomé
lo voy a vivir.

Nada me traes
JAVIER RUIBAL

Amor al estilo Betis

Ángel es bético desde lo más profundo de su corazón. Se ha enamorado de una bética de la que nada sabe…, más que su afición.

Yo tengo el carné del Betis. En el estadio siempre me siento en el segundo anfiteatro. Un día, al levantar la vista, la vi. No sé el tiempo que llevará viniendo al campo, pero hace dos años ya que la veo todos los domingos allí.

Por la forma en que se hablan y porque él es más mayor, supongo que el hombre que la acompaña es su padre. Es que no tengo posibilidad de hablar con ellos porque se sientan como seis o siete filas por encima de mí. Tenemos contacto visual, pero nada más; no sé ni su nombre, si tiene pareja, si es soltera o casada. Solo sé que estoy loco por ella.

Este domingo es el último partido de la temporada y no se me ocurre de qué manera entrarle. Si lo dejo estar, no voy a saber nada de ella hasta que empiece otra vez la Liga. A ver si alguien me echa un cable. ¡Me quedan cinco días para pensar alguna cosa! Que no me quiero ir de vacaciones sin haberle dicho algo, porque voy a pasar un verano malísimo. ¡Me tiene muy pero que muy pillado!

No sé si os parecerá muy infantil, pero había pensado escribirle algo y dárselo en el campo, ya a la desesperada. Una carta con muchísimo respeto, porque no sé nada sobre su situación personal. Pero, claro, es que eso no lo hago desde que tenía catorce años, y además el domingo es un día muy inoportuno porque si perdemos,

bajamos a Segunda. ¡Está la cosa fea, mi alma! Fíjate tú si pasa lo que no queremos que pase, vaya plan…

Llueven los consejos en el chat.

Dice Cívico que «primero tienes que ganarte al suegro».

Otro oyente se acaba de llevar las manos a la cabeza: su novia va con el padre al campo todos los domingos.

Alguien sugiere que le escribas un «te quiero» en la pantalla del videomarcador.

Este último consejo no estaría mal, si supiese cómo se llama…

Después de escuchar el testimonio, fueron muchas las personas que sintieron la necesidad de iluminar a Ángel con sus consejos.

Él, en agradecimiento, prometió llamar al programa e informarnos del desenlace. Nuestro valiente delantero centro llamó un día después del partido que había llevado a Segunda División a su equipo.

Antes que nada, quiero dar las gracias a todo el que ha dedicado un minuto de su tiempo a darme ideas; un par de ellas además fueron de mucha utilidad. Me fui a la tienda del Betis el viernes por la tarde, le compré un osito de peluche con una bufanda del equipo, muy bonito, y le metí una notita dentro. Llegó el esperado día y allí estaba ella con el padre, como siempre, y con un crío de unos ocho o nueve años; es que el domingo a los socios nos daban dos entradas a mitad de precio. Les acompañaba un hombre que parecía el padre de la criatura. Supongo que eran su hijo y su pareja.

No le di el osito, porque la situación no estaba como para acercarse.

El final del partido… Te juro que ni el peor enemigo me lo podría haber preparado mejor. Mi hijo, porque me fui con él, abrazado a mí llorando sin consuelo; yo tragándome las lágrimas para que no me viera llorar, con el osito en la mano, mirando cómo

se marchaba la otra, escaleras arriba, acompañada de la que creo es su familia. ¡Kafkiano todo, vamos! Yo me quería morir. Estamos acostumbrados a sufrir, qué le vamos a hacer. Los que somos héticos siempre estaremos allí. En Segunda, en Tercera o donde sea.

No me podía creer la mala suerte que había tenido Ángel. Con las esperanzas que habíamos puesto todos en ese encuentro que pudo ser y nunca fue… El Betis a Segunda y la que podría ser la mujer de su vida, también bajando de categoría. Menos mal que Ángel es hético y eso imprime carácter.

Deseé que la próxima temporada se airease un poco la grada y surgieran nuevas caras femeninas… Y entonces me di cuenta de algo, y es que con lo poco que me gusta el fútbol, hay que ver el interés que le había puesto a la que podría haber sido una buena historia de amor.

El amor perjudica la salud… mental

Yo quería contar algo sobre las películas de amor.

Sabrina, con Julia Ormond y Harrison Ford; *Cyrano de Bergerac*, con Gérard Depardieu. O *Los puentes de Madison*, la escena esa donde ella va en la camioneta y se agarra a la manivela de la puerta. Yo desde mi casa decía: «¡¡Ábrela, ábrela, escápate!!». Las vivo con mucha intensidad y resulta que mi psiquiatra me recomendó que dejase de verlas. Por lo visto, estoy enamorada del mito del amor y este tipo de películas me lo refuerza.

He estado ocho años conviviendo con una persona alcohólica. Tenía una dependencia enfermiza tanto de la persona como del daño que me estaba haciendo en todos los sentidos. No me gusta mucho la palabra «maltrato», porque no creo que englobe verdaderamente el daño que te puede llegar a hacer alguien en un momento dado, tanto físicamente como psicológicamente. Después de años de psiquiatras y de pastillas me he dado cuenta de que yo no siento amor.

Hay una película que me duele especialmente: *Días de vino y rosas*, donde ves cómo te puede arrastrar una persona a su mundo, a lo peor de su mundo.

Me la recomendaron… y me produce verdadero rechazo. Por mucho que intentes curar a una persona, que vayas a asociaciones, que pidas consejos, todo el mundo te dice siempre lo mismo: si él no quiere, nunca se va a curar, y acabará hundiéndote.

Recuerdo con dolor ese estar siempre pendiente. Ese nunca saber cuándo va a llegar…, cómo va a llegar.

Las fiestas son temibles. La Feria, la Semana Santa, Navidades… Relaciones sociales que implican beber más y más alcohol.

Cuando llega a casa, no sabes qué te va a hacer; si te va a pegar, si te va a levantar de un tirón de pelos de la cama o va a poner el equipo de música a todo volumen.

Es un sinvivir constante que te deja vacía.

Yo ya no siento nada.

Hice caso a mi psiquiatra: dejé de ver esas películas porque en mí fomentan el mito del amor.

El fotógrafo de estrellas

A la vez que os oigo, estoy fotografiando las estrellas.

Es un trabajo laborioso que requiere mucha paciencia. Se hacen muchas fotos que luego se juntan con un programa informático. Hace falta un equipo especial para obtener el resultado deseado. Lo hago por pura afición… Para decorar, para hacer regalos… No pretendo ni lucrarme ni alardear de ello.

Y mientras os escuchaba, pensaba en mi pareja…, en mi estrella.

Está en silla de ruedas debido a una enfermedad y mantengo con ella una relación completamente distinta a todo lo que he tenido anteriormente. Hay cosas que jamás pensé que me pasarían y me están pasando. Hace dos semanas estuvimos de vacaciones en Asturias y subimos a Bulnes. Es un pueblecito al que no se accede por carretera, solo se puede subir en funicular. Arriba hay un camino empedrado, tortuoso como el que más.

Cuando llegamos a la cima de la montaña todo el mundo se quedó sorprendido de vernos. Fue muy gratificante.

Hemos subido a la Giralda de Sevilla, pero ahí me tuvieron que ayudar, porque son diecisiete pisos.

Al estar con alguien que tiene estas dificultades, te das cuenta de que verdaderamente la sociedad no está preparada para esta convivencia.

Con ella disfruto las cosas de otra manera. Para mí es un reto continuo el llevarla a lugares que jamás pensó que algún día visitaría.

Ir a un sitio, mostrárselo y observar sus ojos. Los ojos de una persona que ve algo por primera vez son hermosos.

Además de pasearnos por el universo, nuestro invitado nos recomendó una estrella que pudiéramos ver a simple vista; la número uno, la mayor para fotografiar. «Según va pasando la noche, las demás estrellas van rotando sobre ella componiendo una imagen muy bella, como una danza. Todas moviéndose en torno a la bailarina principal: la estrella polar».

Aquella madrugada Javier consiguió que durante los minutos que duró nuestra conversación, miráramos un poco más allá.

El amor en acto de servicio

Tengo treinta y un años, hace dos que dejé una relación estable y, aunque no entiendo ese concepto de «amigo-polvo» que se lleva ahora, cuando me separé de mi marido empecé a citarme con otros hombres para distraerme un poco.

Soy una mujer extrovertida, vivo en una gran ciudad y no me cuesta conocer gente, pero cuando le digo a un tío a qué me dedico, automáticamente se interesa por mí pensando en el morbo. Soy policía nacional.

Me estoy cansando de la situación: «Déjame verte en uniforme; ponme una multa; enséñame los grilletes; espósame a la cama». Entiendo que si no conoces a ninguna chica policía, en un momento dado tenga algo de interés, pero ya no puedo más con las típicas bromas, a cada cual menos original.

Quise dedicarme a esto desde niña. Soy una mujer delgada, ni guapa ni fea, más bien normal, y cuando la gente se entera de lo que hago, me dice que no tengo pinta de policía. Y yo me pregunto: ¿qué pinta tiene una mujer policía? A lo mejor estoy muy chapada a la antigua, pero no le veo la gracia a lo de «amigos con derecho a roce», y menos con el uniforme puesto, como si estuviera en acto de servicio.

Hace días tomé la decisión de mentir: a partir de ahora, siempre que me pregunten diré que trabajo en una tienda de *cupcakes*.

Una oyente le dio una idea: «Cuando te pidan que les pongas los grilletes,

hazlo y déjalos allí atados. A ver si esto les hace tanta gracia».

El amor y su precio

Antes que nada quiero pedir disculpas por lo que voy a contar.

Tengo setenta y ocho años y soy viudo. Estoy muy encaprichado con una mujer, y creo que me he enamorado.

La conocí a través de uno de esos anuncios de contactos que vienen en el periódico. Quedé con ella una vez… y volví a repetir. Pronto empezamos a hablar todos los días por teléfono.

Ella es una «mujer de la vida», y además está casada. Vive a las afueras y baja a la ciudad tres días a la semana. Cuando viene, utiliza mi piso para ejercer la prostitución; mientras tanto, yo me marcho.

Salgo a la calle, haga frío o calor; entro en un bar, en otro, me doy un paseo…

Al principio me hacía sentir vivo de nuevo, pero de un tiempo a esta parte soy el hombre más solo del mundo.

Hace quince días le pregunté cuándo me tocaba a mí, porque llevamos casi un mes sin hacerlo y desde entonces me da largas. Dice que ya no le apetece irse a la cama conmigo, porque me ha cogido un cariño especial, como si de un familiar se tratara. Ya ni siquiera pagando quiere que esté con ella.

Lo estoy pasando fatal. Se ha marchado a su casa sobre las ocho y no me ha dado ni un beso. Y aquí estoy, sin cenar, sin dormir…, con dos tilas en el cuerpo, porque tengo unos nervios tremendos. Ando loco perdido, la verdad sea dicha. Tonto, loco, o idiota, o las tres cosas a la vez. Ya no sé qué hacer.

Le compré un teléfono móvil y el mes pasado pagué una factura de doscientos ochenta y seis euros. Le he puesto muebles a la casa,

he arreglado la entrada, el recibidor, su cuarto… Le preparo la comida, la cena y ¡hasta le he comprado una bandeja de caramelos!

Estoy pagando un montón al mes. Al principio dijo que me ayudaría, pero así estamos…

Si esto sigue así, tendré que marcharme del piso, *mi piso*: donde se prostituye y en donde me deja solo cada noche para irse con su marido.

Infiel hasta la muerte

Mi marido padeció una larga enfermedad y finalmente me quedé viuda. Era un padre cariñoso y no puedo decir que fuese mal marido, pero tenía dos caras, mentía muchísimo.

He estado toda la vida sufriendo porque me engañaba con la mujer de su hermano.

Él siempre negó que estuviera con ella, me tachaba de loca.

Jamás llevó una foto mía en su cartera y, como yo ya sospechaba, se la cogí y descubrí una de *la otra* escondida entre las tarjetas.

Hace años tuvo un pequeño accidente laboral y cuando llegué a la clínica, allí estaba la cuñada en la habitación; con la puerta cerrada, en penumbra, muy pegadita a él.

Llegó un momento en que era tan evidente que hasta mis hijos hablaron con ella, pero también lo negó.

Pasaba las horas fuera de casa y las vecinas me decían que lo veían por el barrio donde vivía ella.

Me he puesto en manos de terapeutas… y he acabado mal del corazón.

Durante su enfermedad lo cuidé como la que más, y ahora que me he enterado de que mis hijos lo sabían todo, me paso el día y la noche sintiendo que se me ha ido la vida con una persona que no me quería.

Mi cuñado, el marido de ella, es un hombre que no toma decisiones. Hace solo lo que dice su mujer. Yo no sé si supo lo que sucedía en su casa…, si sufría o no. Yo no le he dicho nada, porque la verdad es que es una buenísima persona. Desde que falleció mi

marido, ella ya no quiso saber nada de la familia. Se fue a su casa a llorarle, como si fuera ella la viuda.

Tampoco sé ya nada de mi cuñado. Vivimos muy cerquita, pero no nos vemos.

El psicólogo me ha dicho que cuanto menos relación tenga con ellos, mejor.

Vivo sola. No tengo amigas. Solo salgo con mis hijos, cuando me invitan. No me puedo sacar de la cabeza toda esta historia. Estoy como metida en un pozo, y desde allí, muy dentro, escucho la risa de ellos dos.

Me quiere a mí como yo le quiero a él

Tengo un amante desde hace treinta y cinco años.

Nos conocimos en un congreso, y al tercer año de estar juntos me dijo que estaba casado. Cuando le pregunté por qué no me lo había dicho antes, me contestó: «Porque no me lo habías preguntado».

Yo estoy soltera y nunca quise meterme en un matrimonio.

He ido a la boda de sus cuatro hijos, he conocido a su señora… y nadie se ha enterado. El único que lo sabe es su hermano.

Yo vivo sólita en mi piso. Ya estoy retirada, y él viene cuando puede, pero hablamos todos los días. Lo hemos dejado dos veces: la primera estuvimos sin vernos seis meses; la segunda, un año. No podemos vivir el uno sin el otro, tenemos un *chis* que nos impide estar separados.

Mi familia lo sabe y mis amigas también. Hago mi vida y cuando viene, pues… estoy con él. Soy feliz así; aunque me gustaría que estuviera conmigo, sé que no puede. Soy comprensiva y entiendo que algo le une también a su señora. Sus hijos, quizá. No tengo celos. Él es un empresario conocido y va con ella a muchos actos, pero igual que cumple con su familia, cumple conmigo. Es cariñoso, amable; y eso es todo lo que necesito, porque soy autosuficiente.

Me quiere a mí como yo le quiero a él. Es mi amor; no necesito a nadie más.

Sé que algún día acabaré sola en una residencia, porque él tiene familia y yo no. Pero mientras tanto somos felices, vamos camino de

los treinta y seis años de relación y así hemos tirado toda la vida.

Este es un amor difícil de explicar. Yo no lo puedo explicar. Mucha gente cuando oye mi historia se asusta.

¿La he asustado…?

Pisa morena

Escucho el programa desde que estaba la Gemma y esa otra señorita que sale en televisión. Pero yo no sé nada de chat ni *chot*. A mí lo que me gusta es hacer ganchillo.

Alguna vez llaman señoras y os cuentan que al año de quedarse viudas, encuentran a otro. Y yo me digo: ¡coño!, ¿cómo lo hacen?

Hace veinte años que murió el padre de mi hija, y si yo me echara un novio tendría que ser un albañil que viniera con un martillo, porque debo de estar más que *cerra*.

Si alguna vez estoy alegre, porque soy muy simpaticona, me hago una *flor de lis* yo sólita…, con la mano derecha y los nudillos. Me toco un poquillo y me arreglo el cuerpo para seis o siete meses.

Yo fui bailarína, estuve muchos años bailando con la Celia Gámez. Iba a los toros y me tiraban la chaqueta para que la pisara. Ya soy algo vieja, pero sigo estando muy bien. Soy una morena de sesenta kilos; mido uno setenta y tengo unos ojos azules que quitan el *sentío*.

> *Con la descripción que ha dado de usted misma, en el chat le ha salido marido. Dice Roher que si le hace unos calzoncillos de raso se casa con usted.*

¿De raso? ¡Eso es una cursilería! Dile que se los hago de esparto y si le pica mucho, que se rasque. Yo veo a un señor con calzoncillo de raso y me pongo triste. Eso no es un hombre, es una mocita.

Mi hija, cuando se enfada conmigo, me dice: «Mamá, échate un novio, que nada más peleas conmigo. ¿No te quieres pelear con otra persona?». Y digo yo: ¿con quién, si estoy todo el día sola? Yo no me apunto a nada, porque no me hago a estar con gente mayor.

Estoy tentada de vender el chalé e irme a vivir a Andalucía, donde la gente es muy simpática y por lo menos te ríes. Porque los que viven aquí son muy serios. Muy buenos, muy abiertos, pero muy serios. Yo soy de otra forma. En mi casa, de vez en cuando, me pongo música y hago unos numeritos que cualquier día me escoño. Tengo un arte que si usted me viera se cae de espaldas.

¿Por qué lo llaman amor?

Me ha gustado la alegría de la oyente anterior, pero habláis tan bien del amor y yo, a mis setenta, tengo tan mal recuerdo… Me casé con veinte años. He tenido tres hijos y jamás disfruté; nunca he sabido qué es *eso*; nunca lo he necesitado, y para mí ha sido algo muy desagradable. El *acto sexual* me ha parecido siempre horroroso.

Soy viuda y abuela, y ahora sí que soy feliz. Disfruto de mis hijos y de mis nietos. Cuando vivía con mi marido, solo pensar que tenía que acostarme con él me deprimía. Para mí fue durísimo. Y es que no oigo nunca decir esto a nadie y pienso que debo de ser la única en el mundo. Por esta razón, yo no quiero saber nada de hombres; no los quiero ni cerca ni lejos; pasé cuarenta y cinco años con uno y tuve suficiente. ¡No quiero ni uno más!

Yo pensé que me casaba enamorada, pero la primera noche que me acosté con él, me di cuenta de que aquello no era lo que yo había soñado.

Ese mismo día supe que había metido la pata; no era lo que me habían contado. Si entonces nos hubieran dejado acostarnos antes del matrimonio, seguramente no me habría casado.

Ahora que esto del amor está desmadrado y veo a las chavalas de quince años besándose por la calle, pienso que posiblemente sea mil veces mejor, porque así saben lo que se llevan. Pero en mis tiempos las cosas eran muy diferentes. Tenías un novio, ibas a su lado de paseo, merendabas o cenabas y para las nueve y media, a tu casita. No se hacía nada. Yo con veinte ni tan siquiera había dado un beso. Todo era pecado, y el día que me casé me encontré con todo esto

que dicen que es una necesidad del cuerpo. Y yo me pregunto: ¿dónde está esa necesidad que yo nunca he sentido…?

Así he estado cuarenta y cinco años, hasta que Dios se lo llevó. Ahora que no tengo que aguantar a nadie en la cama vivo mejor. Nunca me trató mal ni me puso la mano encima, pero era de esos hombres que viven su vida. Yo trabajaba fuera y dentro de casa, y además tenía que estar pendiente del señor: «¿Qué quieres?, ¿qué te doy?, ¿qué te pongo…?». Intenté hablar con él muchas veces, pero no se podía. Se daba media vuelta y se marchaba.

Quizá debí quedarme soltera, no lo sé. Me pregunto si soy la única que siente esto…

La novia del abuelo

Un poco antes del verano, mi abuelo, de ochenta y tres años y viudo, acudió a un programa de televisión para encontrar pareja.

Al verle en pantalla, fueron varias las mujeres que respondieron al llamamiento. De entre todas las que lo vieron y fueron a casa a conocerlo, tuvo que elegir a una que nos trae por la calle de la amargura.

Él, que siempre ha estado muy unido a toda la familia, ya no nos quiere ni ver. Nos ha echado a la calle, nos insultó y permite que los hijos de él no tengan ni para comer.

Hace un mes que se conocieron y está tan enamorado como un niño de dieciocho años. Asegura que la primera vez que la tuvo delante vio un relámpago. Dice que es su media naranja, pero de un tiempo a esta parte tiene muy mal aspecto y sospechamos que pasa algo. En pocos días está tan delgado que parece un esqueleto. Además es diabético, y si no se cuida puede ser muy peligroso.

El otro día le dio una subida de tensión. Tememos que sea una embolia cerebral, porque hablaba como si tuviera la lengua hinchada, y ella le decía: «Antonio, déjate de tonterías y habla bien o te llevan al hospital».

Mi prima le había puesto un café y ella insistió en que no se lo tomase porque ya le había preparado uno. Hasta hace poco tenía un tarrito lleno de tranquilizantes, casi entero, y lo hemos encontrado vacío. Sospechamos que le echa algo en la bebida. Que lo está envenenando poco a poco.

En el programa ese mi abuelo dijo que había ganado mucho

dinero, y ese fue su error. Guarda todo lo de valor en un armario, y las llaves las tiene ella.

Es una persona fría y calculadora, y quizá piense que si le pasa algo a una persona de ochenta y tres años, nadie lo va a investigar.

Mi luna de miel

Soy vendedor de coches. El día de mi boda conseguí que me dejaran un Rolls-Royce Silver Cloud de color perla, precioso. Fue un desperdicio. En el mismo convite, se me ocurre ir al servicio y me encuentro a la novia —ya mi mujer—, todavía vestida de blanco, liándose en los aseos con un hombre…, su antiguo novio.

Me acerqué a ella, como si no pasara nada, y titubeando le dije: «Ya te vale».

Allí mismo, aparcado en el pasillo, decidí irme solo a Tenerife. Me tomé una copa más, recogí el dinero que nos habían dado y me marché.

Ella me había traicionado y yo había tomado una decisión.

La gente siguió allí comiendo, bebiendo y bailando; celebrando la boda, ajenos al pinchazo. Cuando empezaron a echarme en falta, yo ya estaba volando, como quien dice.

La novia se quedó con una cara… No se lo esperaba. Claro que la mía sentado en el asiento número 3F del último vuelo rumbo al aeropuerto de Tenerife Norte también era un poema. Y eso que todavía ni sabía que ese chico había sido novio suyo.

Allí estuve una semana a todo plan, disfrutando de las playas, de la gastronomía… Cada vez que me acordaba de ella me quemaba el estómago. Visitando el Parque, casi vomito. Es que a ella le encantaban los pájaros y allí los había de todos los colores y tamaños. Uno incluso era capaz de montar en bicicleta. Esa isla es el paraíso, otro mundo.

Recibía sus llamadas, pero nunca le cogí el teléfono.

Tardé cuatro años en verla. Fue para el tema del divorcio. Me miró a la cara y me dijo, bajito: «Lo siento».

Yo nunca la perdoné. Aquello fue una putada. Pero, en contra de todo pronóstico, rehíce mi vida, me volví a casar, con otra, claro está…

Solo de vez en cuando, entre amigos, recuerdo mi primera boda. Lo hago para que se rían un poco… Llevábamos siete años de novios, pero no siento que aquello me haya traumatizado.

Dice mi madre que entonces tuve muy mala suerte…, pero yo creo que el concepto de suerte está sobrevalorado. Las cosas ocurren porque sí…, y no hay más. Cuando la vida te adelanta por la derecha, tienes dos opciones: detenerte en la cuneta a llorar o seguir *palante* hasta la próxima estación de servicio.

Mi novia es transexual

Lo que me pasa no puedo hablarlo con nadie. Hace un mes conocí a una chica; bueno, en realidad es un chico; mejor dicho, es un transexual. No sé si estoy enamorado, pero si no lo estoy, falta poco para que así sea.

Nadie sabe que soy bisexual. Nadie sabe que me estoy viendo con alguien así. Nunca antes me había pasado nada parecido.

Ella es canaria y está aquí porque le subvencionan la operación de cambio de sexo. Cuando termine el proceso se marchará y le he pedido que se quede, que buscaremos trabajo y un piso.

Sé que es una locura, casi ni lo he pensado, pero se lo he dicho porque me ha salido del corazón. Yo suelo valorar a las personas no por lo que son, sino por lo que me aportan.

Nos vemos cada día, estamos muy a gusto juntos. Pero es una situación difícil de ocultar, y en casa me paso el día mintiendo, porque ¿cómo le voy a decir a mi padre que estoy con una persona transexual? Sin embargo, yo quiero estar a su lado antes y después de la operación. Ya le he dicho a ella que me da igual que tenga pene o vagina. Me da igual lo que tenga en su cuerpo. La quiero como es; tanto si tiene una cosa como si tiene otra me gustaría estar con ella ahora y siempre.

Soy consciente de que cuando se opere, las relaciones sexuales cambiarán. Hasta ahora en ese sentido ha sido estupendo, y estoy seguro de que después también lo será. Ahora mismo no me preocupa tanto el sexo. Estoy más preocupado pensando que se va a tener que marchar.

Es muy difícil saber que algo tan especial se va a acabar y que, además, no lo puedes compartir con nadie.

Mi familia, mis amigos…, todos dejarían de hablarme en cuanto se enterasen. Es imposible que yo le cuente esto a nadie.

¿Cómo repartimos a… *Tofu*?

Me he separado de la que había sido mi mujer hasta hace tres años por incompatibilidad de caracteres. Yo tenía una mascota mía en casa —repito: «mía en casa», que esto es importante, para que se entienda la crueldad del asunto— y ella, haciendo allanamiento de morada, una tarde se la llevó. Es un perrillo, un yorkshire precioso, se llama *Tofu*.

Volví a casa y al abrir la puerta me extrañó que no viniera a recibirme como siempre ladrando y con las dos patitas de delante en alto. Tras buscarlo por debajo de todos los muebles de la casa, encontré una nota: «Conmigo va a estar mejor».

La he denunciado, pero no tengo pruebas y ahora me encuentro con que quiero ver al animal, con el que he convivido siete años de mi vida, y no puedo. Si me arrimo a él, ella me denuncia por acoso. La policía aconseja que no me acerque, y esto es un sinvivir.

A mí ella me da igual, pero a *Tofu* lo quiero, porque además lo compré yo; fue mi capricho, ella nunca quiso animales en casa.

Tofu se gana a todo el mundo y, claro, ella con el tiempo se fue enamorando del perrillo y aquel fatídico día en el que yo estaba en el fútbol, se lo llevó.

Van casi dos años sin vernos, y no es justo. Sé que me echa de menos tanto como yo a él.

Tengo derecho a ver a mis hijos, pero no me dejan ver a *Tofu*.

El pagafantas

Yo soy el típico «mejor amigo» y he sido durante doce años el chico enamorado hasta los tuétanos de una persona que me decía: «Es que yo no te puedo querer más que como a un amigo, como a mi mejor amigo».

Doce años echados a perder.

Hacía ya dos o tres meses que estábamos distanciados cuando decido llamarla y compruebo que me corta las llamadas. A los pocos días se pone en contacto conmigo para quedar, y cuando por fin consigo verla, escucho de sus labios: «Checho, tengo que anunciarte que he conocido a alguien y me caso el mes que viene».

Yo pego un salto al tiempo que exclamo: «Chica, pero ¡qué me dices!».

Adiós a todas mis ilusiones, al esfuerzo constante de años. Miles de horas de conversación; invitaciones a un sitio, a otro, al cine, a todas partes… Una verdadera ruina en lo económico y una verdadera pérdida de tiempo en lo humano.

Ambos somos personas maduras y yo, que he cumplido ya los cincuenta, esperaba que, conforme pasaran los años y surgieran las canas y los problemas en la rodilla, ella acabaría cediendo.

Pues mira por dónde ha encontrado a uno con dinero que hasta tiene chalé. Se casa por la Iglesia y vestida de princesa.

Desde que me he enterado me he hecho protestante… Como no puedo parar esto, de alguna manera he tenido que rebelarme.

Está claro que cuando una persona no te quiere, no hay nada que hacer. Tú te empeñas, te creas tu propio mundo, compones tu

fábula… Yo soy todo un caballero. Nadie en el mundo se va a portar mejor con ella de lo que me he portado yo, aunque de amigo no haya conseguido pasar.

Creo que en eso los varones somos más claros. Cuando una mujer no te gusta, normalmente no la quieres ni como amiga y piensas en quitártela de encima como sea. Pero las mujeres y los hombres somos muy diferentes… A ella le parecía bien como amigo, pero no me admitió como pareja.

Yo siempre he pensado que la amistad entre hombre y mujer es imposible, que siempre lleva unida una parte sentimental y que esa parte siempre quiere ir más lejos.

Por supuesto que no se atrevió a invitarme a la boda, ¡solo faltaba! La despedida que tuve con ella fue un: ¡adiós, hasta siempre, para nunca jamás!

El director de cine Borja Cobeaga ilustró con una película el concepto, entonces relativamente nuevo, de «pagafantas». El término hace referencia al chico que está todo el día pegado a la chica, la consuela, la acompaña, la mima, pero no tiene ninguna posibilidad sentimental y/o sexual con ella. Él quiere algo más mientras que ella le ve como un amigo.

Amor y sistema

Estoy enamorada como nunca en mi vida lo había estado. Es un hombre peculiar. Tiene estudios, una carrera universitaria, es muy inteligente…, pero vive en la calle. Es un mendigo y no quiere salir de esa vida. Está en contra del sistema.

La crisis le ha llevado a radicalizar su punto de vista sobre las cosas y no quiere tener nada de lo que se considera «normal». Una casa, trabajo…, nada de eso le interesa.

Estamos muy enamorados. Pero le he buscado un trabajo y no lo acepta, y lo que más me duele es que no se quiere venir a vivir a mi piso. No sé cómo afrontar el hecho de que no quiere nada que suponga consumir. No sé cómo contarlo en mi casa, cómo decírselo a mis amigos.

Lo conocí en la calle. Se gana la vida con la guitarra en la puerta de los bares. Él estaba tocando y yo me paré a escuchar, porque la música es mi pasión. Empezamos a hablar y su conversación me enganchó. Primero vino un cigarrillo, luego un café y poco a poco nos enamoramos.

Esto no puede llegar muy lejos, porque ¿qué puedo hacer yo si él no quiere una vida normal?

Propone que sigamos como hasta ahora, viviendo nuestro amor por separado. Disfrutando de un amor filosófico. Aconsejarnos, darnos cariño, pero nunca construir más allá.

A mí me gustaría formar una familia, compartir un hogar, que tuviera un trabajo igual que yo.

A veces acepta venir a mi casa para que estemos juntos; otras,

soy yo la que me siento con él en el banco. Y eso es lo que tenemos en común, mucha conversación y mucho amor.

En invierno le pido que duerma conmigo, porque no puedo pegar ojo pensando que está en la calle pasando frío. Pero no quiere.

Yo me siento halagada, porque él no acepta nada de mi mundo pero me acepta a mí.

Escuchando esta historia de amor, sentí que su enamorado era un hombre valiente, fiel a sus principios, y me pregunté si se puede luchar contra un sistema… del que formamos parte todos.

Poliamor, o tener un corazón a prueba de golpes

Pasamos horas hablando del amor, y yo creo que el amor está muy influenciado por el capitalismo voraz en el que vivimos. Mi novia y yo tratamos de mantener una relación que se salga de los márgenes de pertenencia y de posesión. Llevamos mucho tiempo juntas, desde adolescentes casi; y como hemos crecido a la par, hemos ido construyéndola y haciendo que evolucionara. Y, bueno, no tenemos una relación abierta, pero parece que estamos en camino. En abril conocimos a una chica maravillosa con la que hemos tenido una relación muy especial… desde el principio. Este pasado verano ella se fue de vacaciones a su pueblo y conoció a alguien. Mañana se va a verla, y la verdad es que estamos muy tristes. Es un poco extraño, porque contradice todo lo que pensamos de la pertenencia en la relación, pero lo cierto es que las dos lo estamos pasando fatal.

Siempre hemos luchado por no ser posesivas y ahora sentimos que ella nos pertenece; porque ha sido parte de nuestra vida todos estos meses. No estamos orgullosas de nuestros sentimientos, pero me imagino que una cosa es la teoría y otra muy diferente la práctica. Ayer nos acostamos para despedirnos, y supongo que esto ha disparado un poco más los sentimientos, colocándolo todo en una posición mucho más complicada. No sé cómo se siente ella, pero nosotras estamos fatal.

Vuelve el lunes, pero nos atormenta la idea de pensar que este fin de semana va a estar con otra. Sé que contradice todo lo que

pensamos, pero es así; sentimos como si nos estuvieran siendo infieles. Es un poco rebuscado, pero es así. En este triángulo las dos somos una sola parte y ella es la otra.

Sabemos que es una actitud muy egoísta, porque ella tiene que vivir su vida y nosotras somos pareja. Nuestros amigos alucinan con estas cosas nuestras.

Creemos que nos hemos enamorado; tanto como para pedirle que se venga a vivir con nosotras. Pero teniendo en cuenta que se va mañana, hemos decidido callarnos, porque sería muy interesado por nuestra parte fastidiarle el fin de semana, con lo ilusionada que está. Sé que suena un poco raro lo que estoy diciendo, pero en el ambiente feminista en el que me muevo se habla de todo esto. Hay mucha literatura sobre el *poliamor*. Conozco mucho la teoría, pero no tanto la práctica.

Me contó mi amigo Álex —que es muy moderno y está muy leído en estos temas— que el concepto de «poliamor» nació en la década de los sesenta en California. Pero fuera de la cultura «poliamorosa» se trata de una práctica muy antigua que todavía prevalece en muchas culturas.

Una de las condiciones indispensables para mantener relaciones sentimentales con varias personas a la vez es que todas participen por igual y tengan los mismos derechos. Puede incluir o no las relaciones sexuales, y cada cual debe responsabilizarse de sus emociones y sentimientos, sin culpar a nadie de generarlos.

El respeto, la no posesividad y la comunicación son sus pilares.

Los «poliamorosos» se diferencian de los swingers —o personas que intercambian parejas— en el hecho de que la suya no es solo una relación sexual, sino que tiene que llevar implícitos los sentimientos del amor.

Marina fue muy generosa al recordarnos que existen muchas maneras de entender el amor y las relaciones de pareja… Tantas como personas enamoradas.

El *single*

Yo quiero reivindicar el derecho a vivir solo y no ser mirado como un bicho raro ni como un ser antisocial.

Voy a cumplir los cincuenta el año que viene y entre mis expectativas de vida no están ni casarme ni formar una familia.

Me preocupa perder el trabajo —como a miles de personas—, quién me va a pagar la vejez cuando llegue, si voy a tener jubilación o no y el futuro del mundo. Eso es lo que me preocupa…, pero no pienso en encontrar a mi media naranja. Quiero hacer bien las cosas y hacer el bien a los demás, el resto no entra en mis planes.

Con todo esto quiero decir que no estoy desesperado por encontrar a mi media naranja, y hay gente que me considera un bicho raro, un ser antisocial, porque dicen que hemos venido al mundo para juntarnos y formar familias. Yo no me identifico con esto; y creo que tengo derecho a vivir como yo quiera y no como quieran los demás.

Yo ya me siento en familia; tengo unas sobrinas a las que quiero como a mis hijas, pero no me llama la vida de casarme y ser padre. Siempre me ha gustado la soledad. Puedo ir de fiesta con mis amigos, pero al cabo de unas horas tengo ganas de volver a mi casa. Me gusta viajar solo. Me siento a gusto yendo a todos los sitios a mi bola y disfrutando de las cosas sin rendir cuentas a nadie.

No me considero un antisocial, al contrario: yo con mi gente, mis amigos y mi familia me llevo muy bien.

Es la vida que he elegido y quiero que la respeten, al igual que yo respeto la de los demás.

Vengo de una familia tradicional; nunca vi problemas en casa, y a lo mejor es por eso…, porque sé que nunca voy a encontrar nada parecido a lo que tuve cuando era niño, no lo sé, pero la vida no me llama a eso. La vida me llama a ser un *single*.

Single *es el anglicismo más usado, en los últimos años, para denominar la palabra «soltero».*

Ser un single *significa estar soltero/a y sin compromiso, independientemente de si la persona es viuda, divorciada, separada o no casada. Pero ser un* single *hoy en día es ser mucho más, ya que se aleja mucho del concepto de soltero, que arrastra una connotación algo negativa.*

Esto es al menos lo que me contó mi amiga Ana, delante de un par de cervezas, la última vez que fui a verla a Barcelona. Ella, que, pasados los treinta y cinco y cansada de esperar la llegada de su príncipe azul, decidió empezar una nueva vida como mujer single *del siglo XXI, libre, independiente y flexible. Entonces fue cuando le pregunté si somos lo que realmente queremos ser o lo que hacen de nosotros.*

No supo o no tuvo ganas de contestarme.

El placer del sufrimiento

Hace quince años conocí a una persona y me fui tras él dejando marido, hija y casa. Enloquecida de amor… y equivocadísima, por supuesto.

Estando todavía juntos le dio un infarto y cuando salió del hospital, vino diciéndome que se había enamorado de la enfermera de la UVI, que lo sentía mucho pero que no lo podía remediar.

Tuvo un *Love Story* muy corto, porque ella era psicóloga y seguro que mil veces más inteligente que yo.

Desde entonces aparece y desaparece de mi vida alimentando mi locura. Pasa meses sin llamarme; y si lo hago yo ni responde…, hasta que le viene bien verme… Y ahí estoy yo, esperándole, porque no hay ni habrá nadie en mi mundo más que él.

Presume de volver locas a las hembras, y dice que soy su «amiga con derecho a roce». Que soy una buena consejera, pero que ya no hay amor entre nosotros. Que estoy mayor; que fui muy guapa, pero que ahora he «pegado un bajón». Tenemos intimidad solo cuando quiere él, y cuando acabamos dice que no me desea.

Quedamos de vez en cuando y me cuenta sus amores; alardea de conquistas y pasa todo el tiempo mensajeándose con otras, haciendo planes con otras. Alguna noche que me he quedado a descansar en su casa le he mirado el móvil y no sabes qué mensajes…: «Me has hecho llorar, por favor, te quiero ver…». Yo soy su paño de lágrimas; me pide consejo y se lo doy, mientras me voy muriendo por dentro.

Jamás se interesa por cómo estoy; nunca pregunta si me hace

falta algo. Le gusta menospreciarme y sobre todo corregirme. Si dejo el cuchillo en mal sitio, me regaña: «¡Con la edad que tienes y todavía no sabes cómo se colocan los cubiertos!». Acto seguido empieza a hablar de mujeres, mientras toma el sol sin mirarme a la cara, y me pasa el último modelo de móvil que tiene en la mano para que vea las fotos de las chicas con las que sale.

Le digo que todas me parecen *cazos*. Se ríe y contesta que me muero de celos porque no he llegado a conseguir nada con él.

Lo último es que se va a casar con una con más dinero que él, que tiene cuadros de Van Gogh, de Picasso… Y ahí sigo, escuchando y haciéndome daño.

Llego a mi casa sin ninguna energía, hecha cisco. Me quito los tacones y me desmaquillo, y a lo mejor no me muevo de casa en una semana.

Aun así, y a pesar de los pesares, para mí verle sigue siendo todo un acontecimiento. Recibo un SMS suyo y se me para el corazón de la emoción.

Reconozco que cuando estoy a su lado me falta personalidad y carezco de autoestima, y me digo: «Dios mío, ¿cómo puedo tener tan poquísima dignidad? ¿Cómo puedo dejarlo todo por él cuando se digna llamarme? ¿Cómo es posible que engañe a mis amigas, o a mi hija, para ir a verlo porque no quieren ni oír hablar de este señor?».

Es mi alegría y mi condena, y voy tras él como si de una droga se tratase. Y nadie sabe lo que duelen sus humillaciones, como la de aquel día cuando me dijo: «Mañana te quiero ver con un *look* nuevo, y hasta que no te lo cambies, no voy a quedar contigo».

Todas mis amigas me piden consejo, dicen que los doy divinamente. Pero está claro que tengo incapacidad para aplicarme el cuento.

Tiene sesenta años, y al principio era un cielo… Me decía que nunca me fallaría y que siempre estaría ahí. Todo mentira. Nunca contesta a mis llamadas; le escribo y me responde a los tres días. Le mandé un mensaje diciéndole que era un amoral y me contestó que yo no sabía ni cómo escribir esa palabra.

Esto se ha convertido en una enfermedad; ya no dispongo de mí, dependo de que él me quiera llamar.

Cuanto más hablaba de este tipejo, más pena nos daba ella y más manía le íbamos cogiendo al hombre en cuestión…; así que le pedí que parara, que ya habíamos oído suficiente.

Pero ella, consciente del blues *que acababa de entonar y de nuestra intención de hacerle los coros, se negó a señalarlo como único culpable. Sabedora de su parte de responsabilidad y de su fuerte dependencia emocional, supo identificar la necesidad que tiene de este hombre que la humilla.*

Casi ni me atrevía a pensarlo. ¿Será posible que haya encontrado placer en el sufrimiento?

Este testimonio mantuvo mi cabeza ocupada unos días. Para una mujer como yo, educada en un ambiente progresista de líberación femenina, con una madre independiente y luchadora y tres tías autosuficientes y llenas de energía, resultaba difícil empatizar con una persona que no parecía tan distinta a mí, salvo por la diferencia generacional.

Quizá se podría interpretar como que el miedo a la pérdida de lo que fue y el temor a la soledad hubiesen contaminado esa relación. Al informarme sobre el tema, supe que este trastorno, conocido como dependencia emocional, afecta al diez por ciento de la población adulta y que la mayoría son mujeres. ¡Un setenta y cinco por ciento son mujeres!

Sinceramente, incluso contando con las hormonas, descarto que las mujeres seamos emocionalmente más inestables. Pensé en esta y en tantas otras de toda una generación a las que enseñaron a llevarse bien con el sexo opuesto; pensé en la mía, en la que aprendimos a convivir con la amenaza del machismo; pensé en las niñas que pronto serán mujeres…; y pensé que quizá a ninguna nos dan herramientas suficientemente útiles con las que construir una identidad propia, que nos ayude a llevar una vida plena, estable y serena…, y sobre todo emocionalmente independiente.

El amor a los dieciocho

Al comienzo de mi matrimonio —hace muchos años—, yo pensaba que a mi marido le tenía que ver un médico…, pero pronto lo di por perdido.

Tiene setenta y siete; yo, setenta y tres. Lo conocí a los dieciséis y estuvimos siete años de carteo, porque antiguamente se carteaba. Yo no sé si fueron esos años de espera, pero, desde el mismo día de la boda, cada noche me tengo que desvestir en otra parte de la casa, porque si me ve ya no tengo escapatoria.

Mi marido cumple conmigo a diario… Y el pobrecito no creas que no está dolorido…, pero lo único que no le duele es eso, en ese momento. Me está dando un apuro contarlo por la radio… A él lo de ser tan fogoso le parece algo normal; y tiene que *buscarme*, porque yo *nunca estoy*…; casi siempre me duele la cabeza, las cervicales o las piernas.

Cuando vemos en la tele a parejas jóvenes que se quejan de la falta de sexo, nos miramos y nos reímos. Me está dando tanta vergüenza contar esto que hasta me arde la cara…

El sexo en la tercera edad para mí siempre fue un misterio, pero han ido pasando los años y he descubierto que lo único que cambia es el cuerpo, lo demás continúa igual. Nosotros en cincuenta años de matrimonio no hemos cambiado en nada, él sigue igual de pegajosito… Ay, lo que estoy diciendo esta noche y por antena… ¡Por Dios!

A veces pienso que si yo fuera más facilona, igual no me buscaba tanto; que hacerse la dura ayuda a mantener la llama. ¿Estáis oyendo

lo que dice? «Yo veo cómo te desnudas y ya tengo bastante».

Discutimos mucho… Ya lo hacíamos cuando éramos novios. Pero sepa usted que yo no soy de esas que solucionan sus problemas en la cama; yo paces en la cama no hago. Ya sabe él que no. Desde que nuestro hijo pequeño hace su vida, cuando nos enfadamos, como tenemos dos *señoras* habitaciones, yo cojo montante rápido y a otra cosa, mariposa. Él se cabrea muchísimo y dice que no puede dormir…, pero ¡yo no hago las paces en la cama!

¿Le oyen? Dice que todavía no se cree que tenga setenta y siete años. ¡Le paso al superhombre…!

Yo no soy un superhéroe; lo que pasa es que estoy enamoradísimo de mi señora; la veo quitarse la ropa y me pongo en marcha. En ese momento no me duele nada, pero cuando me levanto me duelen todos los huesos.

Yo la respeté hasta que nos casamos, así que llevo toda una vida recuperando el tiempo perdido. Yo no sé cómo se mantiene la pasión después de tantos años…, solo sé que cuando mi señora se desnuda la veo igual que cuando tenía dieciocho años.

Póngale a estas palabras la voz más tierna de este mundo… Hágalo y entenderá la emoción que sentí al escuchar aquella historia de amor. Me quedé pensando en el bonito equipo que hacían y, una vez más, me pregunté por qué a los demás nos cuesta tanto hoy en día mantener una pareja. Supongo que el pasamos la vida exigiendo al otro que sea como queremos que sea debe de tener mucho que ver; y que pensamos que nos irá de diferente manera con otra persona. Y eso, salvo excepciones, es mucho pensar.

Cada vez hay menos misterio en tomo a la intimidad sexual de las personas maduras, porque cada vez existe más literatura sobre el tema y menos pudor para hablar de ello. Y recordé un estudio realizado con matrimonios mayores en el año 2011 y presentado en Boston, en el 64º congreso anual de la Sociedad Gerontológica de Estados Unidos, que, tras entrevistara más de doscientos individuos casados de más de sesenta y cinco años, llegaba a la conclusión de que la frecuencia con la que se

practica sexo a edades avanzadas es un indicativo tanto de la felicidad en general como de la matrimonial… Y que no solo se sentían más felices, sino que la percepción de su propia salud era mucho mejor.

Pues eso…, que viva el sexo.

Mientras los otros duermen…

«Sabía que todas las llaves guardaban una historia que solo ellas pueden desvelar: abrir o cerrar misteriosas zonas donde se ocultan los deseos, la esperanza, el horror, la memoria o un gran vacío».

Paraíso inhabitado, ANA MARÍA MATUTE

Las que se quedan

La misión en Afganistán es la que más bajas ha costado al Ejército español desde que comenzó a participar hace ya más de dos décadas en las operaciones de las Naciones Unidas, la Alianza Atlántica o la Unión Europea.

El Gobierno de José María Aznar autorizó en diciembre de 2001 su anexión a la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) en Afganistán.

Una mina anticarro de gran potencia acabó, el 7 de octubre de 2009, con la vida del cabo Cristo Ancor Cabello Santana, de veinticinco años, que se convirtió en la víctima número ochenta y ocho de la misión del Ejército español en Afganistán.

Ella es la madre de un militar.

Mi chico está en Afganistán. Se marchó el 10 de agosto [de 2010] para las elecciones y hasta marzo no volverá.

Es la primera vez que voy a estar sin él en Navidades. Lo estamos pasando muy mal porque no nos puede decir nada por teléfono. Hay tantísimo peligro que a veces ni siquiera les dejan salir de las bases. Y no ganan tanto dinero como cree la gente, solo un poco más que cuando están en su cuartel habitual. A lo mejor son trescientos euros, cuatrocientos…

Son una piña, un equipo. Si tienen que ir a un destino optativo, van todos. Lo necesiten económicamente o no, se deje a la señora a punto de dar a luz o se deje —por ejemplo, mi hijo recién casado—

a la mujer sólita. Se casó antes de irse por si le pasaba algo, porque no quería que la chica perdiera sus derechos. Lo quería todo en orden. Sí, señora.

Yo oigo barbaridades, pero él solo me cuenta que está bien.

El día que ocurrió lo de ese chico, enseguida me quiso localizar para decirme que a él no le había tocado. Llaman cuando pueden, se van a las aldeas y allí están quince días. De lo que hace me cuenta muy poco, porque lo llevo muy mal. Después del atentado, sus hermanos y su mamá, que soy yo, estamos en manos de psiquiatras.

Ni tomando la medicación consigo pegar ojo.

También ella sabe lo que es ser madre de militar.

Yo he sido una persona medianamente feliz, supongo que como todo el mundo.

Muy afortunada en el trabajo y un poquito desgraciada en el amor, pero el día 10 de abril mi vida se truncó para siempre. Mi hijo pilotaba el helicóptero que se empotró en las montañas de Haití y falleció. Estaba allí en acción humanitaria. El día anterior hablé con él veintidós minutos y me dijo: «Mamá, volaré muy poco ya, porque he volado mucho». Al día siguiente lo llevaron porque el compañero se había puesto malo.

Lo que siguió al accidente se puede imaginar. Tardaron cuatro días en traer los cadáveres. Aquello fue horrible. Gracias a Dios, se borra de la mente, o lo quieres tú borrar…

Pero fíjate qué contradicción: me siento feliz. Perder un hijo en esas circunstancias, sin poder despedirte de él, es como para volverse loca. Pero soy feliz porque está en mí la felicidad y pienso: ¿qué podría haber hecho para que esto no hubiera pasado? La respuesta es nada.

Cuando estoy muy triste voy al cementerio. Aunque el psiquiatra no quiere que vaya, voy y le pongo flores.

Él era muy humilde, muy sencillo. Y yo me siento bien porque sé que soy la madre de un héroe.

Tengo un trabajo que me gusta, tengo una buena vida, he podido dar carrera a mis hijos…, y he perdido uno, pero creo firmemente que el dolor también te ayuda a ser feliz.

A lo mejor puede parecer un disparate lo que estoy diciendo.

¿Un disparate…? Pensé que era una de las reflexiones más sinceras que había oído en mi vida.

Tras el terremoto de Haití —a consecuencia del cual murieron más de 220.000 personas—, un contingente español se desplazó a la zona, a bordo del buque Castilla. *Cuatrocientos cincuenta militares llevaron a cabo labores de reconstrucción y ayuda, sobre todo sanitarias, de distribución y producción de agua potable, así como trabajos de desescombro en las calles.*

Cuatro militares, un alférez, un cabo, un teniente y un comandante de la Marina perdieron la vida en un accidente de helicóptero cuando regresaban a la localidad de Petit Goave, al oeste de Puerto Príncipe, donde estaban estacionados efectivos de la llamada Agrupación Hispaniola, que participaba en la ayuda humanitaria en Haití. El accidente mortal se produjo cuando faltaban apenas tres semanas para completar la misión.

Aquella noche tuve que hacer muchos esfuerzos para que no se me notase la emoción. Aún hoy se me llenan los ojos de lágrimas cuando me acuerdo de las palabras de esta madre.

Ellas son las que se quedan, y solo ellas saben lo que eso significa.

El *Alakrana*

Fue esta la madrugada que vivimos, como habitualmente viven tantas y tantas familias de pescadores, mirando al mar.

Dos en punto. Hora menos en Canarias. En el boletín informativo los compañeros daban una noticia que alteraría la vida del programa durante las siguientes madrugadas.

«El atunero vasco Alakrana *ha sido secuestrado por piratas somalíes cuando se encontraba a ochocientas millas de la zona de operaciones de la misión Atalanta. A bordo, treinta y seis marineros, dieciséis de ellos españoles…».*

Minutos después, los oyentes del chat se alarmaban y repetían sin cesar dos nombres, dos nicks, Elora *y* Poldarck, *protagonistas, sin querer, de la actualidad. El marido de Marian era uno de los retenidos…*

Soy *Elora*, aunque hace mucho que no entro en el chat. Mi marido también es *chatín*, lo conocen como *Poldarck*. Está en el barco, en el pesquero *Alakrana*…, le faltaban veinte días para volver a casa.

Decir, en primer lugar, que desde el Gobierno, tanto el vasco como el central, están pendientes de nosotros, los familiares.

A primera hora de hoy [3 de octubre de 2009], a las nueve y diez, me llamaron desde la empresa para la que trabaja mi marido para decirme que a las cinco y media de la mañana eran apresados, justo en el momento en que desplegaban la red, que es cuando se encuentran más indefensos.

Habían salido de un puerto de las Seychelles hacía un día y

medio, así que estaban en aguas internacionales, y así nos lo ha hecho saber el Gobierno vasco. En ningún momento, como ha dicho el comandante de la fragata, se han jugado el tipo.

Que me perdonen, pero estoy muy nerviosa y la rabia me lleva a decir que esto huele a estrategia.

Señores, en el mar no hay límites. ¿Quién le pone muros a la mar? No se puede y menos a un océano.

En 2002 Josu Erkoreka denunció públicamente lo que sucedía y el señor Zapatero le aconsejó que dejara de leer novelas de Sandokán. Aquí está… Tanto que viene el lobo y el lobo llegó…

Han escapado muchas veces de los ataques. Desde el 20 de junio que embarcó mi marido, han sido cinco los intentos.

Y detrás de esos hombres, detrás de muchos más barcos españoles que hay allí faenando… estamos las familias. Sufriendo un infierno, pagando impuestos para que nuestros soldados nos cuiden; y los mandan a Afganistán en misión de paz, y allí no hay ningún español en peligro, pero en el índico sí.

No tengo noticias, estoy muy indignada, muy dolida, y tengo mucho miedo. A las cinco y media de la madrugada de ayer mandaron una señal de socorro a la fragata *Canarias*, que estaba a día y medio de donde faenaban. Pero, como es lógico, dos fragatas no cubren un océano y un montón de barcos no pueden estar desplegando sus redes alrededor de dos fragatas que los protegen.

Esto se veía venir; en su día no se hizo nada, no se pusieron los medios. La señora Chacón nos negó la presencia militar.

¿Por qué nos niegan presencia militar cuando otros gobiernos ya la llevan? ¿Por qué? ¿Porque somos vascos? Señores, no todos los vascos somos etarras… Aquí hay gente de bien, que se va a catorce mil kilómetros dejando a su familia cuatro meses.

A mi marido le faltaban veinte días para hacer los cuatro meses…

Tenemos una hija de catorce años, que está sufriendo lo que no se puede imaginar nadie, porque no comprende que a su padre no lo cuiden.

Hasta ahora no ha habido muertos, pero ¿quién me asegura que

esta vez no los haya y que no sea el mío? ¿Quién me asegura eso? ¿Quién? ¿El Gobierno me asegura a mí eso…? No, lo que me asegura es que el año que viene me cobrará impuestos, mientras mi marido se juega la vida.

Son hombres aguerridos que luchan contra el mar, un mar embravecido. Acaban de salir del invierno allí y trabajan con olas de cuatro y cinco metros, para traer el pan a su casa.

Si Gaizka y los marineros me estuvieran escuchando, les diría que tranquilidad, que estamos con ellos a muerte, que les queremos y que les estamos esperando. Mientras Dios me dé vida, voy a luchar por mi marido y sus compañeros.

Espero que sepáis perdonarme porque estoy muy enfadada y se me nota.

Soy una persona de paz, pero nos han tocado lo más importante: nuestros maridos, los padres de nuestros hijos, nuestros hijos, hermanos, amigos y personas buenas, que dejan sus hogares ocho meses al año. Meses en los que suceden muchas cosas, tanto en los barcos como en las casas.

En el chat los oyentes sufrían con Marian, con Elora… *La frase más repetida era: «Verás como pronto vuelve a casa».*

Entré en el chat hace un año y pico buscando compañía y nunca pensé que iba a encontrar seres tan maravillosos.

Espero poder saludaros a todos… y entrar con *Poldarck* algún día.

Muchas gracias por escucharme. Perdonad mi genio, no quería enfadarme tanto. Volverá, sé que volverá. Pasaremos días muy duros, pero volverá…

Minutos después de la conversación, diversos medios de comunicación se pusieron en contacto con nosotros. Querían entrevistarla.

Le pedimos permiso. Accedió. Y nos acostumbramos a verla en

televisión defendiendo a su marido, exigiendo que se lo devolvieran sano y salvo.

Fue la primera vez que le puse cara a una historia de Hablar por hablar.

Una semana después abríamos el programa con un esperanzador titular: «Los marineros del Alakrana *vuelven a casa». Y Marian volvía a llamar.*

Quiero compartir mi felicidad con todos y, sobre todo, agradeceros el cariño y el apoyo de cada noche. Me he sentido muy acompañada. Hoy he podido hablar con Gaizka, en libertad por fin. Lleva veinte días enfermo, padeciendo un cólico nefrítico. Beber mucha agua es fundamental y no la ha tenido. Tampoco medicinas.

Hoy lo ha atendido la médica de la fragata, le ha puesto una inyección y está un poco mejor. Tiene muchas ganas de volver a casa. Ha sido muy emocionante hablar con él.

En principio está previsto que el barco llegue a las Seychelles, al Puerto Victoria, el jueves. Nos han ofrecido ir en un avión a su encuentro, pero yo estoy débil y no voy a hacer ese viaje tan largo, porque sé que cuando Gaizka regrese va a necesitar atención y prefiero estar fuerte para cuidarlo. Espero tenerlo aquí el viernes.

Esta mañana sonó el teléfono a las ocho. Una gran amiga, Rosa, cuyo marido ha sido compañero del mío muchos años, me dijo: «¡Corre, corre, tírate de la cama, están dando buenas noticias por la tele!». Yo no me creía nada…, era incapaz de creer. La confirmación de la noticia llegó casi al tiempo que aparecía el presidente Zapatero en la televisión. Minuto y medio antes la empresa nos confirmaba la vuelta a casa. Mi hija está expectante, nerviosa y deseando que pasen las horas para abrazar a su padre.

Estamos muy contentos porque también, por primera vez, las personas de la tripulación que no son españolas —los de Indonesia, Madagascar o Senegal— han podido contactar con sus familias.

En cuanto a la atención oficial que hemos recibido, me han llamado el secretario del Mar y el viceconsejero del Gobierno vasco. He estado enferma y tanto él como Pilar han llamado a menudo

para interesarse por mí. También quiero decir que la ministra ha sido muy amable con todas las familias. Espero que nos tomemos un café cualquier día de estos, cuando ella tenga libre y quiera.

A raíz de hacer el ruido que hicimos, vimos que importábamos y que no estábamos solos. Y aunque a veces echo de menos el anonimato, el no ser desconocidos por un tiempo es el agradecimiento que hay que dar a la prensa, porque nos ha ayudado muchísimo, la verdad.

Hoy por primera vez los liberados han tomado contacto con la fragata y les han dicho que tienen unas esposas muy guerreras.

Mi agradecimiento a todas las personas que nos han apoyado, que han estado con nosotros. En esos momentos en los que creíamos estar en el infierno, hemos sentido su cariño y su apoyo.

Ojalá que nunca más haya un secuestro y que estos buques que siguen privados de libertad en Somalia la tengan pronto y vuelvan con sus familias. Nosotros hemos tenido suerte, tenemos un Gobierno que, cuando se ha puesto a trabajar, se ha visto que tiene humanidad.

Gaizka todavía no ha vuelto, y solo pensar que en algún momento tendrá que volver a la mar me llena de ansiedad. Quizá sea el momento de darle un cambio a nuestra manera de vivir, no lo sé; yo le voy a apoyar, como siempre.

A lo que se está viviendo en el índico hay que darle una solución. No es manera de trabajar. Sometidos durante cuatro meses a un verdadero estrés, además de estar lejos de sus casas. Las personas que no conocen esta vida no pueden llegar a hacerse una idea de lo que es. Hay muchas familias que viven de la flota española.

Los *chatines* y los oyentes se han volcado con nuestra historia. Siempre he sentido que *Hablar por hablar* era mi casa desde el día que lo escuché, y quiero agradecer desde el fondo de mi corazón ese apoyo y cariño.

El cautiverio se prolongó durante cuarenta y siete angustiosos días. En la operación de rescate, los militares españoles capturaron a dos de los

secuestradores. Gaizka volvió a casa… En la televisión hicieron una miniserie con la historia del secuestro. El juicio se celebró un año después. Vimos a nuestro héroe testificando con lágrimas en los ojos… Ni él ni el resto de marineros del Alakrana *pudieron reclamar las indemnizaciones previstas. El Supremo falló en su contra —como había hecho antes la Audiencia Nacional—, considerando que el acto de piratería perpetrado el 2 de octubre de 2010 fue organizado por un grupo criminal cuya finalidad no era «alterar la paz pública y el orden constitucional» —lo que define los delitos de terrorismo—, sino que buscaba solo «el lucro económico valiéndose del abordaje de barcos, del secuestro y de la extorsión de los tripulantes de los buques».*

Los pescadores aseguraron que los secuestradores pertenecían a un grupo denominado Buread Badeed («los que roban en el mar»), cuyos miembros colaborarían con la milicia islamista somalí Al-Shabab, considerada una organización terrorista. Citaron informes de la ONU sobre piratería, y la investigación policial del caso afirmó que el grupo que organizó el secuestro «pudiera estar integrado en otro más amplio conocido como Marines Somalíes», un grupo «con organización militar jerarquizada» cuya finalidad es «crear gran alarma social». Pero los magistrados, sin embargo, consideraron que solo demostraba actividades de «pillaje».

Poco después supimos que Gaizka volvió al índico, no tuvo más remedio. Nos lo contó Marian, y también que de vez en cuando alguien por la calle le recuerda que su marido volvió a casa gracias al dinero de los españoles con el que se pagó el rescate…, algo que a día de hoy nadie ha podido demostrar y que el Gobierno niega rotundamente.

Actualmente, la vigilancia privada a bordo de los atuneros, así como el despliegue aeronaval de la Operación Atalanta de la Unión Europea, que cuida de los pesqueros, han reducido el número de ataques que acaban en secuestro. Las autoridades de Seychelles dieron luz verde a que los atuneros con base en el archipiélago pudieran embarcar; además, ametralladoras pesadas para hacer frente a los ataques piratas. Hasta ahora solo se les permitía utilizar fusiles.

Ni siquiera el mar es ya lo que era…

Sol en la noche

«¡INDIGNAOS! Un grito, un toque de clarín que interrumpe el tráfico callejero y obliga a levantar la vista a los reunidos en la plaza. Como la sirena que anunciaba la cercanía de aquellos bombarderos: una alerta para no bajar la guardia. Al principio sorprende. ¿Qué pasa? ¿De qué nos alertan? El mundo gira como cada día. Vivimos en democracia, en el estado de bienestar de nuestra maravillosa civilización occidental. Aquí no hay guerra, no hay ocupación. Esto es Europa, cuna de culturas. Sí, ese es el escenario y su decorado. Pero ¿de verdad estamos en una democracia? ¿De verdad bajo ese nombre gobiernan los pueblos de muchos países? ¿O hace tiempo que se ha evolucionado de otro modo?».

JOSÉ LUIS SAMPEDRO, prólogo de *¡Indignaos!*, de STÉPHANE HESSEL

Sol en la noche

Una madrugada un joven interrumpió la relativa tranquilidad de nuestras últimas noches con su grito pacífico de indignación. Llamaba desde la Puerta del Sol de Madrid, entonces bautizada como Plaza de la Solución.

Son las cuatro menos veinte de la madrugada y está terminando una de las asambleas. Mucha gente se retira a su tienda de campaña a dormir. Ha sido un día muy largo; hemos repartido la comida que quedaba y acabamos de hablar con los vendedores de bebidas para pedirles que traigan solo las que no tienen alcohol, porque no queremos dar una imagen que no nos represente.

Estamos escuchando quejas acerca de la suciedad y el vandalismo, pero no estamos de acuerdo.

Frente a la estatua de Carlos III hay una imagen gigante de la actriz Paz Vega a la que alguien le ha puesto la cara de un banquero con las orejas de Mickey Mouse.

Y en cuanto a la suciedad, se está haciendo todo lo posible, pero hay mucha gente y algunos traen la comida desde sus casas. De hecho, hay creada una comisión de limpieza y entre todos vamos limpiando. Evidentemente siempre hay algo en el suelo, pero en cuanto alguien lo ve, lo recoge y lo lleva a una de las papeleras gigantes. Es que aquí hay mucha gente y toda muy diferente. Fíjate la hora que es…, y seremos unas dos mil personas.

Bien es cierto que al dar comida gratis, como estamos dando,

muchas personas que viven en la calle aprovechan y vienen. Nosotros estamos encantados, pero algunos medios de comunicación se sirven de ciertos perfiles para ilustrar su información sobre la protesta.

Yo tengo veinte años y estoy aquí desde el día de la manifestación. Me he cansado de quejarme y de oír quejas. Quiero soluciones. Mi padre dice que nos toca movernos a nosotros, los jóvenes; pero hay muchos temas que son de ellos, y por ellos estamos protestando. De todas maneras cada vez hay más gente de otras edades.

Es alucinante lo que se está viviendo aquí; la gente está muy sensibilizada con la causa, hay una colaboración increíble. Hay que estar aquí y verlo.

Que quede claro que por aquí pasa la Cañada Real, así que legalmente podemos quedarnos tres días; y que nos parece sorprendente que se pueda acampar para ver a Justin Bieber y que no se pueda para protestar por unos derechos, que no son ni de derechas ni de izquierdas, que forman parte de la sensatez.

La idea es quedarnos en la plaza hasta el viernes por la noche. El sábado en principio se desmantela y se respeta la jornada de reflexión.

Aquí no hay ningún partido político; esto es una asamblea en la que se proponen cosas, y ya tenemos un manifiesto en Internet.

Hoy un joven se quejaba de la situación del país diciendo que nos estamos muriendo de hambre y enseguida saltó un hombre asegurando que de hambre se moría él, que con cinco años tenía que ir pidiendo comida de casa en casa.

Es verdad que estamos protestando por derechos que consideramos que nos pertenecen. Nuestros padres y abuelos lo pasaron peor, pero precisamente por eso hay que seguir la lucha, por nuestros abuelos, por nuestros padres y por nosotros.

El cambio no se va a notar este domingo en las urnas. Este es un primer paso para que las cosas cambien, *y ya está dado*.

Esto no ha hecho más que empezar. Y como tenemos esperanza…, estamos aquí.

El 15 de mayo de 2011, la plataforma Democracia Real YA convocó una manifestación en sesenta ciudades españolas. Al final de la marcha un importante número de jóvenes improvisó una sentada en la plaza de Callao de Madrid, que se disolvió con cargas policiales. Tras la detención de veinticuatro personas, unos cuarenta jóvenes, movidos por la indignación, se sentaron en el asfalto de la Puerta del Sol como reacción a la desproporcionada respuesta policial a sus preguntas. Decidieron no moverse de allí hasta el 22 M, fecha de las elecciones autonómicas.

Lo que ocurriría después forma parte de nuestra historia más reciente.

La llamada al programa de este joven indignado se convirtió en uno de los audios más descargados en Internet ese día y en uno de los temas más compartidos en Twitter, en un momento en el que los medios de comunicación no sabían muy bien de qué manera acercarse a un movimiento poco organizado, pero que estaba dando toda una lección moral por su valentía y su forma de discutir, horizontal y asamblearia.

Bakea… Paz

El 20 de octubre del año 2011 la banda terrorista ETA anunciaba el abandono definitivo de la violencia que había sostenido durante más de medio siglo, provocando miles de heridos, familias rotas y ochocientos veintinueve muertos. Entre ellos, Isaías Carrasco Miguel, un exconcejal socialista que fue asesinado el 7 de marzo de 2008.

Se cerraba así una de las páginas más negras de nuestra historia, y se abría otra que todavía está por escribir, la de la construcción de la paz.

Hace tres meses me cambió la vida, pero esta noche estoy triste.

Llevo en el País Vasco desde los cinco años. He estado prácticamente toda mi juventud, desde que entré a formar parte de un partido político, perseguida por la banda terrorista ETA. Me casé con un hombre que lleva incluso más seguridad que yo.

Aun así y todo, soy una de las pocas personas que ha sido tremendamente feliz aunque llevara escolta. Nunca me levanté con el cuello encogido por haber pasado la noche pensando que podían matar a un compañero o incluso a mi marido.

Pero en noches como la de hoy te detienes a pensar en lo que ha sido tu vida y te das cuenta de lo mucho que te has perdido. Y más que yo, mi hijo, que ha conocido muchos escoltas; su padre todavía lleva. No digo que eso le esté perjudicando, pero es una realidad el hecho de que no ha podido ir a jugar a los parques como otros niños.

Es un chico alegre, muy listo, y dicen que normal…; pero yo no

sé hasta qué punto lo puede ser después de todo por lo que ha pasado.

Hoy he recordado el sufrimiento de todos estos años, los días que se han quedado por el camino. La misma indolencia que practicaba la sociedad cuando mataban la está practicando cuando han dejado de matar.

Hoy más que nunca siento que hemos sido valientes y hemos sabido aguantar; que a esta tierra la hemos defendido entre todos.

Políticos como mi marido lo han apostado todo por la paz. Él ha perdido proyección laboral, tiempo para sus hijos, y nunca he visto que a los suyos se les haya reconocido el mérito. Yo, que aprecio lo que ha hecho por mí y por la sociedad vasca, quiero darle las gracias y decirle que le quiero mucho y que valoro la fortaleza que le ha dado a nuestro hijo. Su profesora me dijo una vez que no es que entienda el significado de las palabras «justicia» y «libertad», sino que el chico tiene interiorizado el concepto.

Antes no pensaba en todas estas cosas porque no me lo podía permitir, estaba demasiado ocupada haciendo política para sobrevivir. Ahora hay que seguir caminando; la sonrisa nunca logró quitármela nadie. Esta es solo «una noche».

Quiero tener un recuerdo muy especial para una persona que mató ETA: mi amigo Isaías.

Mañana llevaré a mi niño al cole e iré al pleno. Pero esta es… una de «esas noches».

Sé que no fui la única a la que este testimonio le llegó con fuerza; pero no me imaginaba que dos días después, cuando estaba a punto de salir hacia la radio como cada noche, sonara mi móvil por aquella llamada. Era un compañero al que aprecio mucho y que ejerce un puesto de responsabilidad en la SER. Quería presentarme a alguien. Este alguien me dijo que era un oyente más, pero su nombre correspondía al de uno de los políticos vascos más influyentes del momento. Había oído la llamada y no solo se identificaba con lo que en ella se decía, sino que había identificado a esa mujer que hablaba de familia, de escoltas, de libertad… No compartían

ideología política, pero se llevaban bien, y esa noche estuvieron más cerca que nunca.

Un año después, el 17 de mayo de 2013, Antonio Basagoiti, expresidente del Partido Popular en Euskadi, se despedía de la política después de dieciocho años ejerciendo como cargo público y se marchaba a México para iniciar una nueva vida profesional. Aseguró que se lo debía a su familia… y que quería que sus hijas lo vieran sin escolta.

Vivir por encima de las posibilidades

La rabia, la impotencia y la tristeza me definen mientras recojo mi ropa, la ropa de la familia…; la de toda una vida.

Tengo treinta y un años y un niño de doce. Me veo en una situación en la que jamás pensé que me iba a llegar a ver. Se me ha terminado el paro y me han denegado la ayuda de los cuatrocientos euros. Mañana mismo debo dejar mi piso…; el piso que me compré con tanto esfuerzo, con tanta ilusión y por el que tanto he luchado.

Esos que nos gobiernan dicen que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades… ¿Querer tener un techo para formar una familia es vivir por encima de las posibilidades…? Si es así, que me detengan. Si comprarte un coche de segunda mano, ahorrando euro a euro, es vivir por encima de tus posibilidades, que me encierren porque entonces soy culpable… O yo no lo entendí o se explicaron mal en el banco. La persona que me concedió la hipoteca nunca me dijo que no entrase dentro de mis posibilidades. Me siento culpable sin tener culpa.

He luchado mucho por tener algo y no he dejado de trabajar ni un solo día de mi vida para pagarlo todo…, pero el trabajo ha desaparecido. He vendido el coche, la televisión que compré también con esfuerzo —que no es de plasma ni tiene nada sofisticado—, todo para poder pagar la factura de la luz y para que a mi hijo no le falte el agua caliente. A día de hoy no sé cómo voy a comprar sus libros… Dentro de poco no podré darle ni un vaso de leche a mi propio hijo. ¿Y qué?, ¿me van a quitar a mi niño también?

¿Todo eso lo sabe el señor Rajoy? No creo. Él no tiene los

problemas que tenemos los millones de españoles que estamos pasando lo que estamos pasando.

Estoy cansado de oír que si la herencia recibida, que si tiene la culpa uno, que si la tiene el otro… Si tan listos son todos, ¿por qué no previnieron esto? ¿Por qué tienen que ayudar a los bancos? Que ayuden a la gente, a los que estamos padeciendo sus errores. ¿Por qué no me rescatan a mí, en vez de quitarme mi casa?

En estos momentos, rodeado de cajas, terminando de recoger la ropa, sin tiempo para despedidas, pienso en eso de que «ahora mi trabajo es buscar trabajo». Dicen que hay que echar currículos… Y yo me pregunto: ¿de dónde saco dinero para las fotocopias?, ¿cómo me desplazo para entregarlos? Todo cuesta dinero. Para buscar trabajo, ¿tengo que robar? Si no me queda más remedio, robaré.

Llevo una semana buscando chatarra en los basureros que poder vender; un kilo son cincuenta céntimos… ¿Sabes cuántos kilos de chatarra hay que coger para poder dar un plato de comida a un niño? Me había jurado que mi hijo nunca pasaría hambre y me han caído las palabras encima.

Yo nunca he pedido un préstamo para irme de vacaciones o para comprarme un coche y aparentar…, nunca. Si no he podido tomarme un café en un bar, no lo he tomado. Si mi hijo no podía tener una Playstation, no se la he comprado. Esa fue siempre mi ideología, así me enseñaron. Nunca viví por encima de mis posibilidades. Yo no viajo en *business*, no tengo coche ni guardaespaldas que me cuide. Esta gente cobra un dineral por estar sentado en una oficina… ¡Coño, yo también quiero que me paguen por no hacer nada! ¡Eso no es trabajar! Trabajar es ir a la cantera, como yo he estado haciendo varios años, para que la gente pueda colocar la pizarra en sus tejados… O levantarte a las seis de la mañana y subirte a un andamio; eso es trabajar. No el tener una persona al lado que te dice lo que tienes que hacer y decir porque no sabes ni hablar inglés.

Cuando quieren los votos, bien que hablan con el pueblo, pero una vez que los tienen, solo se acuerdan de nosotros para fastidiarnos.

Nadie me preguntó si quería el euro, nadie vino a preguntarme a casa. Cuando gobernaba Aznar, ¿acaso alguien quiso saber si estaba de acuerdo con enviar tropas a la guerra…? Y, sin embargo, vienen cuando quieren que vaya a votar. Pues a mí no vuelve a llamarme a la puerta nadie. ¿Y sabes por qué? Porque ya no tengo un piso con una puerta a la que llamar.

Soy bancario, no banquero

Estaba dándole vueltas a la cabeza escuchando lo que la gente dice y he sentido que esta era mi noche.

Voy a hablar del gran problema que tenemos en este país con los desahucios. Yo represento a la parte contraria; soy director de una entidad bancaria y el que recibe, en el despacho, a todas estas personas que por una circunstancia o por otra se encuentran a punto de perder su casa.

Todo el que llama a mi puerta me señala, me identifica como el culpable de su problema. Soy el mal de todos sus males y el único que lo puede arreglar. Recibo amenazas encubiertas: ella, que si no hago algo, se tirará por el balcón; y él, que si me atrevo a quitarle la casa, lo pagaré caro.

Este es el día a día de los directivos honestos de toda la vida de la banca española; tenemos que soportar lo que los políticos no quieren arreglar. Y nosotros no somos el mal del sistema, somos una víctima más de este sistema demencial en el cual una persona que debe a una entidad bancaria un préstamo a treinta y tantos años deja tres cuotas sin pagar y, por el artículo treinta y tres, el préstamo pasa a mora y automáticamente comienzan las reclamaciones judiciales.

Yo, por prescripción facultativa, ahora tomo pastillas para dormir, porque me llevaba los desahucios de los demás a casa y no pegaba ojo pensando en esa pobre gente.

Nosotros no somos los culpables de esta situación. Somos bancarios, no banqueros; esa es la diferencia, pero a nosotros nunca se nos escucha. Se nos mira con otros ojos, porque nos ven con

chaqueta y corbata y enseguida piensan que estamos por encima de todo. Es imposible soportar esta presión.

Los políticos, los jueces y el Banco de España, que es el órgano regulador de todo el sistema financiero español, son los que verdaderamente tienen que velar por las personas y legislar para que alguien arbitre un medio para parar los desahucios.

El parche que ha puesto el Gobierno no solo me parece insuficiente, es una auténtica aberración.

Nosotros nos estrujamos los sesos, hacemos segundas hipotecas, novaciones, todo lo que haga falta antes de que alguien pueda perder su casa.

Cuando alguien no paga es porque no puede. Que dejen una demora tres años, y después una dación en pago o un alquiler social.

Alguien tiene que ponerle el cascabel al gato y esos son los políticos.

Me levanto a las seis de la mañana y empiezo a pensar en las cosas que tengo que hacer; abro mi ordenador y aparecen las historias del día. Hoy me espera una jornada dura, con varios problemas sobre la mesa.

Nosotros los bancarios también lo estamos pasando mal; también tenemos hipotecas, y con las fusiones muchos nos vamos a ir a la calle. Pero ese es otro *Hablar por hablar*.

Cuatro días después de que escucháramos las palabras de este trabajador de la banca, un agente de la Policía Local de Valencia de treinta y ocho años de edad era detenido, acusado de haber apuñalado a un trabajador pre jubilado de Bankia al que habría comprado preferentes y al que, al parecer, culpabilizaba de su mala situación económica.

El agresor, que había estado de baja por depresión, había comprado acciones preferentes de Bankia por unos 300.000 euros y ya había amenazado con anterioridad a la víctima, de cincuenta y cinco años.

Por otro lado, y en el mismo contexto, los procedimientos de desalojo de viviendas, locales o fincas —llamados popularmente «desahucios»— al cierre del año 2012 ascendieron a 101.034, según la estadística elaborada

por el Consejo General del Poder Judicial. Cataluña, Valencia, Andalucía y Madrid estaban a la cabeza. Y eso que se había aprobado el decreto-ley del Gobierno que establecía la dación en pago en casos extremos de riesgo de exclusión social, y siempre que lo acepten los bancos, para saldar la deuda hipotecaria con la entrega de la vivienda.

Ese mismo año ciento diecinueve personas decidieron quitarse la vida, incapaces de superar la idea de quedarse en la calle por no poder pagar la hipoteca al banco. Una de ellas fue un hombre de cincuenta y tres años de edad que se arrojó al vacío desde un segundo piso cuando estaba a punto de ser desahuciado. La víctima, que llevaba mucho tiempo desempleado, besó a su hijo en la mejilla segundos antes de intentar suicidarse delante de la comisión judicial y de un policía local.

Técnicamente llaman «lanzamiento» al despojo de una propiedad por orden judicial… Me pregunto si alguien se ha molestado en crear una palabra que, por si sola, haga referencia al miedo, la desesperación, la soledad, la impotencia y la culpabilidad.

La vida es un viaje

Los aeropuertos… Esos lugares impersonales donde todo el mundo se parece y donde nadie repara en los detalles, porque nuestra presencia allí es efímera. En ningún lugar del mundo las horas pasan tan lentas como de noche en un aeropuerto…; si uno cierra el libro que está leyendo o abre los ojos a la curiosidad, quizá se fije en esa persona que parece tener la misma prisa que el resto —es decir, ninguna— y que pasea lentamente hurgando en todas las papeleras.

Le llamo desde el aeropuerto de Barajas. Aquí es donde vivo. Duermo en el suelo; acabo de ducharme en uno de los lavabos de la Terminal 4; imagina la situación.

Hace unos dieciséis años que me separé. Firmé un convenio regulador de estos amistosos —con todo el cariño y todo el amor— y desde entonces no volví a ver a mis hijas.

El día 27 de este mes murió mi madre de un derrame cerebral, delante de mí. Trató de decirme algo pero no pudo.

Tengo una familia un poco disfuncional. De nueve, quedan seis hermanos vivos; uno murió de sobredosis y otro alcoholizado. Mi padre se quitó la vida. Yo estoy en rehabilitación, tratando de no consumir.

En este momento de la conversación suena la megafonía del aeropuerto recordando a los señores pasajeros que está prohibido

fumar en todo el recinto y que, por su propia seguridad, deben vigilar sus pertenencias.

Lo siento, pero está sonando la megafonía. Espera un momentito que acabe y ahora seguimos hablando… ¡Vaya, ahora el mensaje en inglés…! Yo ya estoy acostumbrado, el problema es que los oyentes no… Bueno, sigamos.

Me suspendieron la prestación del paro que tenía y, al no tener para pagar la habitación, me vine para acá. Como gracias a la ayuda de unos y de otros. Acudo a una parroquia donde hacen bastante por mí.

Lo más difícil de estar aquí es, por ejemplo, cuando tengo que bajar a Madrid; que te apetezca un café y no te lo puedas tomar; o quedarte sin tabaco y que no lo puedas comprar. Que los gamberros no te dejen dormir o que te intenten robar, como me pasó el otro día, que me desperté al sentir que dos personas estaban hurgando entre mis cosas. Esta mañana le robaron a un mendigo, pobrecito, que está peor que yo porque duerme en la calle. Le quitaron la mochila y veinte euros. ¡Un desastre, vamos! Que haya tanto vigilante por aquí, tantas cámaras y que no nos protejan un poquito más…, ¡es lamentable!

Soy un conflictivo laboral que no puedo estar donde haya gente porque hablo muy claro; y eso no le gusta a nadie. Pero me estoy preparando para taxista.

Sé que no soy un santo. He cometido muchos errores, he mentido mucho, fumado mucho, bebido mucho y jugado mucho; pero al mismo tiempo he trabajado también mucho.

Vi a mis hijas en el entierro de mi madre, pero no quisieron hablar conmigo, ni siquiera escucharme. No soy ningún ogro; no soy un criminal, soy una persona.

Que voy a salir de esta, lo tengo bien clarito; yo soy un hombre de mucha fe; a mí no me falta nada.

Bien es cierto que la comida me la tengo que conseguir yo, pero, vamos, que gracias a Dios estoy aquí; porque si hubiera seguido el camino de mi padre o de mi hermano, hace años que no existiría.

De hecho, intenté quitarme la vida con una cuerda atada al cuello, pero me encontraron a tiempo. Digo yo que los mandaría el de arriba.

Nada más. Solo unas palabras que quiero dedicar a todo aquel que esté en la misma o peor situación que yo: «Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa; Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza…». Eso es verdad; quien a Dios tiene nada le falta.

Es muy difícil saber con exactitud cuántas personas sin hogar hay en España. Al cierre del año 2012 se calcularon más de treinta mil, muchas de ellas dormían en la calle.

En 2011 el Ayuntamiento de Madrid cifró en una treintena el número de personas sin hogar que pernoctaban en el aeropuerto de Barajas.

Desafortunadamente, esta cifra ha seguido subiendo; porque, según la Red Europea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social, once millones y medio de españoles están en riesgo de pobreza y exclusión social.

La planta n.º 8

Hay un mundo que forma parte de nuestro universo donde los problemas adquieren una dimensión relativa. Ese mundo, paralelo a este, es el que se crea en tomo a la vida dentro de un hospital.

Hoy es una de esas noches malas, pero me dio por poner la radio y al escuchar pude darme cuenta de que no soy el único que tiene problemas.

Llevo dos meses en el hospital con mi hijo de siete años. No me he movido de aquí desde entonces; aquí paso el día y la noche.

Tiene leucemia. Estamos esperando el trasplante de médula, es su única opción. Ha empezado un ciclo nuevo de quimio y le ha sentado muy mal.

Nuestra vida se ha reducido a dieciocho metros cuadrados, que es lo que mide esta habitación; tiene totalmente prohibido salir y las visitas están restringidas. Y, bueno, aquí estamos los dos, un día tras otro.

Llevo separado de mi mujer seis años y tengo la custodia de mis tres hijos. De su madre no sabemos nada; formó una nueva familia y desde hace meses no tenemos noticias. Los mellizos están con la abuela; llevo casi dos meses sin verlos, porque es aquí donde debo estar.

Aprovecho para dormir cuando vienen las enfermeras y las auxiliares —a las seis y media de la mañana—; el resto de la noche lo paso pendiente del niño y pensando.

He perdido la noción del tiempo. Apenas salgo; cada día que pasa me meto más en este mundo; y este mundo se reduce a nuestra habitación.

El chico es valiente; sabe lo que le pasa, es consciente de ello. Sabe que estoy con él y ya está. Echa de menos a sus hermanos y a la abuela, que es mayor, que no pueden venir.

A veces tengo que abrazarle fuerte, pero es él quien me da fuerza a mí. Hay días que ya no puedo más.

Conozco la vida de todas las enfermeras. Me sé los turnos, las vacaciones, cuándo tienen sus descansos, quién se va de Semana Santa… Hablo con el servicio de limpieza, y también con los celadores.

Aquí los problemas parece que no crecen; te aíslas tanto que el exterior se mueve y no te enteras. Hoy me hacía falta hablar con alguien.

Pasó la primavera y también el verano, y la madre de Julián llamó una noche al programa para damos una triste noticia… Acababa de perder al nieto, por el que tanto habían luchado.

El 3 de julio mi nieto se fue solito al cielo. Era un niño muy especial; estos pequeños que están enfermos se hacen mayores muy pronto; no juegan con otros críos, no van al colegio. Él era un hombrecito; muy estudioso, todo lo quería aprender. Decía: «Abuela, ¿qué vamos a inventar? Abuela, tenemos que inventar algo».

Ha dejado un vacío demasiado grande. Me dicen que tire sus cosas y yo no quiero. Las tengo aquí: su visera, su muñeco… Duermo con la luz dada, para que él también tenga luz. No estoy loca, pero no asimilo que tenga que estar allí. Fue un campeón, luchó mucho.

De vez en cuando le dejaban venir a casa. La última vez vino muy *malín*. Me decía: «Abuela, calla, que me duele la cabeza». Tengo lo de «abuela» metido en los sesos.

Recibía el trasplante de médula del otro hermano en agosto, pero no pudo ser.

Sus dos hermanos están tristes, le echan de menos. Mañana les tengo que llevar chuches, que hoy se me ha olvidado… Tienen derecho a ser felices.

Pienso yo que este campeón está descansando, porque ya no podía más. Estaba *agotadín*.

El día 1 se asomó a la ventana… Estaba la plaza llena de niños. Él los miraba y le dije: «¿Bajamos a por un helado?». Y me contestó: «No puedo, abuela, calla, que no puedo».

Llevaba dos años sin jugar, por esta maldita enfermedad que se lleva a estos niños que quieren vivir y que tienen derecho a vivir.

Me viene el recuerdo de mi abuela. La conocí siempre triste, porque se le murieron dos nietos.

Mucho ánimo a las familias que tengan a sus pequeños así.

Con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas, me pregunté cómo puede una abuela seguir viviendo después de una pérdida como esta… No tuve fuerzas ni valor para preguntárselo.

La segunda oportunidad

Hace una semana estuvieron aquí unos de la tele haciendo un reportaje sobre las personas que estamos en la calle, los *sintecho*.

Yo no participé, porque no me interesaba. Llevo años en esta situación y la verdad es que, como sé que nunca tendré otra opción, estoy muy acostumbrado. El caso es que me dolió observar la manera en la que la sociedad nos mira…, el reflejo que devolvemos: nuestros rostros, lo que comemos, dónde dormimos, la ropa que llevamos… Me hirió porque tenemos alma, somos personas, hemos cometido errores o la vida no nos ha tratado bien y hemos terminado aquí.

La Policía nos quita de las calles principales para que no estorbemos, y yo lo entiendo, porque ¿quién quiere un vagabundo en medio de su Navidad, en esas calles del centro…? Pero tenemos dignidad.

Este mundo de la indigencia es muy miserable, pero también tiene sus encantos… Somos seres humanos que, como todos los seres humanos, amamos, tenemos sueños y esperanzas, a pesar de no tener oportunidades…

Haces amigos, compañeros de vida que te encuentras en el camino. Nos invitamos a un cigarrillo y si tenemos un cacho de pan, lo compartimos; vamos juntos a por mantas; a veces hasta nos reímos; y de vez en cuando tenemos suerte y nos dan treinta o cuarenta eurillos… Una fortuna.

Tanto mis compañeros como yo soñamos cosas estúpidas. Nos inventamos sueños imposibles de alcanzar, porque ya nunca

tendremos una segunda oportunidad.

Yo duermo debajo de un puente, al lado del Genil; me he tirado hasta marzo resfriado, tosiendo… La gente está tan acostumbrada a verme que ya ni les molesta que viva en la calle al lado de su casa; me conocen y algunos hasta me ayudan. Son tantas las noches que llevo aquí… Me relajo mirando las estrellas, hablando con ellas; con quién iba yo a hablar si no… Cuando escucho el agua siento que es un consuelo que no haya tanto silencio. Cuando me canso de ver la luna y el sol, me recorro la ciudad de arriba abajo…, sin rumbo fijo; de vez en cuando me busco la vida contando cuentos por ahí en las plazas, pero poco más puedo hacer…

Es por la noche cuando peor lo paso; cuando reviso mi pasado y lloro recordando mi juventud. No sé cómo llegué a perderlo todo. Yo estudié, tengo mi carrera, me casé, tuve hijas… Eran pequeñas cuando todo ocurrió, y hace años que no las veo…

Sé que están bien, que su madre las cuida, y yo no quiero molestar. Supongo que no sabrán mucho de mí… ¿Quién les iba a hablar de un *sintecho*? Si hubiera algo de lo que pudieran sentirse orgullosas, quizá…, pero de un hombre que está por ahí por las calles, mendigando, buscando caridad… Hace tiempo que dejé de llorar su recuerdo.

Yo procuro no ser molesto para la sociedad, pero me gustaría que me mirasen con respeto, que nos tratasen con humanidad, porque bastante tenemos ya con lo que tenemos. Hemos pagado un precio muy alto por nuestros errores.

Me obsesiona que cualquier día de estos me encuentren por ahí tirado. Yo he visto morir a unos cuantos… y es muy triste; se los encuentran al lado de un coche, o debajo de un árbol… Gente buena que muere sola… Granada es la ciudad de los mendigos.

Ya son muchos años en la calle pensando si Dios existe… y si tuviera a bien concederme una segunda oportunidad.

Una persona agnóstica como yo no podría asegurar nunca que esa noche Dios estaba escuchando Hablar por hablar, *pero la persona que lo hacía se le parecía bastante… Alguien con todo el*

poder humano y toda la generosidad del mundo se levantó de la cama y cruzó media ciudad con una segunda oportunidad bajo el brazo.

Y aquel hombre que pasó años bajo un puente volvió a llamar… Le había cambiado tanto la vida y la voz que tardé un rato en reconocerlo.

No sé si me recuerdas… La primavera pasada yo estaba en la calle, como un mendigo. Hablé contigo y te conté mi situación. Aquella noche había un hombre bueno escuchando y, como dije dónde dormía, cuando colgué contigo apareció él… Me llamó desde la parte superior del puente con las luces del coche encendidas y yo, pensando que era la Policía, me acerqué. Se presentó. Venía acompañado de una mujer y una niña adolescente; me explicó que me había oído y me llevó a comer a un restaurante. Comí solo yo —mucho…, porque tenía hambre—, mientras escuchaba a ese hombre muy bien vestido que hablaba con profundidad. La mujer me miraba con ternura sin apenas articular palabra, tenía los ojos llorosos. Los tres me miraban, nos mirábamos. Después de la cena me acompañaron hasta un apartamento y me dejaron allí, con la nevera llena y el alquiler correspondiente a un año pagado.

El milagro no termina aquí. Encontré trabajo a los tres meses. Ejerzo de lo mío: terapeuta emocional. Nadie de mi trabajo sabe que una noche llamé a un programa de radio desde la calle.

Estoy feliz… Y yo, en nombre de ese buen samaritano, le echo un cable a otros que están como estaba yo, porque supongo que le gustará.

Al poco tiempo intenté llamar para preguntarte si habíais sido vosotros… Tenía ganas de contarte esta historia increíble, que parece de película… Tenía ganas de contártelo a ti…, porque de alguna manera tú me escuchaste y yo sentí que eras la primera persona que me escuchaba en mucho tiempo.

Todavía sigo impresionado y confundido con lo que ese hombre hizo por mí. Me gustaría volver a verlo, que viera mi cara, el cambio que he dado…, pero no hay rastro de él. Si me lo encontrara, no

sabría qué decirle; «gracias» me parece poco.

Una vez me escuchó, y si tuviera la suerte de que hoy también estuviera escuchando, me gustaría que supiera que la noche que apareció supe que había Dios. Yo no soy muy creyente, pero en aquel momento tuve la certeza de que había algo maravilloso por ahí, que cuando menos te lo esperas, cuando estás a punto de rendirte, te regala una segunda oportunidad.

El buen samaritano no solo le había regalado una segunda oportunidad a nuestro amigo… Nos estaba haciendo un regalo a todos los que formamos parte de las madrugadas de Hablar por hablar, que cada noche nos acostamos con la amarga sensación de que podríamos haber hecho algo más.

Despertar…

«Y pienso si mi voz, aparentemente tan poca cosa, no encarna la sustancia de millares de voces, el hambre de decirse de millares de vidas, la paciencia de millones de almas sometidas como la mía al destino cotidiano, al sueño inútil, a la esperanza sin vestigios. En estos momentos mi corazón late más alto por mi conciencia de él. Vivo más porque vivo mayor».

El libro del desasosiego,
FERNANDO PESSOA

Despertar…

Mi madre lleva en la mano un pedazo de algo que parece cristal. Me mira y me dice con ternura: «Deja de llorar, que el jarrón ya está roto… Seguir lamentándonos no nos lleva a ningún sitio; aunque nos importe, no vamos a seguir sufriendo ni un minuto más por lo sucedido».

La miro, miro el jarrón y sus tripas y pienso que esa es una de las muchas lecciones que me ha enseñado mi madre —maestra de estudios, y también de vocación—: a llevar mis errores con dignidad y a que todo lo que soy se lo debo a ella. Pero el ruido ha sido tremendo y me he dado un susto de muerte. Es extraño: ese estruendo parecía venir de fuera… ¡Un momento, ha venido de la calle, de la obra que se ve por mi ventana y que lleva meses torturando mi sueño! ¡Resulta que estoy soñando…!

Me levanto con el mismo desconcierto de cada mañana; subo la persiana y saludo con desgana a los obreros desordenados y ruidosos.

Mi instinto más punki, que ha amanecido antes que yo, quiere lanzarle la almohada —o, por qué no, otra cosa que pudiera hacerle más daño— al que lleva el casco amarillo y sonríe burlón. Pero mi sentido común, que si bien es más perezoso se está dando cuenta de todo, se alegra de que, después de acostarme tras haber escuchado tanta necesidad, lo primero que vea al despertar sea a alguien trabajando.

Enciendo la cafetera y pongo la radio para conectarme con los otros, esos que hacen cosas mientras yo duermo. Ese primer café es el que me incorpora al mundo. Me encanta sentir cómo, poquito a

poco, a la vez que entra por mi cuerpo, va haciendo su efecto.

Todos los que trabajamos de noche lo sabemos: de día no se descansa igual. Mis amigos —los que no están desempleados ni son periodistas, claro— me dicen que vaya pensando en pedir un cambio de horario. Que trabajar de noche acorta la vida. Y yo no digo que eso no sea cierto, pero es que a mí la madrugada, con sus voces, me da la vida.

Así que si me tengo que ir antes, pues me voy; pero me voy satisfecha, que es bastante más de lo que esperaba para mí. Marcharme satisfecha…, ¡con todo lo que eso implica! Nunca aspiré a tanto.

Tengo que confesar que en alguna ocasión he sentido la tentación de abrir el micrófono y, así, de pronto, empezar a hablar de lo mío —porque aquí cada uno lleva lo suyo—. Seguro que recibiría palabras de cariño; y quizá los oyentes se sorprendieran al saber que muchos de sus padecimientos los he vivido en primera persona. Yo también he perdido a una de las personas que más quería en el mundo; y he sentido tener que decir adiós a amigos que se fueron demasiado pronto.

Sé del miedo que se instala en el estómago cuando uno de los tuyos está en peligro. De la impotencia que se siente cuando no encuentras la manera de ayudar a alguien a quien quieres con el corazón. Lo que duele hacer daño y que te lo hagan. O del duelo por el que se pasa cuando te alejas de la persona a la que amas.

Sin embargo, al echar la vista atrás, sé lo que he crecido y el valor que me ha proporcionado el haber vivido todas estas cosas, porque me aterra lo que desconozco y ahora cada vez tengo menos miedo.

Cuando termina la tormenta y abres los ojos, te das cuenta de que el mundo ha seguido girando todo este tiempo. Que has cambiado y que lo harás mil veces más. Que por el camino te vas dejando cosas, pero sigues siendo… y la vida sigue.

Ahora sé que de la caída nos levantamos todos. Que consigues adaptarte a las situaciones. Que te vuelves a enamorar, que aparece gente en la que volver a confiar y que las personas que se fueron,

como las llevas muy dentro, nunca se van del todo.

En definitiva, que en una sola vida hay varias vidas.

Mi abuela Luz, mi «abita», me demostró con su ejemplo que si le sonríes a la vida, a veces esta te devuelve algo parecido a una sonrisa. Ella —que perdió a un hijo de solo veinte años, enfermo de leucemia, y a su marido, que no pudo con la pena— siempre utilizó el buen humor y el optimismo para protegerse y proteger a los demás del dolor que llevaba dentro.

Me maravilla que seamos todos tan iguales y tan diferentes, pese a que a la mayoría nos duele en el mismo sitio. Que cada uno afrontemos la realidad a nuestra manera.

De mi tía Malu, consejera y cómplice, he aprendido que el día a día está lleno de pequeños detalles a cuidar y que si te molestas en hacerlo, te construyes una vida más o menos plena.

Me da la impresión de que con los años uno va entendiendo de qué va todo esto: la vida ni es buena ni es mala, ni fácil ni difícil… La vida es como es, pero tenemos muchas maneras de afrontarla. ¿Qué otra cosa podríamos hacer…?

Disculpe que le haya hablado tanto de mí; espero que no haya sido demasiado. Para ser sincera, no era mi intención desnudarme así, pero tras muchas madrugadas escuchando la vida de otros, mi experiencia sigue siendo la que mejor conozco. Además, esto es *Hablar por hablar*; el programa en el que no se sabe por dónde comenzar y se acaba contándolo todo.

Desde mi llegada, me he preguntado una y mil veces por qué los oyentes nos confían sus secretos. La respuesta sigue siendo un misterio; puede que la noche tenga mucho que ver: una mala consejera que nos obliga a abrazarnos a la radio para sentirnos menos solos mientras esperamos a que la mañana asome.

A lo mejor lo hacemos por mantener viva la costumbre de nuestros ancestros de sentarnos alrededor del fuego cuando el día duerme y cumplir con la tradición oral de contarnos cosas para que otros las escuchen, las compartan y evitar así que caigan en el olvido.

El *Hablar* de Gemma, nuestro *Hablar*…

Si miramos por el retrovisor de nuestra historia, veremos que en el *Hablar* de Gemma España dejaba atrás una situación de pobreza y atraso para dar paso al modelo de bienestar, que se apoya en los pilares de las pensiones, la salud y la educación para todos.

Los noventa habían comenzado con grandes cambios en el panorama internacional. La caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS dieron lugar a un nuevo orden mundial donde el comunismo ya no era la principal amenaza.

Gracias a la Unión Europea, España era importante y contaba.

Para nosotros fue la década de los acontecimientos internacionales. Quién podría olvidar el noventa y dos, un año emblemático. Ningún otro país ha celebrado al mismo tiempo una Exposición Universal, unos Juegos Olímpicos y una Capitalidad Europea de la Cultura, además de los actos conmemorativos del Descubrimiento de América.

Y ningún otro país se empeñó tanto y tan rápido. Claro…, tanta fiesta requirió una fuerte inversión, que dejó las cuentas públicas secas. Y el fin de las grandes obras no hizo otra cosa que aumentar el desempleo. Una crisis que se vio agravada con la peor sequía del siglo XX. En Andalucía sufrieron cortes de agua en muchos municipios y enormes pérdidas en el campo.

En el conocido como «Jueves Negro» del 13 de mayo de 1993, experimentamos una nueva devaluación de la peseta: la tercera en nueve meses. Poco a poco, los nervios se calmaron y a partir del año noventa y siete disfrutamos de una etapa de prosperidad económica,

que duró más de diez años y que trajo tasas de crecimiento superiores a las de la media europea.

Fue entonces cuando los bancos financiaban la vivienda al cien por cien del precio y a cuarenta años.

Qué le voy a contar que no sepa… De esas aguas…, estos lodos.

Nuestro país se convertía en receptor de inmigrantes. Las mujeres, incorporadas al mercado de trabajo remunerado, luchaban por la igualdad de derechos. Las personas homosexuales visibilizaban su identidad sin complejos, recordando que unos años antes existía una Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social —que consideraba necesario «defender a la sociedad contra determinadas conductas individuales…»— y que hasta 1990 la Organización Mundial de la Salud no retiró la homosexualidad de su clasificación de enfermedades mentales.

Gracias a los avances informáticos, la «globalización» alcanzó niveles nunca antes imaginados y la llegada a nuestras vidas de los teléfonos móviles cambió para siempre la manera que teníamos de comunicarnos.

En aquellos tiempos nuestra principal preocupación era el terrorismo.

Toda esta vida, en forma de testimonios, reflexiones y preguntas, se vio reflejada en las madrugadas del *Hablar por hablar* de Gemma.

Si le echamos un vistazo a nuestro *Hablar*, según el barómetro del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), entre las principales preocupaciones de los españoles al término del año 2012 se encontraban el desempleo, la crisis, los partidos y la clase política; y la certeza generalizada de que el Gobierno dedicaba toda su atención a «sus propios intereses», para pagar la deuda contraída con la UE; de que solo trabajaba por y para el «rescate» y los «recortes» y de que solo tenían ideas para «ganar dinero», e incluso «robar».

Otras inquietudes que se afianzaron como preocupaciones fueron la sanidad, la corrupción y el fraude, la educación, los recortes, la inmigración y el abuso de los bancos. El drama social de los desahucios también estuvo muy presente en dicha encuesta, de la que además se extrajo que casi siete de cada diez españoles estaban

«poco» o «nada» satisfechos con el funcionamiento del sistema democrático español.

En estos más de veinte años de programa hay algo que no ha cambiado: el hecho de que no podamos asegurar que todo lo que escuchamos sea cierto. De algunos testimonios comprobamos su veracidad antes de que entren en antena, cotejando los datos que nos dan; pero con otros no hay manera de hacerlo. Sin embargo, no se puede ni imaginar el olfato que desarrollamos los que estamos al otro lado para detectar las «llamadas ambiguas».

A veces nos dicen una cosa en la entrevista previa y en antena «se vienen arriba» y le añaden *literatura*…

Dormía una jornada de febrero de 2012 cuando un presunto médico que aseguraba que ejercía en un hospital de Valencia entró en antena. Quería denunciar públicamente que, tras las cargas policiales que habían acabado ese mismo día con la manifestación de estudiantes de instituto —que protestaban por los recortes—, había atendido a muchos de esos menores y acusaba a la Policía de estar llevándose los partes de lesiones.

Fue la manera de hablar, a la que le faltaba el peso de las palabras que utiliza el personal sanitario, o la manera que tuvo de juntarlas, no sé decirle, pero yo no me lo estaba creyendo. Había visto las imágenes de esa actuación policial; efectivamente, fue brutal y dejó a muchos jóvenes heridos… Pero esta era una acusación demasiado grave, incluso para la hora que marcaba el reloj. Decidí ser muy cauta con mis preguntas y despacharlo rápido.

A la mañana siguiente varios periodistas de otros medios se pusieron en contacto conmigo; querían saber qué veracidad le daba yo al testimonio y si les podía pasar el teléfono del individuo.

Fui sincera con todos: en ningún momento me creí que fuese médico. Y, como tenemos por norma, no facilitamos ningún dato personal sin antes consultarlo con el protagonista. Ante el aluvión de profesionales que querían entrevistarlo, decidí llamarle. Tras hablar con él, que se ratificó en su acusación, medio permiso para dar su teléfono. Después de nuestra conversación, me lo creí menos todavía. Un conocido periodista de investigación que habló con él

personalmente me felicitó por mi buen olfato.

Pero esa noche tuvo público, y alguien sí que se lo tomó en serio… Tres semanas después un periódico cercano a la derecha española amanecía con el siguiente titular en primera plana: «IU utiliza un falso médico para acusar de brutalidad a la Policía de Valencia. Presenta tres preguntas en el Congreso, basadas en el testimonio de un programa de radio».

En su interior, un intento de reproducción de parte de la conversación y el relato de cómo el líder nacional de IU, Cayo Lara, le había pedido al Gobierno en las Cortes explicaciones de los hechos. Pensé que Cayo —al que no conozco personalmente— podía haberse puesto en contacto conmigo antes de exponerse tanto. Al terminar de leer, supe de la excitación que debió de sentir el autor del editorial al pensar en las posibilidades que le ofrecía el nombre del programa, concluyendo su «encargo» de esta manera: «Así anda la política española. Primavera de mentiras y hablar por hablar, nunca mejor dicho».

Un final muy pero que muy original… Sí, señor.

De cualquier manera imagine la peor cara de pánico y estupor y tendrá la que puse yo al terminar de leer aquello. Parecida a la que inmortalizó Munch en su cuadro *El grito*.

Como tantas otras veces a lo largo de mi vida, el único que pudo quitarme la angustia de encima fue mi hermano del alma y periodista Fernando Berlín, al repasar para mí el capítulo de herramientas políticas.

Sepa usted que a mí todo esto consiguió quitarme el sueño, sobre todo por el hecho de que hubieran mancillado el nombre de mi criatura nocturna, ya de por sí bastante vulnerable. Pero, sorprendentemente, a nadie, ni al mismo *Hablar por hablar* —que inmediatamente se sacudió los complejos de encima—, pareció importarle. Y la vida, con sus historias, siguió abriéndose paso una madrugada tras otra.

Este programa me ha cambiado mucho; ha despertado tanto mi curiosidad por la vida… Es el proyecto más bonito que he afrontado nunca, el más profundo y el más filosófico. Aquí he aprendido el

verdadero significado de la palabra «resiliencia».

Saber que el testimonio que tenemos en antena quizá no lo volvamos a escuchar nunca… Ese diálogo a muchas voces y en muchas direcciones…; esos comentarios…, lo que dicen… y *cómo* lo dicen.

He oído a una señora comentar con soltura que a su nuera le habían practicado una «enchuminación artificial» que había salido fetén…, «de categoría…»; a una chica que se enfadó con su amiga de toda la vida, llamarle en antena «lechuguera»; a un hombre, asegurarme que su hijo de seis años de edad no acudía a ningún cumpleaños sin su «ajo macho» al cuello, después de que le hubieran echado un mal de ojo que le producía unos dolores de cabeza tremendos.

He sentido la emoción del primer amor escuchando a ese chico al que un día su pareja, apoyándose en el «somos demasiado jóvenes», le había pedido que abandonase la habitación de estudiantes que habían compartido durante todo un curso y él, antes de hacerlo, la había empapelado con cientos de pósits; en cada uno de ellos había escrito un mensaje de amor. «Si te pierdes, yo me pierdo» fue el que más le costó redactar.

He sido testigo de la desolación de una mujer que había empleado toda su ilusión, su energía y su sueldo en pagarle un crucero por el Mediterráneo a toda la familia. A los seis meses se enteró de que se lo cambiaban por otro de condiciones menos favorables porque su viaje se había convertido en el primer crucero del Orgullo Gay. La mujer, medio en broma, medio en serio, con la ilusión hecha pedazos, planteó la posibilidad de hacerse pasar por una familia gay y disfrazarlos a todos…, madre y suegra incluidas.

He experimentado la magia de la existencia de *Hablar por hablar* cuando una Nochebuena gélida, antes de ir al programa, mi hermana Virginia, mi prima Alba, que entonces era una niña, y yo nos encontramos una perrita abandonada en plena calle. Mi hermana, con su destreza habitual, la salvó de ser atropellada por un coche y mi madre la acogió como a uno más de la familia —en la que había ya tres perros a los que no sentó del todo bien tener que

compartir hueso—. Alba, a la que adoro desde el día en que nació, le puso de nombre *Espe*, no porque se pareciera a la entonces presidenta de la Comunidad de Madrid, sino porque la podenco —que esa era su raza— lucía un detalle muy patriótico: un collar de la bandera de España. Enseguida comprobamos que la perrita era un encanto. Nos ganó a todos desde el minuto uno y yo aproveché el programa de esa noche para decirle a los dueños de *Espe* que estaba sana y salva… y que hasta había comido turrón, pero no lo escucharon.

A la mañana siguiente mi madre se acercó al parque del Retiro, pensando que quizá allí alguien estuviera buscando a la perrita, porque se había perdido cerca. Pronto una familia con lágrimas en los ojos corrió hacia ella en el mismo momento en el que identificaron a la que luego supimos que se llamaba *Rita*. Le contaron a mi madre que había sido el cuñado el que la había perdido, que nadie cenó esa noche, que no podían dejar de llorar y que estaban tan desesperados que estuvieron a punto de llamar a un programa de radio llamado *Hablar por hablar* y pedirle ayuda a Macarena. Se sorprendieron al saber que no era Macarena pero sí su madre la que les estaba devolviendo el can sano y salvo.

Un día después *Rita* demostró que, además de estar muy bien educada, era muy detallista, porque envió un ramo de flores y una caja de bombones a la emisora, con una carta preciosa en la que aseguraba que había vivido un auténtico cuento de Navidad… Su cuento fue el cuento de todos, así lo vivimos en *Hablar por hablar*.

Me he acercado a la tristeza de un joven al que le exigieron que despidiera a seis de sus compañeros de trabajo. Y cuando le dijo al jefe de Personal que no podía hacerlo, porque para él todos eran iguales, este le contestó: «Yo tengo tres hijos y ninguno es igual».

He escuchado, con impotencia, el SOS de un hombre mayor que nos pedía ayuda desde una cárcel marroquí donde pasaba días sin comer y sin recibir su medicación. Había caído ahí tras quedar viudo, cuando su hijo —transportista de profesión— decidió llevárselo en uno de sus viajes para que se distrajera un poco. Los detuvieron en la frontera y entre la carga de melones que llevaba el

camión encontraron hachís. Su hijo aseguró que alguien lo había puesto ahí. El padre iba de acompañante y pedía cumplir condena en España. Le enviamos la grabación de la llamada al Defensor del Pueblo y en una ONG especializada nos dijeron que conocían el caso y que estaban haciendo todo lo posible. Meses después, cuando me encontraba de vacaciones, me abrí una cerveza y brindé sola para celebrar que el Gobierno marroquí lo había trasladado a una prisión española, después de que hubieran indultado a su hijo.

He bailado a las cuatro de la madrugada, al son de «La seductora» —la armónica de José Antonio—. *Ya estamos llegando a Pénjamo*.

He vivido la ilusión de cumplir un sueño… El de aquel amigo que cuando era joven se prometió que, nada más jubilarse, aprendería a tocar el violín. Aquella noche *desafinó* para nosotros con una entrega que conmovía, *Candilejas*, de Charles Chaplin… Su sueño hecho realidad.

He tomado nota de las palabras de una mujer que pertenece al colectivo de esas supermadres que pasan muchas horas fuera de casa y que cuando regresan sienten que están en deber con la familia. Asumía su parte de responsabilidad en el carácter violento del hijo, «ya que no le enseñé a aceptar un no, y la vida —aseguró— es un continuo no».

He llorado de emoción aquella noche de 2010 en la que el entonces enviado especial de la Cadena SER a Haití, Nicolás Castellano, nos convertía en testigos del llanto de vida de Moisés, un pequeño de siete años que rompía el silencio de la madrugada cuando fue rescatado de entre los escombros siete días después de que se le viniera toda la casa encima tras el terremoto que asoló la isla. Nicolás Castellano, Nico para los compañeros, se subió a la ambulancia con el niño, mientras narraba lo que veían sus ojos. Oíamos la sirena, el llanto del crío y las palabras del médico israelí que lo atendía y que no paraba de repetir en un inglés alto y claro que estábamos viviendo un milagro. No me atrevía casi a respirar, para no romper la magia.

He empatizado con los padres de una adolescente que reconoció

en directo la imprudencia que estaba cometiendo en esos momentos cruzando España en autobús camino de Madrid para conocer a su cibernovio, del que sabía poco y que no la esperaba. Le hice prometer que los llamaría nada más colgar. Al enterarse, saltaron de la cama, cogieron el coche y se presentaron en la ciudad para ir —todos juntos— al encuentro del chico. No están los tiempos para aventuras, ¿no le parece?

He tratado de seguir con fascinación las palabras de un famoso *cracker* (pirata informático que busca hacer daño emocional) que llegó a introducirse en los ordenadores de más de mil personas, algunas de ellas muy famosas… Políticos, periodistas, escritores, médicos y abogados se encontraban entre sus víctimas, a las que nunca robó dinero, porque solo estaba interesado en sus vidas. Conmigo fue amable y generoso al tratar de explicarme por qué lo había hecho… y, aunque lo intentó, no lo consiguió. Al investigar sobre su persona, descubrí que todo era obra de su *otro yo*. Su enfermedad, un trastorno disociativo que hace que sufra cambios de personalidad sin ser consciente de ellos, le ha librado de la cárcel. Un hombre tremendamente inteligente —que llegó a ser finalista de un famoso premio literario—, con un impresionante discurso desordenado, que no he incluido en estas páginas por miedo a que se moleste y me envíe un virus que me colapse todo el ordenador, y porque la última vez que hablamos lo encontré tan triste que me dio mucha pena. Además, me dijo que tenía lista una novela sobre su vida y no quiero estropeársela. Se ofreció a enviarme el comienzo de la misma y cuando le dije que mis compañeras le darían mi correo electrónico, contestó que no hacía falta…, que ya lo tenía, y añadió: «Soy un *hacker*, ¿recuerdas?». Ay, ay, ay…

Cada nueva conversación plantea una nueva pregunta. Este programa nos ha acostumbrado a leer entre líneas historias inacabadas que revisan problemas eternos.

Me han preguntado muchas veces por el futuro del programa. Y si difícil se me antoja lo de empezar a hablar, mucho más lo de acabar. Hay que ver lo que nos cuesta cada noche colgar el teléfono de *Hablar por hablar*.

Vivimos tiempos en los que no es fácil saber si vamos hacia atrás o hacia delante, pero mientras las personas tratemos de orientarnos, necesitaremos que alguien nos escuche.

Este libro es una muestra de agradecimiento a los protagonistas de la madrugada…, tan reales como la vida misma. A usted, que nos acompaña con sus palabras y sus silencios.

Gracias por dejarnos escuchar la vida… Gracias por escribir, cada noche, una nueva página de la historia de *Hablar por hablar*.

Continuará…

Agradecimientos

Este libro no podría haberse escrito sin el asesoramiento de Macarena y Malu Berlín, el cariño de Virginia, Belén, Alba y Blanca Berlín, así como María Martínez, las mujeres de mi familia…, mi fuerza. La amistad incondicional de Jesús Rodríguez, Marta Ramírez, Matxalen y Nagore Cayero, Mirella Simón, Elíya Shenhav y Felicidad y Leticia Carrera. Las conversaciones con la familia Núñez-Quevedo-Celdrán. El apoyo de Fernando Berlín, Fer Fer, Michael Loades y Álvaro Núñez…, mi amor.

Os quiero mucho.

Mi agradecimiento más sincero a Juanjo Millás por su confianza y porque me ha hecho muy feliz poniendo aquí algo de su talento. A Sandro D'Angeli por su energía. A la editorial Aguilar, en especial a Gonzalo Albert, por su paciencia y disposición. Y al grupo Prisa por darme unas alas tan grandes y por dejarme usarlas siempre.

MACARENA BERLÍN GONZÁLEZ (Madrid, 20 de julio de 1973) es una periodista española.

Comenzó su carrera profesional en 1998 trabajando como locutora de radiofórmula y cuñas publicitarias en la emisora Europa FM y más adelante, Entra en Cadena Dial en 1999, desde entonces ha compaginado su trabajo en radio con el de presentadora y colaboradora en diversos programas de televisión: 40 TV, Canal+, Localia, Nexo, Antena 3, Cuatro, Cosmopolitan TV y La Sexta.

En 2007 comienza a presentar el programa De tiendas en Cosmopolitan TV durante 10 años, trabajo que compagina con la co-presentación del programa Carrusel de verano en la Cadena Ser.

Desde el 23 de febrero de 2009 hasta julio de 2018 dirigió y presentó el programa Hablar por hablar en la Cadena SER. El 14 de mayo de 2017 comenzó a presentar y dirigir el programa de la misma cadena radiofónica Hoy por Hoy sustituyendo a Gemma Nierga en periodos vacacionales.

Presentó la XXIX edición de los Premios Ortega y Gasset de Periodismo que otorga el periódico El País y en 2013 realizó la locución de la introducción del disco I.R.A (Instinto, Razón, Autobiografía) de El Chojin, titulada ¿Por qué I.R.A.?

Macarena Berlín también participó en el episodio 203 de la serie de

Telecinco Aída interpretándose a sí misma (a la presentadora del programa de radio Hablar por hablar es hablar sin más).

En el mes de marzo de 2014, la editorial Aguilar publica su primera experiencia literaria «Hablar por Hablar, la vida sigue». Más adelante publica el libro «Kate, la biografía» y en 2017 publica el *best seller* «Háblame Bajito».

Notas

[1] El premio Nobel de Literatura 2012 Mo Yan nació en China en 1955 en el seno de una familia de campesinos. Mo pertenece a una generación de chinos que tuvo que dejar los estudios para trabajar durante la oscura Revolución Cultural que llevó a cabo Mao Zedong. Su nombre responde a un apodo, que en mandarín significa «abstenerse de hacer comentarios». <<